

Año XXIII Tomo LXXXIII N.º 247

Atenea

Revista Mensual de
Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN (CHILE)



SUMARIO

Eleazar Huerta
Augusto d'Halmar
Antonio R. Romera
Alejandro Reyes
Julio Durán Cerda
Benedicto Chuaqui
J. M. Corredor
Jorge Gustavo Silva
Diógenes

Domingo Melfi
Armando Donoso
Puntos de vista
El teatro romántico
Uno-ninguno
Ignacio Zuloaga, 1870-1945
Litre
El hombre y la poesía del sur
Cosa tenda...
Paul Valéry y el error europeo
Un pobre diablo, millonario
Noticario

LOS LIBROS.—Luis Merino Reyes: *Tiempos de tormenta*, por Domingo Melfi.—Antonio de Undurraga: *Efigie y poesía de Luis Merino Reyes*.—Víctor Castro: *La noche en el camino*, por Luis Durand.—Carlos René Correa: *Poetas chilenos contemporáneos, breve antología*, por Alfredo Le-fevre.—C. R. C.: *Alma y forma*, por Bernardo Cruz.

NOTAS DEL MES — LIBROS RECIBIDOS — EL HOMENAJE DE
LA PRENSA ANTE EL FALLECIMIENTO DEL DIRECTOR DE «ATENEA»
DON DOMINGO MELFI — INDICE DEL AÑO 1945.

Precio: \$ 8.00

Enero de 1946

Atenea

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Comisión Directora:

ENRIQUE MOLINA

AVELINO LEÓN HURTADO (Secretario)

FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ, (Miembro Honorario)

Representante de la Dirección en Santiago

LUIS DURAND

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. Su propósito es el de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIOS

EN EL PAIS

Número suelto.....	\$ 8.00
Suscripción anual.....	80.—
Suscripción semestral.....	40.—

EN EL EXTRANJERO

América y España

Número suelto.....	Doll. 0.45
Suscripción anual.....	„ 5.00

Europa (salvo España), Asia, África y Oceanía.

Número suelto.....	Doll. 0.70
Suscripción anual.....	„ 7.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEA dirigirse, en Santiago, por correspondencia a Correo Central, Casilla 4074, o a la Secretaria de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA NASCIMENTO

San Antonio 240 - Casilla 2298 SANTIAGO. CHILE

Imprenta Nascimento - San Antonio 240 - Santiago

HISPANIA

Revista de la Asociación Americana
de Maestros de Español

Henry Grattan Doyle
DIRECTOR

The George Washington University
Washington, D. C., E. U. A.

Subscripción anual: dos dólares
cuarenta centavos (E. U. A.)

Administración:

GRAYDON S. DE LAND
Secretario de la Asociación
DENISON UNIVERSITY

• Granville, Ohio, E. U. A.

AMERICA

Revista de Cultura
Indoamericana

Publicación Trimestral del
GRUPO AMERICA



Encargados de la Dirección

Alfredo Martínez
Augusto Arias
Antonio Montalvo.



Dirección Postal

GRUPO AMERICA

Casilla 75 :: Quito, Ecuador. S. A.

MERCURIO PERUANO

Revista mensual de Ciencias
Sociales y Letras,
fundada en 1918

Director Fundador

Victor Andrés Belaunde

• APARTADO NUM 176

LIMA PERU

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL

(Segunda época)

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI
ROBERTO F. GIUSTI

Administrador:

DANIEL RODOLICO

Precio de suscripción, (adelantada)

\$ 4.00 Dólares

Dirección y Administración:

BARTOLOME MITRE 811
5.º Piso.—Departamento «G»
BUENOS AIRES REP. ARGENTINA

REVISTA CUBANA

Publicaciones de la Secretaría
de Educación

DIRECCION DE CULTURA

LA HABANA - CUBA

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de Cultura
Hispánica

DIRECTOR

JOAQUIN GARCIA MONGE

APARTADO 533

San José de Costa Rica

CENTRO AMERICA

SUSTANCIA

REVISTA DE CULTURA SUPERIOR

CONGRESO 65
TUCUMAN

REPUBLICA
ARGENTINA

R E V I S T A HISPANICA MODERNA

Se publica trimestralmente con el objeto de estudiar y difundir la cultura hispánica. Contiene artículos, reseñas de libros y noticias literarias; textos y documentos para la historia literaria moderna; estudios y materias de folklore hispánico; una bibliografía hispano-americana clasificada; noticias acerca del hispanismo en América, y una acción escolar dedicada a los estudiantes de español.

Director: FEDERICO DE ONÍS

PRECIO DE SUSCRIPCION Y VENTA

4 dólares norteamericanos al año; número suelto: \$ 1.00 — Países de habla española y portuguesa: 10 pesos argentinos — número suelto: 2.50 pesos argentinos.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Hispanic Institute in the United States
Columbia University
435 West 117 Street, New York.
Instituto de Filología.
Universidad de Buenos Aires.
San Martín 534, Buenos Aires.

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXIII

Enero de 1946

Núm. 247

DOMINGO MELFI

POSEIDOS por el más profundo sentimiento de pesar, cumplimos con el triste deber de dar cuenta a los lectores de esta revista, del sensible fallecimiento de su Director, don Domingo Melfi, ocurrido en la madrugada del 10 de enero.

Hombre de la más alta alcurnia espiritual, dotado de una amplia y sólida cultura, Domingo Melfi, puso al servicio de esta tierra donde no nació, pero a la cual dedicó su amor, su comprensión, su interés y su viva y penetrante inquietud de artista, toda esa vibrante energía de su espíritu superior, con una abnegación, un fervor quizá si mayor que si hubiera sido chileno de nacimiento.

Originario de Bassilicata, Italia, llegó en los brazos de su madre a esta tierra donde creció y se modeló su alma en el amor y en la comprensión de Chile. Desde muy joven lo atrajo la literatura a la cual dedicó gran parte de su generosa existencia, llegando a ocupar una situación de prestigio y de consagración literaria que lo situaban entre los más altos valores intelectuales de América.

En sus libros de medular consistencia se podía apreciar el vivo fervor de su espíritu trascendido de humanidad y de elevados ideales que conferían a su personalidad una singular simpatía, una delicada y cálida efusión amical. Una grande y emocionada vibración sentimental le daban a su amistad todo el encanto de quien llevaba adentro como un don congénito su aristocracia espiritual.

«Atenea», esta revista que dirigía con tanto amor, le debe a Melfi el mantenimiento de su prestigio que ha ido aumentando día a día bajo su talentosa dirección.

El Rector de la Universidad de Concepción y el Consejo Universitario, rinden por intermedio de estas líneas, el homenaje de su gratitud y de su respeto a su esclarecido colaborador, al eminente artista, que al abandonar su envoltura material, deja en el recuerdo de cuantos le conocieron la huella inextinguible de este chileno de alma y corazón, que honró a la tierra de sus afectos con tanto brillo como lo hicieron Bello, Domeyko y otros hombres tan eminentes como ellos, al consagrarse por entero al servicio de esta patria en donde su nombre quedará como paradigma de virtudes, de honestidad y de civismo.



ARMANDO DONOSO

ARMANDO DONOSO ha muerto. Aun no se secaba la tinta de la página que escribimos para recordar a nuestro Director Domingo Melfi, cuando nos llega de Nueva York la triste noticia de su fallecimiento.

Acaso nunca como ahora han estado de luto las letras chilenas. Dos figuras de primer plano en las letras y en el periodismo de este país, se han ido súbitamente, cuando se esperaba que la ciencia hiciera el milagro de darles la mejoría y devolverlos al cariño de sus amigos y de sus deudos.

Armando Donoso era un espíritu selecto. Un amigo cordial y afectuoso. Uno de esos hombres que entendían la amistad y trataba

de cultivarla como un privilegio. Su carácter alegre, la agudeza de su charla, la hondura de sus opiniones para tratar cualquier tema con la amplia cultura que poseía, daban a su trato un encanto y un agrado singular.

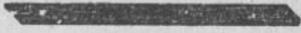
Desde muy joven, Donoso dedicó su inteligencia al cultivo de las letras. Oriundo de Talca, vivió seguramente horas de compañerismo y de confraternidad amical con Domingo Melfi. Y ahora se han marchado casi juntos por la ignorada ruta del país de las sombras eternas.

Donoso en «El Mercurio», era un alma vibrante y acogedora. ¿Quién sin cometer una injusticia podría decir que alguna vez Armando Donoso, lo recibió en forma descomedida? Era, por el contrario, el hombre que sentía una gran alegría al acoger a sus amigos y conversar con ellos. Estaba deseoso de retirarse de sus labores periodísticas para dedicarse a reiniciar su obra literaria que últimamente había dejado un tanto abandonada.

Pero su espíritu permanecía alerta y siem-

pre en la brecha. Estaba atento a toda manifestación de arte y de cultura y con una espontaneidad afectuosa se interesaba por ellas para alentarlas con su palabra cálida y elocuente. En los comienzos de su carrera literaria Armando Donoso realizó una serie de ensayos sobre hombres y fenómenos de la vida social chilena y otros estudios de nuestra literatura. Hombre de fina y honda raigambre sentimental, tenía un cariño sincero por sus amigos escritores que lo estimaban en lo que valía, por su calidad humana y por su espíritu de clara y honda significación estética.

En esta hora suprema en que surgen nítidamente las cualidades esenciales de su espíritu, «Atenea» deja consignadas en estas líneas la expresión de su pesar y el de todos sus amigos de la Universidad de Concepción. Porque su memoria se prolongará en el recuerdo de sus amigos y su obra seguirá viviendo en la cultura de Chile.



Puntos de vista

Un mundo nuevo

EL año 1946, que recién comienza, abre una vez más en el rodar de la humanidad, una nueva ruta de esperanzas a la inquietud humana. La guerra que anegó con ríos de sangre los más lejanos ámbitos de la tierra, acaba de terminar en medio del más espantoso cataclismo que hayan presenciado los hombres desde que la cultura y la civilización le permitieron conocerse. Nunca como en esta ocasión se vió más amenazada la civilización en cuanto significa solidaridad y mutuo respeto por todos aquellos principios, en cuya conquista se sacrificaron, mártires, apóstoles, filósofos y hombres de ciencia que soñaban con el bien común, como único patrimonio del hombre sobre la faz de la tierra.

Una locura colectiva, un extravío inexplicable ha llevado a las naciones más civilizadas del orbe a una lucha de predominio de razas que, lejos de solucionar los problemas que la ceguera y la soberbia de unos cuantos creó para infelicidad de sus pueblos, sólo les ha traído el duelo, la miseria, el hambre y todo el pavoroso cortejo de calamidades que puede engendrar el odio que arrasa y destruye todo germen de generosidad de belleza y de amor.

Por espacio de varios años el huracán de la metralla ha destruído todo aquello que al amparo de la paz logró crear el ser humano para su deleite y bienestar. Monumentos, bibliotecas, maravillas arquitectónicas que constituían el orgullo de los pueblos cultos

han desaparecido. Sangre, horror y exterminio ha sido la consigna. La brutalidad ancestral, la fiera de las cavernas ha surgido bajo otros aspectos. Los sabios, afiebradamente, en sus laboratorios, estuvieron buscando el secreto que los pusiera en vías de encontrar las fórmulas decisivas para destruir dentro del más breve plazo al enemigo. En verdad que no quedaba otro camino. Y ese camino se ha abierto por encima de millones de cadáveres. El hombre como si aún pesara sobre él a través de los milenios la maldición bíblica, necesita matar para sentirse feliz. Caín no pudo creer en su dicha mientras viviera Abel. Es la eterna historia que se seguirá repitiendo mientras el globo terrestre siga figurando en la órbita del universo.

Europa ha dado el más triste ejemplo a la humanidad. Y seguramente pagará muy caro su extravío, porque la paz aún está lejos de los espíritus. Solo se ha conseguido por el momento la paz que impone la fuerza. Falta ahora crear una nueva modalidad espiritual. Falta matar al viejo concepto ancestral de que la guerra puede solucionar los problemas de los pueblos. Porque vemos una vez más que sólo los ahonda y los agrava. Que deja semilla de odios irreconciliables y una monstruosa sed de venganza. El axioma bestial de «ojo por ojo y diente por diente» sigue persistiendo en el alma humana. Los regímenes cesáreos que desencadenaron esta horrenda tempestad sobre el mundo acariciaron este monstruoso principio. Afortunadamente han sido aplastados en forma tan contundente que es de esperar para bien de la humanidad que jamás vuelvan a germinar.

Sin embargo este año de 1946, abre de nuevo perspectivas de esperanzas para esta humanidad enferma. Aun rugen los aviones de guerra en los pueblos de Asia. Todavía los ejércitos se embisten con ferocidad allá en la China y en otros territorios donde han surgido nuevos conflictos que impiden que la paz derrame su benéfica influencia. Pero no se puede ser pesimista. No se puede pensar en que el espíritu del hombre de este siglo padezca de una enfer-

medad incurable. Hay que saludar con optimismo la llegada de este año, con el anhelo de que sea el que inicia una era de purificación que permita el advenimiento de un mundo más justo, más generoso, más distante del odio y más próximo al amor. Un mundo nuevo que nazca con otra mentalidad en que las voces del espíritu sean las únicas que rijan su destino.

El teatro romántico



UEDE haber, indudablemente, un teatro de lectura. Es más, podemos reducir a lectura las mismas obras que fueron escritas para ser representadas. Pero el verdadero teatro es tanto espectáculo como literatura y resulta de la síntesis, en fórmulas diversas, de valores dramáticos y escénicos. El diálogo, de por sí, es tan propio de la novela como del teatro. Ahí están Cervantes, Dostoiowski, Galdós y tantos otros novelistas para recordárnoslo. En la «Celestina», con razón, se ha visto siempre la raíz de nuestra novela y no de nuestra literatura dramática.

Asidos a esta convicción, que para mí no ofrece duda, el teatro romántico resulta sugestivo por más de un aspecto. Y pone a prueba todos los tópicos y lugares comunes sobre el desarrollo de las letras a lo largo del siglo XIX. Desde su principio, el drama romántico, apoyándose en lo imaginativo y legendario, resucitando lo medieval, idealizando, usó un escenario realista:

las decoraciones, el vestuario, la caracterización de los personajes se esforzaban por hacer verosímil lo representado. Por eso, aunque literariamente el drama de 1830 empalma con los clásicos y es una vuelta a la libertad de creación, frente a la preceptiva dieciochesca, en lo escénico significa el triunfo de la lógica y la jubilación del absurdo. Por disparatados, porque resultaban estéticamente inverosímiles, prohibió Carlos III en 1765 los viejos autos sacramentales. «¿Juzgará nadie posible—había escrito Nicolás F. de Moratín—que se junten a hablar personajes divinos y humanos de muy distintos siglos y diversas naciones. verbigracia la Trinidad Suprema, El Demonio, San Pablo, Adán, San Agustín, Jeremías y otros tales, cometiendo horrorosos e insufribles anacronismos?». Ahora bien, no cabe duda de que lo inverosímil escénico, que duró algunos años más, y que con el Romanticismo desaparece, reduciéndose a lo convencional admisible, era un desafío al espíritu racionalista. El otro Moratín, don Leandro, lo criticó por eso ásperamente, como uno de los defectos del viejo teatro, el anterior a Isidoro Maiquez. «La propiedad de los trajes—clamaba—correspondía a todo lo demás: baste decir que Semíramis se presentaba al público vestida a la papillota, con arracadas, casaca de glacé. vuelos angelicales, paletina de nudos, escusali, tontillo y zapatos de tacón, Julio César con su corona de laurel, peluca de sacatrapos, sombrero de plumaje debajo del brazo izquierdo, gran chupa de tisú, casaca de ter-

ciopelo, medias a la virulé, su espadín de concha y su corbata guarnecida de encajes. Aristóteles (como eclesiástico) sacaba su vestido de abate, peluca redonda con solideo, casaca abotonada, alzacuello, medias moradas, hebillas de oro y bastón de muletilla».

La escena romántica, por su realismo, supone por tanto el triunfo de las ideas ilustradas del período anterior. Larra, nuestro gran romántico, retratará al actor necio e ignorante de «Yo quiero ser cómico» en este diálogo:

«—Por consiguiente, ¿no sabrá usted lo que son trajes, ni épocas, ni caracteres históricos?»

«—Nada, nada, no, señor.

«—Perfectamente.

«—Le diré a usted... en cuanto a trajes, ya sé que en siendo muy antiguo siempre a la romana.

«—Esto es: aunque sea griego el asunto».

A no dudar, lo mismo Moratín padre que Moratín hijo, hubieran podido firmar estas líneas de Larra, el revolucionario, el romántico.

«La conjuración de Venecia», estrenada el 23 de abril de 1834, fué el primer gran éxito del romanticismo español. Panteones, escenas de conjurados, caracteres extraordinarios, sorpresas terribles, como la del presidente del tribunal que identifica a su propio hijo en el condenado, he aquí ya al romanticismo. Sin embargo, el mismo Larra la elogió, ante todo, como un prodigio de verosimilitud: «El plan—dictaminó en su crítica—está superiormente concebido, el interés no

decae un solo punto, y se sostiene en todos los actos por medios sencillos, verosímiles, indispensables: insistimos en llamarlos indispensables porque esta es la perfección del arte. No basta que los sucesos hayan podido suceder de tal modo: es forzoso, para que el espectador no se distraiga un momento del peligro, que no hayan podido suceder de otro modo, sentadas las primeras condiciones del argumento».

Identificar romanticismo y libertad de fantasía es, como vamos viendo, uno de los juicios más superficiales y groseros en que puede caerse.

Hay hechos, fuera del teatro, que confirman el realismo de los románticos. En la lírica, por ejemplo, el romanticismo supone el principio del fin para la ficción mitológica y el enriquecimiento del vocabulario con elementos populares; en el periódico, la anotación cuidadosa del costumbrismo y de lo pintoresco; y hasta en la novela histórica, la documentación. Los héroes de Byron y Chateaubriand ya no viajan por países imaginarios, como Liliput o Eldorado. Eso queda para personajes dieciochescos, para Gulliver o Cándido. Pero en el teatro, reforzada la verosimilitud dramática con la de carácter escénico, el caso es doblemente fuerte.

Si la imaginación romántica nos parece más vigorosa y potente que la dieciochesca es precisamente porque ha sido recortada, con vistas a la verosimilitud. Ya no hablan los animales, como en Lafontaine o en Samaniego. Pero el arte, de moralizador, pedagógico,

intelectual y fríaente crítico, vuelve a ser verosímil y, por tanto, emotivo.

Zorrilla, otro romántico, ha expuesto hasta dónde puede llegar la fantasía: ha admitido la leyenda basada en una tradición popular. «Este género fantástico no lo repugna nuestro país, que ha sido siempre religioso hasta el fanatismo». Así dice en el prólogo a «La Pasionaria». Luego añade: «Las fantasías de Hoffmann, sin embargo, no serán en España leídas ni apreciadas sino como locuras y sueños de una imaginación descarriada». Por nuestra parte, podríamos añadir que la mitología germana, viva en las tradiciones y cuentos de Alemania, daba a los artistas de aquel país una mayor libertad para la creación.

Ciñéndonos al teatro, el nuestro del Siglo de Oro había conocido simultáneamente dos clases de espectáculos: el popular de los corrales de comedias y el cortesano del Palacio y el Buen Retiro; el uno pobre, sin escenografía, apoyándose en los valores literarios, confiando a la retórica del autor y a la imaginación del público la evocación de paisajes, muebles y decorados fastuosos; el otro riquísimo, insolente en su pompa, como muestra del poderío regio. «El golfo de las Sirenas», de Calderón, representado en el palacio de El Pardo, costó 16,000 ducados. En el fondo, ambas realidades responden a una misma etapa de infantilismo estético, de fogosidad imaginativa. Se era capaz de imaginar lo inexistente, con el mero apoyo de un verso sonoro y una declamación rítmica, y también de

visualizar lo fantástico, dando por bueno que el lujo borraba el anacronismo o la impropiedad.

La más grande de ambas formas, la que nos ha dejado una herencia de obras geniales, fué la comedia popular, la realizada exclusivamente a base de elementos dramáticos. El autor, como es natural, se sentía allí más a gusto, sin que lo oscurecieran músicos y tramoyistas. «Lo menos que en ella hubo fueron mis versos», comentó Lope de Vega de su zarzuela «La selva sin amor», al ver su brillante representación palatina. Para este pasado, la reforma teatral de Maiquez, la propiedad escénica, supuso recortar la fantasía, como vengo diciendo, pero a la vez volver a hacerla posible. Con los asientos numerados, el local aseado, las ropas y decoraciones apropiadas, el gesto sobrio— que todo esto introdujo Maiquez en los teatros españoles, como su amigo Talma en los franceses— el espectáculo teatral se elevaba en rango, asfixiaba la chacabana interrupción del «mosquetero», creaba la comodidad que es base del placer refinado.

El romanticismo derrumbaba el ridículo concepto de la tragedia francesa, que se decía continuar la griega. Cuando «no se pudo ver en los reyes sino hombres entronizados y no dioses caídos— opinaba Larra— no se comprende cómo pudo subsistir la tragedia heroica aristotélica. Para los pueblos modernos no concebimos esa tragedia, verdadera adulación literaria al poder. Por otra parte, ¿son por ventura los reyes y los príncipes los únicos capaces de pasiones?». La libertad román-

tica es, pues, una afirmación de buen sentido, al democratizar las pasiones. El crítico de entonces ya lo ve así. Pero cuando la superación de la preceptiva viene por otra parte, por el lado escénico, las cosas resultan más difíciles de percibir.

Es un hecho digno de anotarse que con el escenario realista y con la buena caracterización, más bien que por los valores literarios románticos, cesó para siempre, falta de base, la discusión sobre las unidades del arte teatral. En verdad, cuando nos entra por los ojos, gracias al cambio de decoración, que estamos en un paraje diferente al del primer acto, es necio preguntarse si la unidad de lugar resulta indispensable para hacer verosímil la obra. Ha surgido un tipo de verosimilitud tangible por otro lado, que hace innecesario el esfuerzo imaginativo. Del mismo modo, con buena cosmética y variedad de pelucas, subrayados por un ademán propio de la edad representada, el personaje puede tener varios años más en un acto que en el anterior, sin que nadie del público pueda ponerlo en duda.

Con todo, y en relación con el tiempo necesario para los cambios de decoración y vestuario, la última gran conquista del teatro romántico fué lo que podría llamarse «invención del entreacto», suceso que, como otros de excepcional importancia, tiene un autor anónimo, mejor dicho, colectivo. De momento, el entreacto pudo parecer enfadosa exigencia del escenario para el espectador modesto. El público acomodado, de palcos y plateas, no dejó de convertirlo, por su parte, en

vida social. Durante él empezaron a hacerse visitas, a observar los ademanes del de enfrente y a exhibir la riqueza y la distinción propias. Pero sólo en 1859 hay un escritor, Hartzenbusch, que percibe su importancia estética. «Antiguamente—escribe—no descansaban en el espacio de un acto a otro los cómicos ni los espectadores: los entremeses primero y las tonadillas después ocupaban aquellos huecos. Concluíase una jornada con una escena de celos o con la tierna despedida del galán y la dama, y un instante después salían al tablado dos o tres figuras grotescas, se insultaban recíprocamente, ya con leve motivo, ya con ninguno; decíanse desvergüenzas de grueso calibre, sacudíanse, en fin, a vejigazos el polvo, se retiraban, y seguía adelante la comedia, de la cual acaso el espectador ya no se acordaba. En las tonadillas, por lo común, no se hacía más que gorgoritear, sabe Dios cómo, un enfadoso altercado de los actores, disfrazados con sus propios nombres, sobre asuntos particulares suyos, tan interesantes para el auditorio como para el Preste Juan de las Indias».

Sin perjuicio de seguir transcribiendo el texto de Hartzenbusch, del cual falta aún lo más interesante, vale la pena fijarse en que, con muy buen criterio, era la falta de unidad del espectáculo, alternándose jornadas de comedia con entremeses y tonadillas, en una función continua, lo que él señala como defecto del teatro clásico. Evidentemente, lo que dentro de la comedia rompía la ponderada unidad de acción aristoté-

lica—o sean, los episodios o el abarcar la vida entera de un personaje—no pudo perjudicar tanto la verosimilitud ni la belleza de una obra. Pero sigamos con Hartzenbusch.

«Estos eran—continúa—los entreactos en el tiempo de las golillas y de las coletas: veamos lo que son en estos tiempos de progreso literario...

«Cae el telón, y una parte de los concurrentes al teatro se marcha al café. Esto no podía suceder por varias razones en tiempo de Lope: principalmente porque no había cafés a la sazón. Entonces, tanto los mosqueteros como los papamoscas permanecían dentro del corral, y mientras atendían a las gracias del veje-te o del bobo, se atracaban de avellanas, nueces o limas, guardando las cáscaras con algún pepino o zanahoria de buen tamaño traídos de reserva, para arrojar-selos a la cabeza al actor que tuviese la desgracia de merecer la desaprobación del patio. Ahora, aunque el mayor número de los espectadores se queda durante el entreacto ocupando su asiento, charlan allí, miran, rien, hacen guiños, tararean, duermen tal vez; pero no comen. Apenas ha caído el telón, empiezan a prepararse los violines para regalarnos con una pieza que mil veces hemos oído: el fastidio que va a experimentar el oyente se apodera con anticipación del músico; cada arco parece que arranca un bostezo a las sonantes cuerdas, cada Orfeo se convierte en un dios... Pero este ruido es necesario: el silencio es aún más fastidioso que una sinfonía traqueteada».

No se dió cuenta plena Hartzenbusch, de cómo esa música traqueteada del entreacto terminaba de realizar un milagro. Su cita de Orfeo, el maravilloso músico, se compagina mal con eso de que el silencio sería aún más fastidioso. Pero el milagro del Orfeo romántico, a mi entender, consistió en que esa música sabida, lloviendo monótonamente sobre el salón, rompía el ritmo objetivo del tiempo y devenía un refuerzo de la imaginación para admitir que han podido pasar veinte años o cambiarse la escena al otro extremo del mundo cuando el entreacto termina. Sabido es que la noción de otro día nos la da nuestro sueño, la interrupción de nuestra vida, más que la sucesión objetiva del día tras la noche. Por igual mecanismo psicológico, los breves minutos del entreacto, alargados prodigiosamente por un aburrimiento de buen tono, resolvieron para siempre el pedantesco problema de las unidades. Nunca se ha vuelto a hablar de ellas. Pasaron a la historia.

Como Galdós cuenta galanamente en «La Corte de Carlos IV», cuando se estrenó «El sí de las niñas», de Moratín, allá por 1806, el espectáculo teatral era de un nivel social bajo. Si la gente de la cazuela escandalizaba y comía, los caballeros tampoco se creían obligados a descubrirse, aunque el Reglamento de Teatros lo dispuso así en 1803. La corrección aburrida ha jugado, pues, un papel estético en cierto momento. Y no ha sido el factor más flojo para el gran cambio que observamos, ya logrado, en el teatro romántico.

Bretón de los Herreros, en su obra «La declama-

ción en España», de 1852, vió la cuestión del teatro en toda su amplitud. Según dicho comediógrafo, «el teatro representado siguió en sus progresos al teatro escrito; si bien a muy larga distancia, porque el segundo tiene vida propia, y el primero nunca hubiera salido de su ruda infancia sin el auxilio de otras artes». Si a las artes aludidas—escenografía, caracterización, propiedad en los ademanes, en suma, lo aportado por Isidoro Maiquez a partir de 1801—añadimos el milagroso entreacto educado y aburrido, el juicio es cabal. Y el romanticismo, con su escenario realista, se nos aparece como el momento en que lo teatral verosímil y decoroso se ha igualado con la literatura dramática, adelantada prodigiosa y desproporcionadamente desde los días de Lope. Por primera vez, con un mínimo de convención, había un espectáculo cuya belleza resultaba asequible a todo el mundo, lo mismo al crítico exigente que al pueblo menudo. Por otra parte, este teatro superaba las viejas formas popular y cortesana y era para todas las clases, aunque le daba su sello la clase ascendente, la más fuerte de la época: la burguesía.

Como la vida es cambio incesante, dialéctica, según la terminología creada por Hegel, el equilibrio entre lo dramático y lo escénico, logrado por el romanticismo, no se ha podido mantener después. Y en la segunda mitad del siglo XIX, el realismo creciente, pasando de lo teatral a lo dramático, empezó a minar las convenciones que son la esencia misma del teatro. Se

dudó de que el aparte y el monólogo fueran lícitos y se introdujeron cada vez más escenas y tipos anodinos, a pretexto de ser reales y copia de los verdaderos. Liquidado el pleito de las unidades, surgía otro: el de hasta dónde cabe la imitación de la naturaleza en el teatro. El mismo Bretón, en su obra citada, opinaba así: «No se olvide que entre el traslado artístico y la realidad hay siempre algo de convencional; y téngase muy presente que aún contra la misma verdad, cuya imagen debe el teatro representarnos, se pecará infalible y gravemente si el actor se propone seguirla a todo trance y sin ninguna restricción. La óptica y la acústica del teatro exigen que la voz se esfuerce algún tanto y a la gesticulación se dé un cierto relieve, sin lo cual se pierden muchas inflexiones de aquella... Cierta solemnidad en la entonación... no daña al que representante personajes muy elevados... Otra circunstancia que algunos desatienden más de lo conveniente es la de dar valor a las bellezas poéticas del diálogo, sobre todo cuando el drama está versificado... ¿A qué seguir? Bien se advierte que a Bretón le preocupaba ya la necesidad de conservar el mínimo de convención teatral indispensable, que la ola sin freno del realismo ponía en peligro.

Algunos aspectos del convencionalismo artístico, tales como la luz artificial y la forma en verso, requieren también su comentario.

En los viejos corrales de comedias del siglo XVII se representó siempre de día. Empezaba la función a

las tres de la tarde, en invierno, y a las cuatro, en verano. Cuando empezaron a actuar compañías extranjeras en Madrid, y como un medio de proteger a las nacionales, se impuso a las primeras— casi siempre italianas—el que representaran de noche, con luz artificial. Se trataba, evidentemente, de que tuvieran mayor gasto y no compitieran con los corrales, a la misma hora. Pero la medida resultó contraproducente, pues la luz artificial es un factor de ilusión artística y de prestigio social y urbano. Por tanto, desde principios del siglo XIX, el teatro nacional empezó a representarse también de noche, o por lo menos siempre con luz artificial. Sin ello, el drama de 1830 no hubiera podido sostenerse dignamente, como espectáculo de moda, frente a la ópera.

El verso ha predominado en el teatro romántico, tras breves vacilaciones iniciales. En el drama histórico, la gran forma, podemos seguir así su historia:

1834. El 25 de abril estrénase el primer drama romántico, «La conjuración de Venecia», de Martínez de la Rosa. Está en prosa, como señalando la continuidad del esfuerzo de liberación respecto a la vieja retórica y tras lo verosímil que suponía el teatro de Moratín. Las obras de éste, prohibidas por la censura durante toda la etapa absolutista—1814-1830—habían vuelto triunfalmente al escenario español, en especial «La Mojigata» y «El sí de las niñas». Larra escribía, en el reestreno de la última: «Hemos reverdecido con nuestras lágrimas los laureles de Moratín, que

habían querido secar y marchitar la ignorancia y la opresión». El liberalismo se siente heredero del despotismo ilustrado y reniega de los años estériles de la Santa Alianza.

1835. El 22 de marzo, acierta plenamente el duque de Rivas con su «Don Alvaro», en prosa y verso. Empieza la reivindicación de éste, así como el manejo del honor calderoniano, de raíz tan castiza.

1836. El 1.º de marzo de 1836, sobreviene el gran triunfo de «El Trovador», de García Gutiérrez, donde se da la nueva nota romántica de que el autor, desconocido del público, es el primero que sale al escenario a recoger las ovaciones de aquél, innovación que aplaudió Larra. A partir de «El Trovador» queda descartada la prosa. Las sucesivas obras de Hartzenbusch, del propio García Gutiérrez y de Zorrilla, están en verso.

El triunfo del verso no es casual; responde a una íntima exigencia. Derrotada la preceptiva dieciochesca, el nuevo drama se acoge a los modelos del teatro clásico, que estaban en verso, por la misma razón que resucita, desde «Don Alvaro», el viejo concepto del honor. La burguesía triunfante, bien nutrida, ociosa, admitió el adulterio entre sus corrupciones y tras esto vinieron el duelo y otras formas aristocráticas como normas de honor. Por tanto, este teatro basado en el lance de caballeros poseía cierta realidad social, aunque sus proyecciones teatrales últimas, en Echegaray, son desmesuradas. Pero inicialmente, en Rivas, García Gutié-

rrerz y Zorrilla, el honor es evocación medieval y va unida por eso, como forma, al verso, pues toda convención tiende a apoyarse en otras. El verso de estos autores, a diferencia del de Lope, ya no sirve para suplir la escenografía con sus descripciones. Es esencialmente retórico, evocativo del pasado. Como ha dicho Andrenio, «estos sentimientos, conflictos o creencias generales en que se inspira el teatro pueden... acaso no conformarse exactamente con el estado social. Basta con que sean comprendidos y sentidos por la generalidad». La gente, pues, vivía a medias en el mundo del viejo honor, cosa suficiente para comprenderlo. Y la forma, el recurso literario que permite llenar el hueco entre sentimientos reales y supuestos, lo da el verso con su sonoridad, a ratos sentenciosa, recortada, implacable, como reforzadora del concepto; a ratos desbordada, impetuosa, apta para hacer verosímil la pasión desordenada o el gesto anacrónico.

En el dramaturgo más característico de la segunda generación romántica, en Zorrilla, lo teatral primaba sobre lo lírico. Su teatro vale más visto que leído. Su teatro es superior a sus leyendas, a igualdad de asunto. El mismo definió su lírica, en los «Recuerdos del tiempo viejo», como «el arte de hablar mucho sin decir nada». Lo evidente, tras dicha exagerada confesión, es que en Zorrilla se impone el dramaturgo, para el que la lírica es relleno y divagación, mientras la acción es lo esencial. Ahora bien, en más o en menos, el hecho común a todos los dramaturgos románticos, que

manejan el verso como ornamento retórico y vehículo evocativo, muestra su rasgo de época y su enlace con Zorrilla.

En la comedia, el verso se dió sin vacilaciones, apoyándose en el magno ejemplo de Bretón, que lo empleó sin cesar desde 1824 durante su fecunda vida artística: 146 obras en 1849. «Desde la edad de oro de nuestra literatura dramática... ningún buen escritor escénico había hecho otro tanto». Así opinaba Hartzzenbusch. Dicho autor glorioso, arrastró a los demás, impuso el verso a los otros autores de comedias, a Ventura de la Vega, a Ayala, a Tamayo, si bien éste, de época más avanzada, se deja invadir por la prosa. En cuanto a lo que en el propio Bretón significa adoptar el verso, me inclino a considerar un rasgo de moderación, de buen gusto. El donaire es más fino, la frase más graciosa en verso que en prosa. Y la comedia de costumbres, en esa época de adecentamiento de la escena, fué concebida en verso por Bretón para ponerla a la altura de los tiempos. Bretón despreciaba el atraso, lo pueblerino, lo soez. «A Madrid me vuelvo», «El pelo de la dehesa» y tantas otras obras suyas lo demuestran. Quiere burlarse de la afectación ciudadana, pero le molesta mucho más la cerrilidad campesina. Esta es la mejor explicación de que adopte como forma un verso limpio e ingenioso. Por lo demás, en Alarcón, en Moreto y en toda la vieja comedia, el modelo estaba en verso, también.

En resumen: el verso triunfa en el drama romántico como apoyo de la evocación, como retórica del honor; y en la comedia de costumbres, por afición a lo pulcro.

La forma en verso resultó, por otro lado, un medio eficaz para la resurrección del espíritu nacional frente al cosmopolitismo neoclásico que había supuesto la preceptiva francesa, en el siglo XVIII. Aproximaba a los modelos del siglo de oro, a Lope y Tirso, Calderón y Moreto, tanto como defendía contra las traducciones baratas e improvisadas, que resultaban inferiores al producto nacional, de manera visible, debido al cultivo del verso. En este sentido, el teatro, como baluarte de lo nacional, estuvo casi muerto durante la invasión napoleónica y durante la restauración fernandina, hasta 1833, mientras que esta misma época es la de traducciones baratas, en Barcelona y Valencia, de novelas y folletines extranjeros: Chateaubriand, Walter Scott, etc. El teatro romántico sostuvo la hegemonía nacional, no obstante el que algunos autores de primera fila, el propio Bretón, hicieron a veces arreglos o traducciones. Pero sólo con el triunfo total de la prosa, a finales del siglo, el teatro francés y el escandinavo invadirán por completo la escena española. El triunfo de la prosa equivalió al triunfo del doblaje, en el cine actual. Marcó el momento en que la producción nacional es arrollada por la extranjera,

El realismo sin límites, con el lenguaje de la calle por un lado y la invasión cosmopolita por otra, habían

de poner en riesgo el convencionalismo básico del teatro, a la llegada de nuestro siglo. Aun antes de triunfar el cine, como espectáculo competidor, el teatro ya estaba en crisis. Y lo señaló Pérez de Ayala en sus críticas, recogidas más tarde en «Las Máscaras». En Benavente, como autor, y en Morano, como actor, centró Pérez de Ayala su estudio, avinagrado pero certero en el fondo. Veía en ambos el prototipo del realismo rebasado. De ahí que saludara con regocijo la aparición de un nuevo teatro poético, el de Valle-Inclán, y que se quejara de los cómicos que se pasaban el acto con las manos en los bolsillos, porque habían olvidado hasta lo último que debe haber un ritmo en la declamación y en el movimiento escénico. En fin, un ciclo artístico se había completado y, como siempre en tales casos, se planteaba el terrible dilema: «renovarse o morir».

Uno-ninguno



O llamaba a mi zapatero de viejo, el Maestro, como al de Galilea, y a fe que no era sacrilegio, pues no había seguramente en toda la ciudad, un nazareno más auténtico que Farfán.

No que usara barba, ni tuviera ojos azules, ni estuviera en los treinta y tres años. Cano, calvo y afeitado, su rostro curtido y cetrino, se impregnaba en la dulzura de su mirada, disminuía por las gafas.

Y las pobres cosas que lo circundaban, tenían la virtud de brillar suavemente también, a la luz polvorienta de su chiribitil. Un escaparate, donde se exhibían pasajeramente los pares de botines ya restaurados, dábale aspecto de tenducho, y una escala al fondo, era el único acceso al desván, subarrendado por otros inquilinos.

Pero el barrio estaba poblado de mozas de partido y mozos de taberna y de tahona. Y cuando ellos mismos no acudían en alpargatas a traer su calzado desco-

sido, instalábanse con los pies descalzos sobre el piso sembrado de estaquillas y recortes de suela y leían el diario en alta voz, o charlaban mano a mano, mientras el remendón atendía a remediarlos.

Muchas veces me acomodé yo mismo a la estrechez de esa tienda-trastienda. Sobre nuestras cabezas pasaban y pesaban las pisadas de los del altillo, o tumultuosamente descendían los escalones y nos arrinconaban para poder pasar y salir; no por eso el tirapié aflojaba un momento la hebra, ni se cortaba la de nuestra conversación.

Aunque las gentes humildes suelen no departir a sus anchas con las instruídas, ello se debe a soberbia de ambas y, en nuestro caso, debíamos de estar exentos, puesto que tan bien congeniábamos. Hasta parecían completarse nuestras respectivas experiencias, combinando lo teórico y lo práctico en armonioso resumen y, al discurrir, me sacaba mi interlocutor la ventaja del buen sentido del pueblo.

Farfán y yo, cada uno por nuestro lado, habíamos sido tolstoyanos, en la juventud y después fuimos navegantes en barcos y por mares diversos. En el testero del tallercito, amarilleaba un retrato de «El Último Profeta» y una vista de la goleta «Abtao» se desvaía. Yo tenía recuerdos de viaje y mi arte, y él su artesanía y los recuerdos de sus aventuras, y a ambos se nos llamaba maestros; mas, en la vida privada, yo envejecía solo y Farfán sacaba fuerzas de flaqueza, para atender una tardía parvada de hijos con demasiado ca-

mino por recorrer, para el corto que a él iba quedándole. Sólo la sobriedad y la tenacidad del artesano, podían valerles. Trabajaba de la mañana a la noche, y su único sibaritismo solía ser un cigarrillo de los antiguos de papel maíz cabeceados. El olor fuerte del tabaco Joutard, se mezclaba al del cuero y el engrudo y, cuando llovía, a la evaporación de la tierra y a la salobre humedad del aire del mar.

Así veníamos apuntalándonos recíprocamente nuestras filosofías y los inevitables contrastes de la suerte. Me dolían los pies, por los caminos recorridos, y entonces disertábamos sobre modelos y medidas de calzado. Algunas veces interrumpía una observación, porque tenía en la boca los clavos; otras mantenía en suspenso el martillo o la lezna, para captar mejor mis reflexiones. Y de los dos, quien más necesitaba al otro, era yo, pues Farfán se avenía con cualquier vecino.

No sé cuántos años haya podido durar esta amistad. Lo menos veinte que el zapatero tenía su muestra y su banquillo de galeote en la misma calle. Seguramente había visto nacer, crecer y morir a muchos convecinos.

Y he aquí que, tras una breve ausencia, apenas unos meses, he vuelto y casi no he conseguido orientarme. Porque la precaria y derruida vivienda, había sido destruída y reemplazada por una mansión moderna, Y en cuanto a mi Farfán, se han perdido sus rastros, al punto de no saberse siquiera si vive.

Nadie en el vecindario de aquel trecho urbanizado, recordaba ya a ningún zapatero de viejo, ni siquiera

algún sórdido tabuco de zapatería. Hasta me porfió alguien que nunca los hubo en esos alrededores.

Y los veinte años de incesante labor, del amanecer al anochecer; el hornillo que ardía para calentar el desayuno o la cola; la lamparita empantallada que se encendía cuando cerraban la noche y los otros comercios; el alto en el camino de los viandantes; la tertulia de los parroquianos y la lectura en voz alta; las estampas de Tolstoy y de la «Abtao»; el estrépito mismo del camaranchón, todo se había evaporado, hecho humo.

He vuelto a pie, sintiéndome más solo y desandando paso a paso, fatigosamente, mi inútil y duro camino.

Ignacio Zuloaga, 1870-1945

Geografía pictórica de la meseta.



L pintor español Ignacio Zuloaga ha muerto. En breve lapso el arte ibérico ha visto desaparecer dos de sus grandes maestros. Zuloaga había realizado una obra de muy distinta significación a la de José Gutiérrez Solana, pero en ambos maestros alentaba un mismo espíritu hecho de aspereza, de sequedad y de conceptismo.

En una ideal geografía pictórica de la Meseta el Norte llevaría la siguiente etiqueta: «Zuloaga o la retórica», Junto a él debería estar situado, precisamente por ese conceptismo expresivo, el santanderino Solana. «Sotomayor, o la sencillez», con algún discípulo menor, sería el Oeste: «Sorolla y el luminismo», el Este, en donde habría que ubicar a toda una serie de secuaces que han hecho de la luz un poema plástico. El Sur señalaría a «Vázquez Díaz, o la plástica». Situados aquí y allá, como zonas intermedias, tendrían-

mos a varios maestros que oscilan entre los cuatro puntos cardinales y se inclinan hacia uno u otro, participando a veces de distintas características. Ellos son: Arteta, Nonell, Juan Urrutia y Darío de Regoyos, quienes expresan también, como peculiaridad común, la emancipación étnica.

Pero volvamos a Zuloaga.

La retórica del pintor vasco es más superficial que entrañable. La incorporación a su pintura—no a su tectónica, como en Rubens, sino a los cielos y a las montañas—del dinamismo estructural, hacen de él un barroco meridional. Por sus obras parece desfilar un vendaval que agita las masas y las arrastra hacia un punto de la composición. Su retórica es una especulación seca e hispida de raíz hispana con indudables entronques en toda una corriente que viene de lejos. «Zuloaga—dice Unamuno—nos ha dado en sus cuadros, llenos de hombres fuera del tiempo y de la Historia, un espejo del alma de la Patria». Esto es cierto. El pintor dió un esquema racial, precisamente aquel Norte conceptual, señalado, pero no el miraje suspendido sobre el mar latino, como erróneamente afirma el mismo Unamuno en otra parte de su artículo.

Zuloaga es un barroco porque acumula en sus cuadros los elementos formales. Hay en él pasión por el decorado aparatoso y un culto desmedido por las fuerzas naturales. Sus cuadros aparecen cargados de nubarrones, de montañas ingentes y fragosas que enmarcan al hombre, unido inexorablemente a esa naturaleza cósmica.

Así La víctima de la fiesta más que víctima de la crueldad de los humanos, lo es de aquella inhóspita y feroz naturaleza que rodea al picador y a su caballejo. El hombre no impone aquí su jerarquía como sucede en el barroco nórdico. Por el contrario, se pierde en la balumba de las cosas terrenas y, como afirma Unamuno, parece fuera del tiempo.

La humanidad zuloaguesca, dije en otra ocasión, es una humanidad que parece hundida en los entresijos de la tierra castellana, en sus valles solitarios y en sus quebradas dantescas. Coincidiendo con esta idea, Díaz Plaja dice del Barroco que tiene el interés que despierta toda caída «ya que el Barroco con su esencial insatisfacción, no es sólo—como de su paralelo romántico quiere d'Ors—el culto a las formas que vuelan, sino también el de las que se hunden».

Como buen barroco, Ignacio Zuloaga hace de la pintura una problemática constante. Sin embargo, ese no llegar nunca a las cosas tiene en él muy poco que hacer con la plástica pura, puesto que Zuloaga da siempre la sensación de estabilidad y, sobre todo, la de que en su pintura no ha habido evolución, ni cambio; ni tampoco esa marcha ascendente que se advierte en todos los maestros, desde el aprendizaje a la madurez. Es una pintura por cristalización. Los interrogantes que abre son más bien de índole literaria y social que de orden plástico.

Las extraordinarias dotes asimiladoras del pintor le han permitido tomar de cada maestro español aquello

que más convenía a su espíritu. Sus obras son extremadamente características. Son fáciles de reconocer porque ellas siguen con obstinación unos módulos estilísticos que parecen haber nacido con Zuloaga. Quiero decir que éste se muestra personal desde sus primeras obras, lo que tampoco quiere decir que el maestro español no revele influencias distintas en ellas.

José Ortega y Gasset en un artículo juvenil ha escrito cosas agudas sobre «il piu forte Zuloaga», como él dice recogiendo los titulares de un diario italiano. Según Ortega, el autor de *Las brujas de San Millán* no sólo tiene una visión personalísima de la naturaleza, sino que tiene una manera. Y concluye: «Manera es a estilo, lo que manía a carácter». Esto le lleva a pensar que Zuloaga es un pintor amanerado, lo que constituye la principal razón de su popularidad. Las gentes se sienten halagadas al reconocer fácilmente una pintura sometida a cánones inmutables y guardan de ella, sobre todo, el recuerdo de los temas y la escenografía, más que la esencia pictórica.

Zuloaga bebe su inspiración en la tradición clásica. Es indudable que ha estudiado a Velázquez y al Greco y les ha pedido el secreto de su pintura. «Maestro del Museo del Prado» ha sido llamado por Eugenio Noel, que lo conoció de joven en la sala del pintor sevillano, absorto, embebido, captando las más ocultas esencias de su pintura. Hay críticos, sin embargo, que estiman que lo valioso es lo que en ella hay de original y no el reflejo tradicional de aquellos maestros.

No obstante, Velázquez y el Greco y Goya, han dado a Zuloaga su facilidad expresiva, su riqueza técnica. Lo han hecho, en definitiva, pintor. Juan de la Encina insiste en este aspecto y extrema incluso su importancia cuando enumera cada una de las peculiaridades técnicas del maestro vasco para asimilarlas a otras semejantes de los grandes pintores españoles.

No cabe duda, pues, que su formación se ha realizado a través de influjos magistrales, según están acordes en reconocer todos los críticos que han estudiado su pintura. Mas estos influjos se manifiestan en el arte zuloaguesco perfectamente asimilados y decantados a través de su poderosa personalidad.

Al mismo tiempo, Zuloaga revela en su obra otra índole de influencias. Aquélla es como el resonador que amplía la voz de los siglos y nos da, envueltos en nuevas formas, los viejos conceptos de la raza: la aspersion—la áspera psicología ibérica— y el realismo. Las obras de Zuloaga carecen de ternura. No tienen ese lirismo formal de contornos esfumados y musicales que se advierte en los barrocos del Norte. Sus personajes carecen de la belleza típica tan buscada en otros pintores. Son entes caricaturescos, como tallados en madera: a veces parecen bloques de dura piedra berroqueña desprendidos de las montañas del fondo.

¿Corresponde su pintura al famoso realismo español? Desde luego.

Su realismo no deriva de la simple representación de las cosas. Zuloaga supera la elemental objetiva-

ción de la realidad ambiente y llega a soluciones más profundas y personales. Hay incluso un lirismo soterreño en estas visiones crudas que las transforma y las re-crea en la sumisión más cabal y perentoria bajo las leyes eternas del arte.

Su mayor defecto reside, a mi entender, en el afán de teatralidad. Zuloaga grita más que pinta. Quiere ser aparatoso; quiere mostrarnos sus enormes fuerzas de Titán de la pintura. No admite los tonos apagados y suaves. Es estruendoso y en sus temas hay siempre tal vigor vital que la anécdota reduce la plástica a dimensiones modestísimas. El gris, tono de la discreción con el cual la pintura suele dirigir sus íntimos mensajes, no figura en su paleta.

Y es que Zuloaga, vasco esforzado y descomunal, ha olvidado aquellas admirables palabras de Talleyrand: «Todo lo exagerado es insignificante».

La pintura como problema nacional

No ha existido en España hasta Ignacio Zuloaga una pintura literaria. Quiero decir una pintura dogmática y de signo internamente literario.

La plástica cuya motivación gira alrededor de la anécdota o de escenas históricas no es, aun cuando ello sorprenda, un arte literario. Ni *El taller*, de Courbet ni *La barricada*, de Delacroix ni otras muchas telas que podríamos citar, son obras nimbadas por el signo de lo literario, externo a los valores puramente pictóricos. Muy al contrario, hay en ellas una tal

energía plástica, una tal fuerza pictórica, que son modelos de arte superior que busca por la evocación de episodios contemporáneos al artista el entronque entre la idea que lo inspiró y la composición puramente plástica.

En *El taller* el grupo representado quiere expresar la verdad filosófica, artística y política de su autor; sin embargo, ello se olvida ante este definitivo trozo de pintura. Y lo mismo se podría afirmar de *La barricada*. Los asuntos han sido sólo un plausible pretexto para componer en la tela la armonía de unos planos y volúmenes coloreados.

¿Se puede decir lo mismo de la obra de Zuloaga? Creo que no.

Este pintor vasco tiene ahincado en su espíritu el eco decantado de su generación. Y sus obras, sin que en ellas se encuentre el tema con fuertes alusiones sociales y políticas, son más literarias que plásticas. Zuloaga nos quiere decir algo y nos lo dice con ademán de reiteración, utilizando la pintura como habría podido hacerlo por medio de la novela o del ensayo filosófico.

Yo me resisto a creer que ello sea por puro azar. En el artista de alcurnia— y Zuloaga lo es— nada surge de la casualidad. Cualquiera que sea la opinión que sobre su pintura se tenga, habremos de convenir en el hecho auténtico y probado de su intención, que le lleva a producir un arte determinado.

Precisamente porque adivinamos en su obra un ale-
tear de tesis habremos de lamentar más fuertemente la
entrega voluntaria e irresponsable a lo antipictórico.
Cuando Zuloaga nos presenta la cansina estampa de
La víctima de la fiesta quiere que sintamos
en nuestra sensibilidad el trallazo de esos pueblos hun-
didos en los breñales de la miseria. Y con Grego-
rio el botero nos da la imagen del antropoide que
mora en los humanos.

Es la suya una pintura antieuropea, una pintura
que, utilizando a veces una paleta muy actual, se afa-
na en las visiones trágicas de los pueblos castellanos,
de los villorrios estancados y quietos en el silente
fluir del tiempo.

La pintura de los románticos no podía caer en estos
excesos de dogmatismo. Había en aquella pintura un
anhelo ideológico y muchas veces una anticipación,
como en determinadas obras de Eugenio Delacroix.
Zuloaga sigue, por el contrario, un camino regresivo.
Ese sirocco que Ortega ve circular en sus obras
me parece a mí un aire de vetustez que resquebraja y
dora las piedras de Castilla.

No está solo el pintor en esta filosofía extraplástica.
Junto a él toda una generación literaria siente la tris-
teza árida de un país en estado agónico. Zuloaga es,
desde luego, el representante pictórico del grupo coe-
táneo del 98. Pero—insistimos—el solo represen-
tante plástico ya que en Sorolla y en sus contemporá-

neos alienta un arte más alejado del problema nacional que plantea con energía aquella generación.

Gutiérrez-Solana se le aproxima un tanto. Pero el santanderino va más hondo. Sus betunes captan la naturaleza como la naturaleza es. En la exaltación de las miserias hay un deseo fervoroso de comprenderla, de fundirse con ella y de salvar al hombre caído por la misma comprensión.

En Zuloaga hay una cierta malicia. En Solana, una fuerza instintiva e ingenua que pinta con barro para dignificarlo.

Conviene insistir—volveremos a ello más adelante—sobre la existencia de una pléyade dominada por ideales comunes aunque Baroja lo haya negado. Zuloaga puede servirnos para dar forma más concreta aún a las características concordantes del grupo.

No existe en la escultura española de la misma época ningún artista que haya sido influenciado por aquel movimiento dual de protesta y de abulia. Los escultores son en su mayor parte catalanes, es decir, más mediterráneos que iberos y están alejados de la angustia agónica de un Unamuno y del áspero desencanto de un Baroja. Clará—por ejemplo—tiene el anhelo vital y la armonía plástica que expresa con fuerza el *bonheur de vivre* de toda la estatuaria clásica. Y lo mismo podría decirse de Sorolla en su segunda y definitiva obra, cuando se exalta en el luminismo optimista y risueño.

La pintura o la literatura como problema nacional está, pues, en Zuloaga, en Azorín, en Baroja, en Unamuno. Ninguno de ellos siente en su desencanto un impulso constructivo. Al contrario, insisten morbosamente en poner de relieve los estigmas de un país arrastrado por la mediocridad política de la Restauración.

En 1900 Baroja, negador contumaz de esa generación llamada del 98, publica su primer volumen, *Vidas sombrías* y Zuloaga pinta el famoso *Buñolero* y *Mis primas*. En estas obras vemos ya apuntar la manifestación de un espíritu contrario a todo lo anterior. Una nueva concepción de la vida está en marcha. Seguramente no se sabe lo que vendrá, pero lo anterior está cayendo a pedazos por la piqueta del sarcasmo.

Veamos ahora, concretándonos al artista, hasta qué punto se cumple en su pintura ese espíritu que hace de la especulación artística un problema nacional.

Las corrientes disímiles

El museo del Juego de Pelota de París posee un cuadro que está considerado como la joya de ese salón de pintura.

Es un retrato del escritor francés Maurice Barrés con aquel perfil de «procónsul doliente de vivir» que le hallaba Jean Moréas. Los pinceles maestros del vasco han sabido interpretar a este francés nórdico que alzó su voz cálida, de verbo a veces pomposo, para hablarnos de El Greco. Teniendo por fondo el paisaje

pétreo y atormentado de Toledo, sobre un caos de rocas y bajo un cielo también caótico, la figura se recorta en el arco del puente que deja pasar el río Tajo.

Nada más elocuente y retórico que esta tela en la cual el artista ha captado a su modelo en medio de un ambiente del que no parece ausente la poesía pedregosa de Castilla; la poesía árida, seca y cruda de luz de tolvenera que Machado y Azorín nos han descubierto.

Esta obra es, a juicio de la crítica, la más valiosa del pintor vasco, porque en ella ha logrado con relativa simplicidad—aunque extrañe en un pintor tan cabalmente conceptuoso—una auténtica inmersión en los valores estéticos.

Hay profundidad aérea en el adusto cuadro gracias a la exactitud de los planos que se suceden, sobre todo en los primeros planos del soporte granítico de la ciudad y a los sacrificios de las partes secundarias.

Por el cromatismo terroso, por los lacas sangrientos, por la estridencia en el color, por el dibujo, nos recuerda esta tela el retrato de Enrique Larreta en cuyo fondo la ciudad de Toledo ha sido sustituida por las murallas de Avila.

No ha sido nunca Zuloaga un pintor estilizador. Ello no quiere decir que carezca de cierto estilo reconocible. Si nos hemos referido al retrato de Barrés es por estimar que representa tal vez una excepción en la totalidad de su fecunda labor. Esta tela nos está diciendo a dónde habría llegado el pintor de no haber

sentido tan profundamente el dominio de su talento mimético.

El autor de *La víctima de la fiesta* es un artista al que le ha perjudicado su servilismo a los grandes pintores españoles. Pintaba bien, demasiado bien tal vez, pero siempre sujeto a la influencia que su capacidad de adaptación le ha permitido recibir de El Greco, de Velázquez, de Goya, para no citar sino antecedentes ilustres, pues Zuloaga está siempre dispuesto a saciar su sed en la primera fontana pictórica que se le brinde.

Su pintura constituye una *síntesis*, un mosaico admirable de la pintura española. Ha sabido asimilar la forma y el espíritu de los clásicos como vistos del reverso, mediante un espejo parabólico, porque en las imágenes de Zuloaga hay siempre un impulso caricaturesco.

Técnicamente el pintor de Zumaya siente una admiración sin límites por Diego Velázquez. ¿Qué son *Gregorio el botero* y *La Pepa* sino réplicas admirables de los enanos del pintor de Sevilla?

Este afán de asimilación, este servilismo, hacen de Zuloaga el eterno epígono de todos los genios, cuando pudo ser por sí mismo, por sus innegables dotes, un auténtico maestro de la pintura.

Otro factor que ha quitado espontaneidad a la pintura de Zuloaga es un excesivo afán pragmático. Ignacio Zuloaga es un pintor que busca en la acentuación del *pathos*, en la exaltación de la española, admiraciones torcidas para su obra.

Volvemos a insistir al llegar a este punto. Zuloaga es nuestro pintor más literario. Se ha dicho que representa la escuela realista moderna y el pintoresquismo plástico, pero esto no es del todo exacto. Ya hemos visto cómo su técnica fluctúa siempre. La pintura más dignamente realista se da hoy en Gutiérrez-Solana. Las telas del santanderino son trozos sinceros de vida y Zuloaga, el teatral, da excesiva importancia a la tesis.

La inquietud de los escritores ha sido sentida paralelamente por Zuloaga quien la ha expresado en sus telas. Se puede afirmar que entre *La voluntad*, el libro máximo de Azorín, y *La víctima de la fiesta* no existen grandes diferencias. Con elementos distintos, en ambas obras se persigue idéntico fin.

Sin embargo, la pintura resiste menos el cañamazo de sequedad y de tragedia por cuanto está destinada a representar formas y colores ajenos por lo menos en su intención primaria y pura, a las palpitaciones de la vida psicológica y pasional.

Estas características peyorativas—si se estiman como tal—de la obra zuloaguesca no impiden la eclosión, por otras razones, de un gran pintor.

Zuloaga es un magistral retratista. Y aquí prosigue la tradición hispana. Sabe marcar en forma acusada la personalidad interna de sus modelos. Dentro de esa manera barroca y «a la tremenda» que le es peculiar, la tela refleja la traducción, verídica e ideal, al mismo tiempo de sus personajes. Los cielos atormentados y los sienas de sus montañas son siempre iguales, pero en

cada retrato suele haber un alma diversa, porque Zuloaga ha sabido penetrar en la distinta intimidad del modelo.

Los cuadros de asunto—la obra literaria, en definitiva—llevan más profundamente impresos el desaliento y la triste soledad de la Meseta.

Vasco, como Unamuno, también Zuloaga siente palpar el corazón inmenso y soterrado de Castilla.

Litre ⁽¹⁾



UNTO a las verdes hondonadas
o en las asoleadas cuestas,
en los caminos polvorientos
y en las llanuras cenicientas,
en todo lo ancho del valle
posas tu planta siniestra,
árbol maligno, oscuro litre,
litre perverso de mi tierra.

Es acre el zumo de tu entraña
que en tu vecindad alienta,
exudas cáusticas resinas,
vuelcas violentas esencias;
te circunda halo maléfico
en un vaho de espesa niebla,

(1) El doctor Alejandro Reyes, autor de un bello y emocionado volumen de versos titulado «Motivos del puerto» (Reyes es de Talcahuano) obtuvo hace algunos años, el Premio Atenea, para obras científicas, por su libro «El litre planta anafiláctica». El litre le da ahora a Reyes, tema a su inspiración de poeta.

y el puro hálito del bosque
envenenas con tu presencia;
tu ramaje sombrío esconde
nidadas de cobras arteras,
Caín de la familia agreste,
Litre, ponzoña de la selva!

El pregón de tu maleficio
corre de mar a cordillera,
en el espanto de los niños
y el cuchicheo de las viejas
y la ingenua campiña nutres
de sus fantásticas leyendas.
Ayl del que a tu vera repose
o que en tu sombra se aduerma
su despertar le será infausto,
le velará traidora siesta,
la llama roja de tu savia
le cubrirá de fina lepra ! . . .

Te conocía el aborigen
y el campesino te recela;
ningún pastor en tus orillas
mansos rebaños apacienta:
si se te acercan las majadas,
tu humor repele a las bestias . . .
El español de la Conquista

de «Mala Sombra» te moteja,
 siente el terror de tus efluvios,
 de tu contacto se ahuyenta,
 detesta tus exhalaciones,
 y teme a tu oculta ballesta,
 más que a las lanzas enemigas,
 más que a la indiada resuelta.

Pillán (1), amigo de las mieses,
 Pillán, protector de las siembras,
 que con ayuda de las lluvias
 fecunda el vientre de la tierra;
 y ni el Canelo, árbol sagrado,
 y ni maitén, ni adormidera,
 ni los conjuros de las machis (2)
 o el hechicero que te impreca,
 lograrán con sus exorcismos,
 no aventar tu hosca fiereza,
 que tus secretas potestades
 te ungen en deidad opuesta.
 Genio malévolo del Bosque,
 eres Satán de la floresta!

(1) Contra lo que comúnmente se piensa *Pillán*, no es el demonio indígena; sino una divinidad protectora, dios de un culto idólatra, naturalmente.

(2) Adivinas o brujas mapuches.

El hombre y la poesía del sur



SI como América, continente nuevo y sano—Tierra firme, como indica Germán Arciniegas—constituye una reserva moral y económica incalculable frente a la vetusta y agotada Europa; así las provincias representan idéntico significado para las grandes urbes.

Las fuerzas morales de la Frontera (1) constituyen una reserva, sobre la que no se ha llamado debidamente la atención. Se conserva allí el espíritu auténticamente nacional, y los aires de frívola impersonalidad que imperan en las grandes ciudades, llegan lentamente, de suerte que hay tiempo para asimilar lo más adecuado, sin el atolondramiento snobista a que se está urgido en la capital. El sureño, poco habituado a los refinamientos cosmopolitas—aun cuando sepa que algún día tendrá que adoptarlos—, es sobrio y tesonero, premunido de gran responsabilidad.

En una rápida búsqueda en la materia histórica relativa a la Frontera, se descubren o redescubren fuentes que permanecen, en su mayor parte, en completo descuido. Motivos de estudio y de creación artística, existencias y acciones dignas de difundirse.

(1) Hemos propuesto una definición de Frontera en «Paisaje y Poesía del Sur»; ATENEA, N.º 241, julio de 1945.

Sólo la poesía autóctona ha logrado penetrar ese fondo, en sus magníficas síntesis.

En general, el hombre del sur participa de muchas características externas del indio; pero se diferencia fundamentalmente de él por cierta viveza de ingenio, mayor capacidad y rapidez para comprender situaciones complejas. Aunque es indeciso, es audaz cuando ha tomado una determinación.

El hombre austral es en todo diferente al del norte, aun cuando—refiriéndose al pueblo—una enorme porción de nortinos, particularmente los de la pampa salitrera está formada por sureños. ¿Cómo es esto? Los hombres del Sur que no tienen grandes oportunidades de arraigarse en las faenas campesinas, emigran casi siempre. Los «enganches» se llevan a centenares. Pero cuando existe un pedazo de terreno o la expectativa de poseerlo, o hay algunos hijos y animales, es decir, un motivo de asentamiento, el sureño se agarra con feroz firmeza a su sedentarismo. Los jóvenes que salen de la tierra sin dejar de amarla, se adaptan pronto a situaciones nuevas en otras latitudes y, por lo general, ya no regresan, especialmente si los coge el tráfago de las urbes.

Se sostiene que el sureño es egoísta, rasgo que no se advierte en el nortino (2). Si bien es cierto que existe notable contraste entre el hombre del Sur, tipo eminentemente diferenciado en el sentido social—se descubre su origen en mil rasgos propios—, y el del Norte, ya más bastardo, e imbuído de elementos cosmopolitas, no radica ello en el egoísmo del uno y la liberalidad del otro, que es un punto de vista inadecuado para juzgarlos. La hospitalidad y generosidad del sureño es proverbial en Chile y la calidad de tal rasgo es lo que más llama la atención. Si a toda costa hubiera de buscarse una causa de esto, se diría que es el sentimiento de profunda confianza que el hombre del Sur tiene en la tierra, que en cierto modo cree poseerla, aun cuando no tenga un mal sitio de su propiedad; este

(2) Benjamín Subercaseaux, «Chile o una loca geografía».

sentimiento lo han sabido aprovechar los terratenientes, obteniendo mayor rendimiento y menos reclamaciones. Y su generosidad es tanto más resaltante, entonces, cuanto que al dar, se desprenden de lo suyo, de lo que ya forma parte de su patrimonio secular. En cambio, la vida aventurera, sin asidero, del nortino, sujeto a toda suerte de contingencias, cuando da, lo hace con el mismo sentido aventurero.

Es verdad, sin embargo, que en punto a expedición en las relaciones humanas modernas, el nortino es superior al sureño, como lo es siempre el hombre de los puertos y de las grandes ciudades; porque el primero es obrero, trabaja y vive en aglomeraciones, en donde las actividades son heterogéneas, como las gentes. El hombre austral es campesino y la mayor parte de su existencia transcurre en las soledades.

La familia austral conserva en la actualidad el mismo concepto español de su organización y carácter; es patriarcal y unida; por lo menos esta característica está más acentuada que en la capital. Son raros los casos de divorcio. Los hijos profesan un respeto impresionante a los padres y a los hermanos mayores, y son castigados, no pocas veces, como a pequeños hasta cuando están ya hechos ciudadanos. Esta exageración notoria a los ojos del observador metropolitano, se advierte hasta en el tratamiento de la conversación hogareña. Es exótico allí tutear a los padres o a los hermanos de mayor edad; en la mesa, los niños carecen de grandes derechos, sobre todo, no intervienen en las pláticas de los mayores.

El conjunto austral es una entidad claramente diferenciada. El paisaje y el hombre se funden en una unidad de rasgos absolutamente propios; todo lo cual se revela en su manifestación lírica autóctona, género que posee los medios más directos de expresión de esos elementos.

En la poesía, Neruda llena la época moderna. El y sus dignos congéneres han sido quienes han penetrado con mayor exactitud

ese fondo. Muchos poetas anteriores han pretendido destacar esas esencias, pero no lo han conseguido, indudablemente.

Puede atribuirse ello a que estos intérpretes no son originarios de esa tierra, no han sido amasados allí, con el cuidado que la naturaleza austral se da en preparar a sus habitantes; y cogen los motivos en forma circunstancial y turística, como asociaciones frívolas, sin la unción dogmática, ritual casi, de los poetas sureños. Desde Ercilla, seguido de Salvador Sanfuentes, Eduardo de la Barra, Gabriela Mistral, hasta Bórquez Solar y Luis Enrique Délano, han tomado estos motivos de modo muy europeo, es decir, no han asimilado el contenido austral en sus resonancias verdaderamente cósmicas, como lo han conseguido los nerudianos y su maestro.

Aquellos poetas, en pleno período romántico, acuden al panorama salvaje, impulsados por Chateaubriand, los ecos de los lakistas y los españoles de mediados de la centuria pasada, como punto concordante con la moda, para ejercitar sus devaneos, carentes de independencia. Pocas veces el Romanticismo acierta en la descripción y exégesis del paisaje nuevo; y en menor grado ocurre aun en el tratamiento del hombre. Los poetas más evolucionados, no pasan del formalismo frío de los parnasianos.

Sin negar las intuiciones admirables de Ercilla en gran parte de su Poema, es del caso insistir en la tiranía que este cantor ejerció en los poetas posteriores que trataron temas similares. Sanfuentes es tan convencional como el épico español y no posee siquiera la grandiosidad y el valor documental de éste. De Pedro de Oña no vale la pena intentar ni una mala afirmación.

El panorama y el hombre australes fueron explotados muy tarde como motivos estéticos. Después de Ercilla no hay, en este sentido, nada duradero hasta comienzos del siglo actual. Siempre habían sido esos temas elementos exóticos, y como no se les comprendió, hubo necesidad de recurrir a la leyenda. «Inami» y «El bandido» son débiles ensayos de Sanfuentes

para destacar el factor humano y ambiental. La india Inami, el cacique Colpi, el hispano-chileno Alberto, son personajes totalmente fantásticos o, en todo caso, falseados en su apariencia y contenido, que no es posible concebirlos actuando o existiendo a orillas del lago Ranco. Tanto pueden darse en este lago como en uno de las Islas Británicas.

Es que esos poetas carecían, de seguro, de la capacidad de síntesis que requieren aquellas enormes fuentes, atributo que ha caracterizado a los líricos locales modernos. Pocos artistas sureños poseen, sin embargo, la virtud opuesta, el talento discursivo analítico, razón por la cual no hay novelistas en el Sur. Fuera de Luis Durand, Francisco Coloane y Rubén Azócar, no hay narradores endémicos. Generalmente son extraterritoriales, transeúntes, como Mariano Latorre, Manuel Rojas, Marta Brunet, Santiván, Juan Marín.

Este género exige observación externa y elaboración objetiva. Y ya hemos indicado que el paisaje absorbe al habitante y lo penetra de sus esencias, como no vemos en otra parte del país. Lo lleva el ambiente como aterido y confundido en su concierto íntimo. El hombre es un elemento más del paisaje: nace de él y a él vuelve como la hoja que cae, se pudre y renace en jugos para seguir el eterno movimiento de la materia. Julio Barrenechea en su excelente soneto *Escuela nueva en Carahue*, confirma este aserto: se ha levantado un espléndido edificio escolar, con todos los cubos, ángulos de luz y cumplimiento arquitectónicos modernos, en fin, una sólida promesa de civilización; pero siempre para el alumno «el mejor profesor es el paisaje». El paisaje, el campo generoso en lluvia, bosque y ríos, que está presente con insistencia fatal, que se impone, que entra incontinentemente por los amplios ventanales hasta el corazón.

Se crea, pues, naturalmente la familiaridad del poeta con la belleza íntima del paisaje, hay una comunidad de vivencias,

que impide al poeta desdoblarse para expresarla de otro modo que cantando, esto es, como un eco de su propio ser. Y a dondequiera que vaya o que se esconda, se llevará fundido en su sangre para siempre, aquellas estructuras indelebles.

La selva, el río, la lluvia, el viento, arman allí el arte, lo escenifican, lo llenan en grandes bloques indivisibles. Las vivencias que suministran no pueden ser motivos de pintura objetiva y fría, como exige el tranquilo y reflexivo relato. La prosa—expresión racional de los pueblos—es tardía; primero se canta y se grita.

Y la lírica constituye una necesidad imperiosa en el artista sureño, en este momento que la Frontera comienza a madurar.

Cautín posee rasgos especiales en el concierto austral. Su vida se concreta, se realiza y se manifiesta en Temuco, que es como un núcleo convergente de toda esa vitalidad. Es una ciudad perfectamente mediterránea; se desenvuelve lejos de la cordillera y del mar, aun cuando desembocan en ella vigorosas arterias de ambos costados. Cuatro ramales ferroviarios, uno de la costa—Puerto Saavedra, Carahue e Imperial—, y los otros de la montaña—Villarrica, Cunco y Cherquenco—. Esta mayoría de arterias rurales influye en que el habitante de Temuco sea más serrano que costino; tiene más de campesino que de porteño, máxime cuando Puerto Saavedra, el único desembarcadero fuera de Toltén, no posee un movimiento marítimo importante.

Dos ríos fundamentales, el Cautín y el Toltén, entre muchos menores, prestan a la provincia una fertilidad exuberante, particularmente en los alrededores de Imperial. Y buenas razones tuvieron los primeros conquistadores para pretender en un principio establecer en esos lugares la capital del Reyno, sitio que sólo quedó con su nombre principal.

Es Cautín también la región más típicamente indígena pues en ella se concentran las últimas reducciones que van restando en pie. En los alrededores de Temuco, Truf-Truf, Ma-

quehua, Metrenco, por ejemplo, celebran a menudo sus ceremonias tradicionales, se reúnen grandes masas de nativos, y es posible darse una idea del vigor de esas comunidades. Durante las elecciones realizadas en el último período de Alessandri, se concentraron en Temuco, varios miles de mapuches. Se presentaron en las calles de la ciudad en impresionantes cabalgatas, sabiamente organizadas, con sus bandas de música autóctona y sus trajes, ya muy chilenezados. Era un cuadro respetable y temible que tuvo el raro poder de avivar recuerdos bizarros.

La ciudad de Temuco, capital de la provincia, tiene un carácter abigarrado, de puerto, en cierto modo, sin serlo, donde desembarcan, permanecen algún tiempo y luego se van, tanto los indios, como los chilenos y los comerciantes extranjeros. Es un centro comercial, más que nada, y no existe en su seno una tradición formada, con raigambre nobiliaria, como en otros pueblos, Concepción, Chillán, Talca, Osorno, verbigracia. El hombre culto emigra a la capital, por lo general, o regresa al campo. El obrero busca mejor vida en las salitreras o en otras usinas industriales. Es, en fin, Temuco un gran «rendez vous» de Cautín. La tradición sureña vibra en los campos o en los poblados pequeños, donde la tierra actúa con mayor fuerza. De allí vienen los poetas. Los comerciantes vienen de afuera, se enriquecen y se marchan. Los hacendados no viven en el Sur, sino en sus palacetes de la capital, y van por sus latifundios de vez en cuando, sobre todo en épocas de elecciones.

El punto de reunión más importante de Temuco es el Liceo. Existen naturalmente, colegios particulares, católicos, alemanes, ingleses, pero poseen cierta unilateralidad aristocrática que nada tiene que ver con los caracteres que procuramos destacar. Es en el Liceo de Temuco donde se granea la gente sureña típica. Concurren a él desde el indio relativamente acomodado, es decir, aquel que aun conserva algún retazo de terreno,

hasta el árabe de las tiendas, y algunos hijos de antiguos colonos que no han logrado convertirse en terratenientes. Pero es predominante la nota campesina del chileno puro, en este establecimiento.

Aquí se refinan los materiales artísticos. Al contacto del primer estímulo de la civilización, se enciende el chispazo poético, se abre el cauce de las potencias olorosas del alma sureña, recogidas espontáneamente por la sola fuerza del ambiente.

Es interesante observar que las primeras influencias estéticas se producen por emulación interna. Existe antes que nada una interinfluencia en casa, en lo relativo a la expresión lírica. Se comienza invariablemente por la admiración de los creadores regionales. Todo ello, junto con el fondo común de inspiración, ofrece una rara unidad a esa producción. Vale anotar también que hay muchos profesores, particularmente del idioma patrio, que comprenden este sentido y energía líricos del sureño, y que orientan sus lecciones y consejos de modo certero, contribuyendo a intensificar esta unidad.

Por otro lado, el clima, la naturaleza de enormes contornos agrestes y el carácter mismo de sus habitantes, crea una predilección por autores fuertes, rusos y escandinavos.

La sobriedad de lenguaje en el chileno, tiene en el Sur su más ejemplar confirmación. El predominio de la clase media, por cierto más baja en condiciones de refinamiento social que la metropolitana, influye poderosamente en esta sobriedad. Su horror al ridículo o a la exageración en cualquier orden de cosas, la obliga a la mesura cuidadosa y a la constante autocrítica (3). No es estrafalario afirmar que el indio tenga mucho que ver en este asunto. Puede verse en Santiago, cómo el sureño es circunspecto, sobrio y hasta parco en su trato.

El excéntrico, así como el mal poeta, son descubiertos y

(3) Es preciso reconocer que esta circunstancia puede llegar a constituir un factor negativo en el progreso.

rechazados de inmediato, o deben entrar por los verdaderos cauces. Merced a este trabajo de natural selección, han surgido del Sur, sólo los artistas auténticos; los otros—que los hay por docenas—se quedan en sus casas. En Temuco se formaron Pablo Neruda, Juvencio Valle, Julio Barrenechea, Francisco Santana, Carlos Godoy Silva, Gerardo Seguel, Aldo Torres Púa, poetas reconocibles desde lejos y en el acto.

Los tres primeros, especialmente, mantienen al presente, el tono más elevado de la lírica nacional.

Cosa tenda...



ON el corazón alegre y sintiendo la felicidad de vivir, amaneció Julio Campos aquella mañana en que, precisamente, se iniciara para él, el período de su desgracia. Nada hacía presagiar en su ánimo ni en las circunstancias que lo rodeaban, los tristes días que se acercaban para su vida. Siguiendo su costumbre se levantó temprano a hacer el aseo del negocio, mientras Cristina, su mujer, se dedicaba a preparar el desayuno y limpiaba el comedor.

Mientras ponía en orden todos los trastos en el estrecho local y sacudía la vidriera, oía adentro a su mujer que a ratos canturreaba y luego conversaba con las pequeñas, apurándolas para que se vistieran pronto, a fin de no atrasarse en ir a dejarlas al colegio de primeras letras, desde donde ella, se pasaba al mercado a efectuar las compras.

Julio Campos sentía un inmenso agrado, al pensar en que su negocio marchaba cada vez mejor. Cristina era jovial, trabajadora y de buen carácter. Mientras sacudía el mostrador, llegaba hasta él, el tibio olor del café, de la leche y el pan fresco. Cristina, después de aderezar a sus dos hijas, a las cuales el padre adoraba, les decía:

—Ya están listas. Ahora vayan a saludar al papá.

El las besaba con infinita ternura, dándoles los nombres

más cariñosos que existían en su lengua, y, en seguida, se iba a sentar a la mesa en su compañía para tomar el desayuno, que servía Cristina con su jubilosa mirada de afecto para ellos. De este modo se iniciaba la jornada diaria. Y daba gusto trabajar así, cuando todo marchaba bien. Era la perfecta armonía.

No hay duda de que Julio Campos merecía aquella felicidad. Hacía siete años que había llegado a Chile, donde se adaptó fácilmente a la manera de trabajar, y a las costumbres de esta tierra. Se llamaba Jalil, que en árabe significa —*dilecto*— y como se parecía fonéticamente a Julio, adoptó este nombre. Su apellido era Barr y lo tradujo simplemente al español: Campos. Y de este modo, por su nombre y también por su aspecto,—era un moreno de ojos negros que comunicaba viva simpatía a su semblante—cualquiera podía creer que era un chileno nacido junto al Mapocho. Sólo al hablar se advertía su nacionalidad. Era bastante torpe aún para expresarse en castellano. Su analfabetismo contribuyó seguramente a que el idioma le fuera más esquivo.

Jalil Barr, o sea nuestro Julio Campos, era casado allá en Siria, cuando tomó la determinación de venirse a Chile. Se casó, porque tenía que hacerlo para satisfacer una necesidad biológica y tener la compañía de alguien, pero en realidad aquella mujer no había dejado huella en su vida. Ningún recuerdo de afecto, ni de sexo lo ataba a ella. Cuando dejó Siria, recordó a los amigos, a la gente con quienes conversaba y hasta a los animales que solía encontrar en su camino diario, mas aquella mujer con la cual convivió algunos años, se borró totalmente de su sensibilidad. No de su memoria, porque en verdad era difícil olvidar un acontecimiento tan importante en la existencia de un hombre. Esa mujer era para él, más bien, una imagen que rechazaba su espíritu casi instantáneamente, cuando alguna circunstancia se la traía a la mente.

Atravesó los mares, y fué, de asombro en asombro, viendo como era el mundo de inmenso. Comenzó a percatarse de que

el horizonte, es como los sueños hermosos, que nunca se alcanzan, ni convierten en realidad, porque detrás de esa línea de luces siempre esquivas hay otra que va dilatando las perspectivas y ensanchando la idea de lo que es el mundo y la vida del hombre.

Mas, no obstante la total incultura de Julio Campos, éste, se pudo dar cuenta más tarde de que el mundo no era tan grande como parecía, pues, andando por remotas distancias, de pronto se encontraba con algún compañero y amigo que había correteado junto a él en las calles del pueblo natal.

En Chile, donde se acostumbrió muy pronto, empezó a sentir una especie de satisfacción animal, de despreocupación por todo lo que no fuera trabajar y satisfacer sus deseos de comer bien, o entretenerse en pasatiempos, que estaban al alcance de su mentalidad.

La lucha fué muy dura en los comienzos, pero era joven y robusto, y no fué demasiado difícil para él habituarse a cargar con su caja de baratijas que ofrecía por las calles del suburbio y por los caseríos próximos a Santiago. Se entretenía charlando casi por señas al principio, con las muchachas campesinas, o con los rudos mocetones que gozaban oyendo sus cómicas u enredadas expresiones. De esta suerte aprendió su español chapurreado y dicho en la forma inculta del hombre del arrabal o del campo. Espejitos, pañuelos, peinetas, horquillas, botones, colleras y todo ese sinnúmero de menudencias que adquiere a diario la gente, le dieron margen para enhebrar largas conversaciones y para trabar amistades que comenzaron a apreciarlo y a tratarlo con afecto y simpatía.

De este modo comenzó a ver como vivía la gente. Cómo eran felices oyendo el canto de los niños y sus lloros o gritos destemplados, pero que daban la sensación de la familia. De esa familia que el árabe respeta y ama con extrema solicitud. Hacíale también falta una mujer, y por las noches sus sueños pobláanse de caras frescas y risueñas en las que siempre estaban

aquellas que veía a lo largo de los caminos que recorría a diario, no obstante jamás veía el rostro de su mujer, el cual se le había desvanecido completamente. Le costaba trabajo decidirse a encargarle a alguno de sus paisanos que le escribiera algunas líneas a su esposa, en las ocasiones en que le remitía pequeñas sumas de lo que iba ganando en la venta de su «cosa tenda».

Dábale, a ratos deseos de ir a conocer el amor que se vende en los prostíbulos, donde las meretrices se mostraban muy cariñosas con los turquitos que solían llegar a visitarlas. Pero Julio Campos sabía muy bien que eran muchos también los turquitos que se habían «embromado» para siempre en aquella clase de relaciones. Una sífilis o una blenorragia, era en esos tiempos una cosa espantable. Sin ninguna de las facilidades que hoy existen, ni tampoco el confort y la comodidad que se puede tener con dinero. Aquellos males se agravaban, y con frecuencia tenían las más crueles y desgraciadas consecuencias.

¡Pero una mujer hacía tanta falta! Curioso caso el de Julio Campos. Con la misma facilidad con que adoptó el nombre españolizado y con la facilidad con que se acostumbró en el país, así también experimentó una gran atracción por las mujeres chilenas. Esa vivacidad y picardía criollas que en la mujer del pueblo suelen estar además, acompañadas por una gran abnegación, le causaban indecible encanto. Con ojos de admiración y de suprema ansiedad se quedaba contemplando a las chiquillas que servían la mesa, o hacían los menesteres domésticos en las casas donde él solía estar invitado a comer. Aquella cordial sencillez llenaban el ánimo de Julio Campos de un sentimiento de íntima dulzura y ansiedad.

Fué de este modo como conoció a Cristina, que vivía con su madre, en un pequeño rancho del camino a Renca. Julio Campos fué el casero preferido, y era recibido por aquella buena gente con muestras de la más viva y sincera alegría. Con ese leal cariño con que los campesinos acogen a los viandantes

que siempre llevan en sus alforjas alguna golosina, y tienen además pintorescas historias que contar.

Julio Campos era un hombre de rostro atrayente y de carácter franco y expansivo. Muy pronto sintióse cogido por la envolvente simpatía de Cristina. Sus veinte años alegres y saludables eran para él un grato refugio de paz y de esperanza. Ante su pregón humilde y fatigado, asomaba la chiquilla su faz risueña para decirle afectuosa:

—¡Buenos días, casero! Pase más adelante.

Julio Campos, descolgando su caja de baratijas, de donde se desprendía un agradable olor a jabones y agua de colonia barata respondía con su buena sonrisa a manera de saludo:

—¡Cosa tenda, caserita! Cosa tenda...

A él no le interesaba lo que allí le pudieran comprar. Era tan grato para su soledad, sentarse a descansar y servirse una taza de café con buena leche y un pan oloroso que le servía Cristina, que iba y venía, régañando a los perros, y hablando con las gallinas que entraban y salían por el rancho, dándole un ambiente de rústica placidez. La madre, entre tanto, cosía en su máquina Singer, preguntándole por los encargos que le hiciera en su visita anterior. Hilo, botones, agujas y algunas telas baratas que el turquito le traía a precio de costo. Nunca Julio Campos se preocupaba de anotar las mercaderías que allí dejaba. ¡Con qué podía él pagar el afecto con que lo recibían y los buenos ratos que allí pasaba?

Dentro de ese hogar tan pobre, se advertía, sin embargo, cierta holgura, porque la madre de Cristina que era viuda, trabajaba con incansable afán en sus labores de costura. Era la modista más apreciada en toda la vecindad. Sus ganancias le permitían mandar al colegio a Cristina quien había cursado todos los ramos que se enseñan en una escuela primaria. Y luego ella la fué adiestrando en la costura y hasta en la confección de sombreros, en los que manifestaba cierto buen gusto, raro en gente de tan poca ilustración.

Julio Campos, aunque completamente iletrado, tenía sin embargo la suficiente inteligencia para darse cuenta de que aquel hogar, a pesar de su modestia, era respetable, por los hábitos de esa gente, dedicada exclusivamente a sus labores cotidianas. No podía esperar nada que no fuera correcto ni decente de parte de Cristina, a quien los obsequios y manifestaciones de afecto del turquito, no dejaban indiferente.

Pero cuando estaba más feliz, acariciando su sueño de amor al lado de la linda muchacha, veníase de pronto a su mente, el recuerdo de su mujer a la cual le costaba un verdadero esfuerzo escribirle por intermedio de un amigo de confianza. Le atormentaba cruelmente la idea de que esa otra mujer lo privaba de todo proyecto de constituir un hogar en que no estuviera ella presidiéndolo. Y, a su lado, ya no era posible pensar en la felicidad. Recordaba la aldea perdida al otro lado de los mares, y la pobreza de sus deudos, le daba ánimos para pensar en que mientras él no les enviara los medios necesarios, jamás podrían viajar a Chile, pues el pasaje costaba una suma que nunca podrían reunir. Entonces distanciaba sus remesas y disminuía el monto de ellas, con la idea de que por mucho que economizara su cónyuge, jamás pudiera juntar lo suficiente para atravesar el dilatado océano que los separaba.

Se aferraba ilusionadamente a su esperanza, mas, de súbito, lo aterraba la idea de que él pudiera incurrir en el delito de bigamia. Un árabe honrado, que había crecido viendo como sus mayores respetaban las costumbres tradicionales no podía hacer eso. Julio Campos, en el fondo, seguía siendo Jalil Barr, el emigrante que traía de su tierra todo el fardo del ancestro sobre sus hombros. Mientras caminaba a lo largo de las calles del arrabal, pensando en todo esto, lo invadía una infinita tristeza, y, no obstante, no sabía cómo encaminaba sus pasos hacia aquella casita del camino a Renca, donde se sentía como en el Paraíso.

—¡Cosa tenda, cosa tenda!

Su grito resonaba lastimero, porque era la queja en que se exteriorizaba su oculto dolor. Y Cristina con su boca como una granada abierta que mostraba la perla de sus dientes, convertíase en tentación permanente. Sus ojos, con esa elocuencia de la pasión que comienza a adquirir proporciones, estaban gritándole:

—Yo te amo. Yo puedo hacerte feliz.

El podía ser inmensamente dichoso al lado de Cristina. Y entonces su negocio prosperaría. Poco a poco se irían acumulando los pesos que ahora él no sabía economizar, ni sacarles el verdadero provecho. Y soñaba con establecerse en Santiago y colocar una pequeña tienda de ropa hecha. Cristina ayudaría en la confección y en las cuentas, mientras él se dedicaría a efectuar las ventas a los demás comerciantes ambulantes. Y su imaginación corría por ese pequeño mundo de proyectos. Para un emigrante que ni siquiera sabía leer, no podía ser más hermoso aquel sueño. Mas, para que eso fuera realizado, no había más remedio que casarse con Cristina, única manera de disfrutar de su compañía y de su amor. Lo demás, eran vanas quimeras, que sólo lo llevaban a la desventura.

La lucha entre sus sentimientos y las obligaciones contraídas anteriormente, hacíanse más torturante cada día. La casa de Cristina era para el pobre buhonero una especie de faro que alumbraba todas las oscuras tinieblas de su desesperanza. Pero, en los momentos en que estaba casi decidido, veníase a su mente la imagen de su lejana mujer, y entonces, todos sus sueños e ilusiones, veníanse al suelo, ante el temor de lo que ocurriría.

Pero el amor tiene decisiones que ninguna circunstancia puede avasallar. Julio Campos sintió que su vida le pertenecía por entero y que tenía el derecho a vivirla con plenitud. Todos sus sentimientos convergían hacia el amor de Cristina y a sus proyectos de mejor vida junto a ella. Y fué de esta manera como se resolvió a casarse con ella.

Por ese tiempo no existía un estricto control de papeles oficiales, y en la información que se hizo, Julio Campos apare-

ció como soltero. Casi en silencio y con la mayor sencillez se llevó a efecto el matrimonio. Ese día Campos borró todo el pasado para iniciar una existencia nueva.

Alquilaron un pequeño local en la calle Meiggs, que tenía algunas habitaciones interiores, las suficientes para contener una pequeña familia, y allí se inició la actividad de Campos y su mujer. Instalaron una tiendecita y fábrica de ropa hecha. Y, como si con la felicidad llegara también la suerte, el negocio marchó a las mil maravillas. Julio Campos era un hombre bondadoso y afable, de tal modo, que todos los comerciantes ambulantes y los dueños de los baratillos instalados en el barrio de la Estación Central, lo preferían para encargarle toda clase de confecciones de ropas, de las que usaban las clases populares. Mientras Cristina cortaba y lo dirigía todo con gran inteligencia y buen criterio, Julio atendía el mostrador. Muchas veces los encontraban las primeras luces de un nuevo día, sin tener tiempo para satisfacer los innumerables pedidos que les hacían.

¡Qué días tan felices fueron aquellos! Nacieron en ese hogar dos preciosas niñitas a las cuales Julio adoraba. Y Cristina parecía que había adquirido mayor belleza con la maternidad. Su abnegación para atender a sus chicas y su diligencia en el trabajo la dotaron entonces de una extraordinaria energía. Iban derechamente a la conquista de una magnífica situación económica.

Pero Julio Campos, en el fondo de su alma, estaba sintiendo siempre una inquietud que no podía apartar de su mente. Había cesado de escribirle a su esposa en Siria, y aunque durante sus felices años de matrimonio con Cristina, nada supo de ella, temía, y con razón, que toda esa dicha se derrumbara cualquier día. Contra él estaba la tradición, el respeto a ciertas fórmulas de conveniencia de su raza, que no le era posible arrancar de su mente.

Y una mañana, en los momentos en que Cristina había salido para llevar a las chicas al colegio y pasar al mercado a efectuar las compras, Jalil, así como cuando súbitamente en un día

de sol aparece en el cielo una nube, vió erguirse sobre el umbral de su tienda a un paisano de su pueblo, que era a la vez pariente muy próximo de su mujer dejada allá en Siria.

Una violenta corazonada le anunció a Jalil,—en esa mañana desapareció Julio Campos—que desde ese mismo instante comenzaba su infortunio. El visitante se le antojó un pájaro de mal agüero que le traía la sombra de la desgracia, aunque le saludó en árabe con exagerada obsequiosidad. Echando una mirada a su alrededor le interrogó, sin poder disimular su apremiante curiosidad:

—¿Cómo va el negocio?

Jalil se quedó un instante con el pensamiento sumergido en un abismo en donde no podía encontrar la respuesta. Después replicó, sin entusiasmo:

—Va bien. Bastante bien—agregó en seguida, tratando de darse ánimo y ocultar su turbación.

El otro le observaba con insistencia, buscando su mirada, mientras Julio deseaba, con toda su alma, que se tragara la tierra a tan antipática visita. Este, después de dar algunos pasos por el estrecho local de la tienda, le inquirió de sopetón:

—¿No vives solo, no?

—Julio hizo un gesto evasivo. Recordó en ese instante a Cristina, a sus lindas chiquitinas y sintió que un odio salvaje lo acometía, pero casi inmediatamente pensó que era un delincuente, un bígamo, un hombre que había transgredido la ley.

Refunfuñó algo a lo cual el recién llegado no prestó atención, muy interesado en calcular lo que representaba en pesos conantes y sonantes, la existencia de la tienda. De pronto como si se diera cuenta que sus cálculos eran favorables, se dirigió a Julio en el tono de quien prosigue una conversación.:

—Sí, pues Jalil, como tú te olvidaste que tenías una esposa, ella ha estado muy alarmada al no tener noticias tuyas. No podía ser de otro modo, tú comprendes. Ella no ha olvidado a su marido y le escribió a sus parientes de aquí, pidiéndole noticias

tuyas y manifestándoles sus propósitos de venir a juntarse contigo. Y yo le mandé ese dinero. Tu me lo debes y espero que me lo pagarás apenas puedas. Ahora ella viene en viaje y llegará luego. Estarás contento con estas noticias supongo.

Julio Campos sentía que cada palabra de aquel hombre era como una puñalada que recibía en pleno corazón. Diéronle ganas de abofetearlo, de lanzarlo violentamente a la calle. Pero el otro le miraba con altivo gesto de seguridad. Vagaba en sus ojos ese odioso destello del gato que juega con el ratoncillo indefenso.

—Tú te casaste aquí. Tienes una mujer espúrea. Has faltado a la ley. Y yo vengo a decirte que si no deshaces todo esto cuanto antes y echas a esa desvergonzada de tu casa, yo haré lo necesario para que la ley te sancione en la forma que mereces. Yo estoy dispuesto a defender los derechos de mi pariente. ¡Pobrecita que no sabe lo que has hecho!

Si Julio Campos hubiera recibido una docena de garrotazos en la cabeza, no hubiera quedado tan aturdido, como con las palabras de aquel odioso tipo. Tuvo un gesto de rebeldía sin embargo al replicarle con la voz temblorosa, agitada por mil encontrados sentimientos.

—No sigas ofendiendo a mi señora. Ella no tiene la culpa de nada. Soy yo el único culpable, pues le hice creer que era soltero. No te permito que la ofendas otra vez. Te mataré como a un perro arestinamiento, si vuelves a insultarla.

El otro, hombre rico, y de gran ascendiente en la colonia, hizo un gesto de desdén, y con sarcástica sonrisa se despidió de Julio, dejándolo derrumbado junto al mostrador. Pocos momentos después, entró Cristina, que, sin reparar en su turbación le dijo algunas palabras cariñosas al pasar. Julio sentía que su corazón destilaba sangre y que su cabeza iba a estallar. Un dolor de tanta magnitud le agobió como si de pronto lo hubiera atacado una extraña y dolorosa enfermedad.

Volvió el pariente de la otra, de aquella que en un instante echaba por tierra toda su felicidad, acompañado de un señor de gran prestigio y dinero, que adoptó una actitud casi agresiva para increpar a Campos. Hablaban en árabe, y Cristina, viendo el tono de la conversación vino a ver a su marido que estaba allí como acorralado, entre la lluvia de improperios que le lanzaban. Sin comprender de qué se trataba pudo advertir sin embargo que los visitantes la miraban con un fulgor de odio en las pupilas.

Jalil se vió perdido. Débiles razones acudieron a su mente, que fueron hechas trizas por sus acusadores. Y cuando éstos se retiraron, después de la acalorada y enojosa discusión, se vió asediado por su buena mujer, quien lo requirió con apremiante solicitud a enterarla de lo que acontecía.

Entonces, Jalil, deshecho en amargo llanto, confesó a Cristina la terrible verdad. Abrazado a ella le pedía perdón por su falta, entre las más tiernas protestas de cariño. Era Cristina una de esas mujeres de nobles sentimientos, y no tuvo ni una sola palabra de reproche para su marido a quien el destino venía a quitárselo de ese modo.

Desde ese día Julio Campos fué como la imagen de la desgracia. Perdió el apetito y el deseo de trabajar. Aquellos dos hombres, como cuervos que se ceban en los despojos de un cadáver, volvieron día a día a reiterarle su empeño de que abandonara a Cristina, sin importarles el efecto que esto había traído al ánimo de Julio.

Cristina, anonadada al principio, reaccionó después en forma enérgica. También se veían en ella los crueles influjos de esa tragedia. Enflaqueció, y en su rostro, donde antes resplandecía el brillo de sus ojos alegres y confiados, veíanse ahora las huellas del insomnio y del dolor. Los «caseros» que acudían al pequeño negocio, se percataron del terrible trance por que atravesaban, y les manifestaron sus simpatías. Algunos callaban, sin atreverse a opinar sobre el asunto, y otros, los menos, se atrevieron a insinuarles que no debían aceptar esa imposición tan odiosa.

Pero Cristina, un día, cortó de raíz aquel espantoso estado de cosas. Dolida en el fondo de su ser, de esa brutal asechanza de la vida, decidió facilitarle al buen Jalil, la solución de tan grave conflicto hacia el cual su amor por ella lo había arrastrado. Un día triste, en que contempló a su marido por última vez, ella se marchó del hogar, llevándose sus chicas. Se fué de nuevo a vivir a esa casita del camino de Renca, de donde un día salieron, creyendo en que su dicha sería tan larga como su existencia.

Se fué sin mirar hacia atrás, sin querer dejarse avasallar por el dolor que le causaba dejar a su marido, al amante marido, que en esos instantes había acudido a una cita que le habían dado aquellos hombres que concluyeron con la felicidad del hogar. Porque Jalil Barr o sea Julio Campos, se sumergió en la tarde de ese horrible día como en un pozo de soledad. En la soledad sin remedio de las almas que naufragan en la desventura que suele deparar la vida a los hombres que no saben vencer a la adversidad.

Los obsequiosos defensores de la ofendida esposa que venía de Siria a recobrar sus derechos y a poner en su sitio la dignidad del matrimonio, que Jalil deshonrara en un momento de ofuscación, no pararon en sus gestiones tan evangélicas y bondadosas. Persuadieron a Julio Campos, de la necesidad de anular el matrimonio con Cristina. El abogado a quien se consultó el asunto dijo que sólo se podía triunfar alegando abandono de hogar y adulterio. Julio, horrorizado ante tamaña proposición, protestó, recurriendo a las últimas reservas de su maltrecha voluntad, pero aquellos celosos defensores de la moral, lo reprendieron severamente.

—Te hemos sacado del pantano y todavía no comprendes tu deber ni lo agradeces. Ahora podrás volver a vivir con tu buena esposa, con una mujer de tu raza, con una mujer árabe. ¿No te das cuenta de ello?

Julio no se dejaba persuadir de tal beneficio. Seguía adorando a su Cristina y hubiera dado toda su vida por no inferirle una pena. Mas, lo horrorizaba el temor a las sanciones de la ley,

por el delito de bigamia. Aceptó también anular el matrimonio. Y aquellos buenos hombres, aquellos celosos defensores de su honra y de la legítima esposa, según ellos, se prestaron a comparecer, como testigos, en el juicio en el cual Cristina fué acusada de adulterio. Eran, sin duda, unos buenos amigos. Unos excelentes amigos, capaces de los mayores sacrificios por servirlo.

Lástima que Jalil Barr no aprovechara todas las excelencias de la nueva vida que habían venido a brindarle tan comedidos amigos. Enfermó a ojos vistos. Y se dejó morir. Más que la tuberculosis que lo atacó, lo mató su íntimo dolor. Su cobardía para rebelarse en aquel trance y para defender a su verdadero amor le causaron más daños que los bacilos de Koch.

Pero no cabía duda de que aquellos respetables hombres, habían cumplido con su deber. La sociedad en que vivimos exige graves responsabilidades y ellos las habían sobrellevado con grande y generosa comprensión. Quedaba una madre honesta y bondadosa, sin su marido, y dos hijos sin amparo, que en tales ocasiones alguien tiene que sufrir para que la justicia sea aplicada en forma correcta.

* * *

Sin embargo, a veces debemos pensar que hay algo más allá de la voluntad humana. Una fuerza oculta y poderosa que nada deja fuera de su verdadero sitio. Y vemos que en tales ocasiones esas decisiones superiores discrepan en absoluto de las determinaciones que suelen tomar los hombres.

La verdad es que al hacer estas sencillas reflexiones, es porque nuestra historia no paró aquí. Pasaron días, meses, años. ¿Quién puede recordar lo que pasó en un modestísimo hogar de la calle Meiggs? ¿A quien le puede interesar la triste historia de un turquito que vendía «cosa tenda» por los extramuros y por los caminos rurales vecinos a Santiago?

—¡Cosa tenda, cosa tenda!

¿Qué importancia tiene el sufrimiento humano, cuando se trata de vidas de mínima acción en el mundo, en el cual hay problemas trascendentales que solucionar? Así nos parece a los hombres superficiales, porque no conocemos el secreto profundo de las leyes del espíritu. Y, en este caso, queridos lectores, la ofensa inferida a una buena madre y la muerte de un hombre tímido como un cordero, que perdió su felicidad sin saber defenderla, tuvo una inesperada repercusión.

Aquellos hombres que defendieron con tanta abnegación la integridad de un matrimonio sirio, siguieron adelante en sus vidas cada vez más prósperas en bienes de fortuna y en satisfacciones familiares. Dos hijos de estos buenos amigos siguieron carrera en la Universidad y se licenciaron en profesiones que habrían de dar mayor importancia a su familia, en categoría social y en nivel cultural.

Pero un buen día, como ocurre en cuentos y leyendas, y como sucede también en la vida real, el amor, mago siempre travieso, vino a tocar el corazón de estos dos simpáticos mozos. Los enamorados exageran las cualidades de la mujer a quien aman. Y como eran muy amigos, desde los días de la infancia, el amor los cogió también unidos. Se habían prendado de dos preciosas muchachas de limpiísimos antecedentes. Su padre era árabe, y la madre una señora chilena, había trabajado tesonera-mente para educarlas y prepararlas para ganarse la vida. Entre las tres atendían una acreditada pastelería en San Bernardo. Constituían una familia muy apreciada por la gente de más calidad de ese pueblo.

Los padres sonrieron bonachones. ¡Qué diablos de muchachos! Tenían que casarse alguna vez y era mejor que lo hicieran luego antes de enredarse en aventurillas que sólo les traerían perjuicios y descalabros.

Pero de pronto aquella confiada sonrisa se les heló en el rostro. Las chicas preciosas, alegres, llenas de la inmensa alegría de vivir eran nada menos que las hijas de Julio Campos y de

Cristina; de Cristina, perdida en el tiempo, que ahora aparecía como un terrible juez que viniera a tomarles cuenta del pasado.

Los viejos gritaron, dijeron las cosas más terribles. Recordaron los tremendos insultos de la lengua árabe. Amenazaron con desheredar a aquellos incautos mozalbetes. Todo inútil. Los mozalbetes aquellos ya tenían en sus manos las herramientas de una profesión para ganarse la vida y no les importaba un comino el dinero de los enfurecidos viejos.

Y el amor triunfó esta vez ampliamente. Fueron ellos, los padres los que un día llegaron a pedir la merced de que los dejaran acariciar a los nietos, los mismos que Julio Campos hubiera adorado.

La vida es buena y hermosa. Y hay siempre una justicia verdadera. Ella tampoco negó una reparación a Julio Campos, al pobre buhonero que con melancólica voz iba soñando con el amor, mientras con su caja de baratijas, en medio de los caminos polvorientos, gritaba:

—¡Cosa tenda, cosa tenda!

J. M. Corredor

Paul Valéry y el error europeo ⁽¹⁾

«¿Llegará a ser Europa lo que es en realidad: es decir, un cabo del continente asiático?

¿O bien continuará siendo Europa lo que parece ser, es decir: la parte creadora del universo terrestre, la perla de la esfera, el cerebro de un gran cuerpo?».—P. V.



A prisa y el dinamismo desorbitado constituyen uno de los peligros de la vida moderna. Los acontecimientos se suceden con una rapidez tal, que el solo hecho de entreverlos, de seguirlos nominalmente, acapara ya las reservas disponibles de atención. El análisis profundo y sereno va quedando como un recuerdo del pasado, inaprovechable en medio de la agitación de un presente turbulento. A la gravedad creciente de las nuevas situaciones corresponde una mengua general de meditación, de interés especulativo. No hay tiempo, ni ganas, ni ambiente propicio. Lo que sucede, lo que «pasa», cada día, casi cada día, es tan considerable y tan impresionante en sus apariencias exteriores, que el tratar de profundizar en ello, de conocer el *cómo* y el *porqué*, va convirtiéndose para muchos en una aspiración entre utópica y ridícula.

(1) Este artículo ha sido escrito especialmente para la revista «Atenea»

Solamente quedan algunos aislados que resisten a la tónica general y que no se contentan con las cuatro frivolidades a la moda, como explicación suficiente de los grandes problemas que inevitablemente se nos plantean, y más en un período de ruptura violenta y de cataclismos cósmicos. Es verdad que entre estos aislados acostumbra encontrarse los mejores espíritus de una época; aquellos que más tarde, desvanecidas las ilusiones estúpidas y pueriles, son denominados «clarividentes», «proféticos». Su influencia, pero, incluso en el occidente europeo y en tierras americanas, nos parece que desgraciadamente cada día será más reducida, más limitada.

Entre los grandes aislados de una generación nacida en plena euforia del progreso, y que después se vió forzada a chocar con una trágica realidad, Paul Valéry ocupa un lugar preeminente. «Poeta de la inteligencia», sí, pero al mismo tiempo observador lúcido y sagaz de lo que realmente sucedía en su tiempo, y que ponía de manifiesto, a la atención meticulosa, los errores pasados, y las transformaciones y descensos ya inevitables.

La misma muerte de Valéry, ocurrida no hace mucho tiempo, si bien no ha pasado desapercibida, se ha resentido—incluso en la misma Francia—de esa prisa frenética que cada día más nos rodea y nos asfixia. La muerte de un gran escritor acostumbra ofrecer una ocasión favorable para hacer un balance de su obra, de su influencia, para precisar su perfil verdadero. Y ahora quizás ha sido, es un poco difícil, un poco doloroso, enfrentarse a las ideas del creador de *M. Teste*. El primitivismo biológico que reivindicaba el totalitarismo germánico ha sido vencido, afortunadamente, en los campos de batalla; sin embargo, la atmósfera general está muy cargada (1) de primitivismo fácil, de ilusiones inútiles, de palabras faltadas de significación precisa, para que la obra y la muerte de un apologista del espí-

(1) No se olvide que estas líneas han sido escritas en Europa.

ritu crítico puedan atraer demasiadas inquietudes, despertar una curiosidad inteligente y desinteresada.

Paul Valéry, en su artículo necrológico sobre Marcel Proust, publicado en la «Nouvelle Revue Française», hablaba de ciertos escritores «que razonan, que profundizan, que dibujan con una sola frase el cuerpo de un pensamiento acabado. No temen al lector, ni buscan su rápida reacción. Que transcurra aún un poco más de tiempo, y nosotros ya no los comprenderemos».

* * *

«Europa será castigada por su política: se verá privada de vinos y de cerveza y de licores. Y de otras cosas...» (escrito en 1831).

«Europa aspira visiblemente a ser gobernada por una comisión americana. Toda su política se dirige hacia ello» (escrito en 1931).

«Europa se había distinguido netamente de las demás partes del mundo. No por su política, sino a pesar de esta política y más bien contra ella. Europa había desarrollado al extremo la libertad de su espíritu, combinado su pasión de comprender a su voluntad de rigor, inventando una curiosidad precisa y activa, creado, por la busca obstinada de resultados *que se pudieran comparar exactamente y añadir los unos a los otros*—éste era el punto esencial y la gran innovación—un capital de leyes y de procedimientos muy poderosos. Su política no obstante, permaneció extática, y no utilizó de las riquezas y de los recursos singulares de los cuales acabo de hablar, sino lo que convenía para fortificar esta política primitiva y darle armas más terribles y más bárbaras.

Apareció, por lo tanto, un contraste, una diferencia, una discordancia impresionante entre el estado del mismo espíritu según que se dedicara a su trabajo desinteresado, a su profundidad sabiamente explorada, y su estado cuando se aplicaba a

los intereses políticos. Parecía reservar a esta política sus producciones más descuidadas, más despreciables y más viles: instintos, ídolos, recuerdos, lamentaciones, codicias, sonidos desprovistos de significación y significaciones vertiginosas... Todo aquello que la ciencia y las artes no querían, y que incluso ya no podían sufrir». («Regards sur le Monde actuel»).

El tema europeo, y más especialmente la caída europea, han retenido con frecuencia la atención del gran poeta. En las líneas anteriores hemos reproducido algunos textos significativos. En esta hora crítica y confusa para la vieja Europa, es interesante recordar las predicciones de uno de sus hijos ilustres, recientemente fallecido.

«Las cosas del mundo no me interesan si no es en relación al intelecto», había dicho Valéry más de una vez. Intelecto al cual no ofrecía un culto místico, sino que conocía y denunciaba las debilidades y las limitaciones de nuestra facultad racional. «Bacon diría que este intelecto es un ídolo. Consiento en ello, pero yo no he encontrado ninguno mejor».

Ante los fenómenos históricos como ante el milagro de la creación estética, el autor de «Charmes» se interesaba por encima de todo a querer descifrar el *cómo*; a la asimilación, lo más exacta posible, de la estructura interior del fenómeno o del poema; al acto de conciencia, individual e insobornable, que permite a veces conocer, en otras solamente vislumbrar, la verdad a menudo recóndita.

Sus reflexiones sobre el tema europeo las encontramos en «La Crise de l'Esprit» (1919), incluido más tarde en «Variété I», junto con fragmentos de una conferencia pronunciada en la Universidad de Zurich en 1922, conferencia en la cual algunos pasajes contenidos en el primer opúsculo están tratados con mayor amplitud. También, y de una manera más precisa, las reflexiones sobre Europa se encuentran en «Regards sur le Monde actuel», (1931), libro que en ediciones posteriores contiene nuevos ensayos relacionados con el tema inicial.

* * *

Las consideraciones de Valéry sobre el tema europeo son lúcidas, aunque dolorosas. Un dejo amargo se descubre detrás de las palabras que se obstinan, implacables, en querer aclarar y dilucidar. Hay en ellas la tristeza contenida del hombre que en el transcurso de su vida ha visto cómo muchas ilusiones se evaporaban, y cómo los mismos cimientos de una civilización se resquebrajaban y vacilaban. «Nous autres, civilisations, nous savons maintenant que nous sommes mortelles».

Lo que más ha impresionado al poeta es la antinomia secular entre las grandes creaciones del espíritu europeo, y la incapacidad de los continentales para organizar su vida colectiva, de acuerdo con las exigencias que fatalmente se derivaban de sus mismas creaciones. La ciencia y la técnica, elaboradas lentamente, difícilmente, han sido difundidas a pueblos que disponen de una mayor superficie geográfica, y que no se encuentran encadenados por la rémora de pasiones hoy día estériles. Naturalmente, la caída europea ha sido inevitable. «No habrá habido nada más estúpido en toda la Historia que la competencia europea en materia política y económica, comparada, combinada y confrontada con la unidad y la alianza europea en materia científica. Mientras los esfuerzos de las mejores cabezas de Europa constituían un capital inmenso de saber utilizable, la tradición pueril de la política histórica de codicia y de recelo iba prosiguiendo, y este espíritu de *Petits-Européens* entregada, por una especie de traición, a aquellos mismos que se quería dominar, los métodos y los instrumentos de poder. La lucha para concesiones o para empréstitos, para introducir máquinas o prácticos, para crear escuelas o arsenales—lucha que no es otra cosa sino la transferencia larga a distancia de las disensiones occidentales—ocasiona fatalmente el retorno de Europa al rango secundario que le asignan sus dimensiones, y del cual los tra-

bajos y los cambios internos de su espíritu le habían sacado. Europa no habrá tenido la política de su pensamiento».

¿Qué ha sido?, ¿qué es Europa?

No desde el punto de vista geográfico—«un cabo del inmenso continente asiático»—, sino como magnífica realidad que había superado su insignificancia geográfica para convertirse en centro y cerebro del universo. ¿Cuáles han sido sus notas características y definidoras? Valéry presenta esquemáticamente una antropología, una descripción del hombre, de sus esperanzas y de sus realizaciones, para demostrar más adelante como Europa había alcanzado una primacía mundial indiscutible. «El hombre es este animal separado, este extraño ser viviente que se ha opuesto a todos los otros, que se levanta encima de todos los otros, por... sus sueños— ¡por la intensidad, la ilación, por la diversidad de sus sueños! Por sus efectos extraordinarios y que van hasta modificar su naturaleza, y no solamente su naturaleza, sino incluso la naturaleza misma que le rodea, y que él prueba infatigablemente de someter a sus sueños». «El hombre desvía la satisfacción hacia yo no sé que exceso de poder, destructor de la misma satisfacción. Apenas su cuerpo y su apetito están saciados, que en lo más profundo de su ser algo se remueve, le atormenta, le ilumina, le agujijonea, le manda secretamente. Y es el Espíritu, el Espíritu armado de sus interrogaciones inagotables...

El pide eternamente en nosotros: ¿quién? ¿qué? ¿en qué tiempo? ¿por qué? ¿cómo? ¿por qué medios? El opone el pasado al presente, el futuro al pasado, la imagen al hecho, lo posible a lo real. El es a la vez lo que avanza y lo que retrasa; lo que construye y lo que destruye: lo que es azar y lo que es cálculo. El es en fin, y sobre todo, el autor misterioso de estos sueños de los cuales os hablaba...».

Entre los sueños engendrados por los humanos, unos han conseguido entrar en la realidad; otros han fracasado, otros si-

guen inquietándonos. Y en «la tabla de realizaciones», lista muy honorable, podemos hacer esta observación.:

De todas estas realizaciones, las más numerosas, las más sorprendentes, las más fecundas han sido llevadas a cabo por una parte bastante reducida de la humanidad, y sobre un territorio muy pequeño en relación al conjunto de tierras habitables. Europa ha sido ese lugar privilegiado: el europeo (2), el espíritu europeo el autor de estos prodigios».

«Esta Europa triunfante que ha nacido del intercambio de todas las cosas materiales y espirituales, de la cooperación voluntaria e involuntaria de razas, de la competencia de las religiones, de los sistemas, de los intereses sobre un territorio muy limitado, se me aparece tan animada como un mercado en donde todas las cosas buenas y preciosas fueran llevadas, comparadas, discutidas y cambiadas de manos. Es una Bolsa donde las doctrinas, las ideas, los descubrimientos, los dogmas más diversos son cotizados, son movilizados, suben, bajan, son objeto de las críticas más despiadas y de los elogios más abusivos».

El producto de esta coyuntura de circunstancias de un europeo». Una especie de monstruo. Tiene una memoria demasiado llena, demasiado cargada. Tiene ambiciones extravagantes, una avidez de saber y de riquezas ilimitadas. Como pertenece a un tiempo, a un continente que han visto tantas invenciones prodigiosas y tantos atrevimientos afortunados en todos los géneros, no hay conquista científica ni empresa difícil que no pueda soñar. Está preso entre recuerdos maravillosos y esperanzas desmesuradas, y si en algún momento cae en el pesimismo, piensa a pesar de todo que el pesimismo ha producido algunas obras de primer orden. En vez de hundirse en el nihilismo mental, entona un canto de su desesperación. De esa desesperación extrae algunas veces una voluntad dura y formidable, un motivo

(2) «Cuando yo hablo de Europa, me refiero más concretamente al Espíritu europeo del cual América es una magnífica creación».—P. V.

paradógico de acciones, fundado en el desprecio de los hombres y de la vida».

Al examinar los elementos constitutivos del espíritu europeo, es natural que Paul Valéry, devoto y servidor del intelecto, se entusiasme al hablar del origen y creación del método científico; del deseo, del intento y de la voluptuosidad de precisión triunfando en la actividad intelectual. Considerados «Roma y el Cristianismo» falta algo a nuestra figura; falta en ella esta maravillosa modificación a la cual debemos no el sentimiento del orden público y el culto de la «civitas» y de la justicia temporal; y no la profundidad de nuestras almas, la idealidad absoluta y el sentido de una eterna justicia; pero nos falta esta acción sutil y poderosa a la cual debemos lo mejor de nuestra inteligencia, la finura, la solidez de nuestro saber, como le debemos la nitidez, la pureza y la distinción de nuestras artes y de nuestra literatura: es de Grecia de donde nos vinieron estas «vertus».

Lo que nosotros debemos a Grecia es quizás lo que nos ha distinguido del resto de la humanidad. Le debemos la disciplina del Espíritu, el ejemplo extraordinario de la perfección en todos los órdenes. Le debemos un método de pensar que tiende a referir todas las cosas al hombre. El hombre se convierte a sí mismo en sistema de referencias, al cual todas las cosas deben poderse aplicar. «El debe desarrollar su cuerpo y su espíritu. Este espíritu debe protegerse de sus excesos, de sus alucinaciones, de su producción vaga y puramente imaginaria, por una crítica y un análisis minuciosos de sus juicios, por una división racional de sus funciones, por la regulación de sus formas.

La ciencia debía salir de esta disciplina. Nuestra ciencia, es decir, el producto más característico, la gloria más cierta y más personal de nuestro Espíritu. Europa es ante todo la creadora de la ciencia».

Para construirla era necesario que un modelo relativamente perfecto le fuera propuesto, que presentara todas las precisiones,

todas las garantías, todas las bellezas, y que definiera sin ninguna duda posible el concepto mismo de *ciencia*, como construcción pura y separada de cualquier otra preocupación que la del mismo edificio.

«La geometría griega ha sido ese modelo incorruptible, no solamente modelo propuesto a todo conocimiento que aspire a su estado perfecto, sino también modelo incomparable de las cualidades más típicas del intelecto europeo».

* * *

Y a pesar de todo... «Europa no habrá tenido la política de su pensamiento». Toda la inmensidad de fórmulas y de prácticas acumulada laboriosamente durante siglos y siglos, ha sido comunicada a pueblos y a continentes en otro tiempo es táticos, amorfos, pero que disponen numéricamente, en el simple cálculo que opera en la técnica, de una superioridad indiscutible. «Europa ha fundado la ciencia. La ciencia ha transformado la vida y multiplicado la potencia de los que la poseían. Pero por su naturaleza misma, la ciencia es esencialmente transmisible, se concreta necesariamente en medios y en recetas universales. Los medios que da a los unos, todos los demás pueden adquirirlos».

Y en el plan «político», de organización de la vida colectiva, los europeos han permanecido prisioneros del pasado, incapaces de adaptarse al «monde fini», conocido geográficamente y dominado técnicamente, que ellos mismos creaban, y que ellos mismos habrían podido orientar, a base de organizarse previamente, federativamente, en su minúsculo continente.

La política europea no podía ser la misma en el siglo XV que en el siglo XX: una nueva realidad mundial debía dirigirla y orientarla. Valéry insiste a menudo sobre los errores de óptica que engendra nuestra Historia, tal como es conocida, y sobre

todo, tal como es utilizada. Vemos frecuentemente en ella «la ausencia de fenómenos considerables que la lentitud de su producción hace imperceptibles». «La electricidad, en tiempo de Napoleón, tenía aproximadamente la importancia que se podía dar al cristianismo en tiempo de Tiberio. Poco a poco apareció evidente que esta inervación general del mundo está más llena de consecuencias, es más capaz de modificar la vida próxima que todos los acontecimientos políticos ocurridos desde Ampère hasta nuestros días».

A últimos del siglo pasado, «el tiempo del «monde fini» empieza. El censo general de recursos, la estadística de la mano de obra, el desarrollo de los órganos de relación aumenta. ¿Qué hay más importante que este inventario, esta distribución y este encadenamiento de las partes del globo? Sus efectos son ya inmensos. Una nueva solidaridad, excesiva e instantánea, entre las regiones y los acontecimientos, es la consecuencia ya muy sensible de este hecho. Los hábitos, las ambiciones, los afectos contraídos en el curso de la historia anterior no dejan de existir, pero insensiblemente transportados a un medio de estructura más complicada, pierden en él su sentido y se convierten en causas de esfuerzos infructuosos y de errores».

Los europeos y sobre todo la «política» europea, permanecieron atenazados al pretérito—incapaces de enfocar y de reaccionar ante «un presente que no se había nunca presentado», y del cual ellos mismos eran los promotores. Y ante la interdependencia mundial, sobrevenida como una realidad obligada, toda la habilidad de los grandes gobiernos del pasado se encuentra extenuada, convertida en impotente e incluso en inutilizable, por el engrandecimiento de conexiones en el campo de los fenómenos políticos».

En estas circunstancias, entre el dinamismo europeo que transfería a todos los continentes la ciencia y la técnica, y la política europea que continuaba extática, vinculada al pasado, el fracaso era forzoso. «Europa poseía medios invencibles y los

hombres que los habían creado. Muy por debajo de éstos se encontraban los que disponían de ella. Se habían nutrido de pasado: no han sabido hacer nada más que repetir el pasado. La ocasión también ha pasado».

* * *

«El resultado inmediato de la gran guerra fué el que debía ser: «no ha hecho más que acentuar y precipitar el movimiento de decadencia de Europa». El resultado de la segunda guerra mundial, superando el precedente como era lógico en destrucciones, ha colocado a la mayoría de naciones europeas en una situación desvalida y miserable.

La locura germánica ha complicado el cuadro ya sombrío en términos pavorosos. A las ruinas materiales se añaden los agravantes de la sobrepoblación y de la industrialización, que exige el intercambio favorable con el extranjero. «Exportar o morir». ¿Y cómo exportar, desde unas ruinas calcinadas, desde unos países empobrecidos?

* * *

«El juicio más pesimista sobre el hombre, y las cosas, y la vida y su valor, concuerda maravillosamente con la acción y con el optimismo que ésta exige. Esto es europeo».

Las consideraciones de Valéry, con todo y la severa condenación que contienen, ofrecen un margen de consuelo, por el espíritu valiente y penetrante que revelan: un espíritu siempre despierto, lúcido en las desgracias, dotado de una fina elasticidad, de una dura audacia, de un gusto del juego, y sobre todo de juego limpio. Esto ha sido europeo.

Comprender es la primera condición para orientarse. Esforzarse en querer comprender será cada día más un deber vital para los europeos: querer comprender, lo mismo en situaciones

favorables—labor muy fácil entonces—, como en aquéllas en que la comprensión se acompaña forzosamente de una reacción dolorosa. El griterío furioso y las promesas mesiánicas ya sólo pueden servir para preparar nuevas y más terribles catástrofes.

En la despedida a Paul Valéry, a su inteligencia intrépida y laboriosa, también podemos pronunciar, serenamente, sin acrobacias verbales, la palabra heroísmo. Reflejo de aquel heroísmo que Carlyle, exigente y difícil, otorgaba «a los que habían sido capaces de amar una realidad».

Montpellier, noviembre 1945.

Jorge Gustavo Silva

Un pobre diablo, millonario ⁽¹⁾

«El talento poético:
he ahí mi bien».

HORACIO.

I



O soy un Pobre Diablo Millonario;
soy un desposeído, poseesor;
sin tener nada mío, más que dueño
de ingentes y preciados dones soy...

II

Más que dueño soy de los Paseos
Públicos—propiedad de la Nación,
al disfrute de todos destinada—

(1) En la quietud agreste y marítima de Lillole, Jorge Gustavo Silva ha sentido que su emoción de poeta ha venido a remover el rescoldo de sus «Poemas Breves», publicados en 1925. A un segundo libro de versos plétórico de vida, de vigor y salud espiritual, que se publicará en el curso de este año pertenecerá este poema que ahora ofrece «Átenea» a sus lectores.

cuando en silencio y soledad estoy;
 cuando, bajo la urdimbre del follaje
 umbrático, crujiente parasol,
 y, ante la vistosa y perfumada,
 policromía del jardín en flor,
 echo a andar al Ensueño,
 y se desmanda mi Imaginación.

III

Más que dueño soy de los caminos,
 alentado y gozoso peatón...

—¡Lo llevo, compañero! Suba! Suba!
 (Escucho, a mis espaldas, una voz
 sencilla, bonachona).

—¡Compañero, lo llevo!...

—«Gracias; no,
 « amigo. No me tienta el automóvil,
 « con sus lujos y todo; portador
 « del mundanal ruido; no me tienta,
 « con su celeridad de exhalación.

« Mi gloria es el camino; son los árboles;
 « los pájaros, en vuelo de convoy;
 « los prados, los lomajes, el estero;
 « del sol el beso vitalizador;

« la pompa, rosa o blanca de las nubes
« lejanas; el rumor,
« no imitable, de la Naturaleza,
« cuando caída en trance de oración.

« ¿Qué a dónde voy? No importe
« de dónde vengo, ni hacia dónde voy;
« lento el paso; los ojos
« bien abiertos; cantante el corazón.
« No es mi gloria llegar, amigo mío:
« soy más que caminante, espectador.

« No llegar es mi gloria y mi tormento;
« perseguir, inspirado una visión
« inalcanzable; un ideal humano
« y divino, a la vez... ¡Poeta soy
« y un camino sin término me llama!
« Gracias, amigo, no... »

IV

—Soy más que dueño de los horizontes
marinos, encendidos de arrebol;
pirotecnia flamígera; estupenda
y lujuriente fiesta del color.

Soy más que dueño del oleaje bravo,
que se incorpora, en retumbante son,
y se dispara contra los peñones,
con renovado estruendo atronador;

que avienta sus espumas salutíferas,
 en sutil abanico tornasol,
 y, al recogerse, rezongando, hace
 contorsiones de rabia y de dolor.

Soy más que dueño de los cielos puros,
 lumínicos, bruñidos por el sol;
 y de la noche negra; y de sus astros,
 en majestuosa, ardiente, procesión;
 y de la noche blanca... ¡de la luna,
 sideral confidente del Amor!

V

Me diréis que ni mar, ni firmamento,
 ni terrestre paisaje, míos son...

Mas ¿quién podrá vedar que su belleza
 inefable, su hechizo arrobador,
 —de propia ley, sin expropiar a nadie,
 sin dar zarpazo, ni alegar blasón,
 sin pago de peajes ni peatazgos—
 Poeta inope, los disfruté yo?

.....

... Yo soy un Pobre Diablo, Millonario;
 soy un desposeído, posesor;
 ¡sin tener nada mío, más que dueño
 de ingentes y preciados dones soy!

Noticiario

TIEMPOS DE TORMENTA:

Ahora que el infinito sueño se ha apoderado de la persona de nuestro querido y buen compañero Domingo Melfi, al recorrer las páginas de este su último libro sentimos que a cada rato, se nublan nuestros ojos y que una desconsolada tristeza nos aprieta la garganta. ¡Cuesta tanto resignarse a la separación de aquellos seres con quienes compartimos parte de nuestra existencia y de las horas más bellas de nuestra vida!

A cada rato nos parece verle con su gesto jovial con su risa de niño grande y con la lucecilla maliciosa que se desleía en sus ojos para hacernos alguna broma o decirnos alguna de sus afectuosas palabras. Leemos algunas de sus páginas y nos parece oírle con su apasionada entonación, con el vivo fervor que ponía en cuanto le interesaba. Porque Domingo Melfi, era un artista de exquisita finura en la delicadeza y en la atención que ponía para examinar todo aquello que traducía belleza y expresaba una inquietud artística.

Hombre de sólida cultura cuyo espíritu se cultivaba día a día, con incansable sed de conocimientos, jamás desdeñaba a los que soñaban con esa quimera del arte, aunque sus condiciones no les fueran propicias para perseverar en esa senda tan difícil.

Cordial amigo de la juventud. Espontáneo en sus manifestaciones de afecto, Domingo, era ese buen amigo de todos los días para quien ver a sus compañeros era siempre una fiesta. En este libro lo encontramos preocupado de todas esas cosas que en esta tierra le interesaban; la evolución social, el bienestar de los trabajadores, la dignidad del intelectual, la libertad de pensamiento y en fin todas esas inquietudes del hombre cabal que siente la necesidad de cumplir la misión que cada ser humano trae a la vida.

Da una tremenda desesperación pensar que se nos ha ido este compañero sin reveses, este amigo sin tacha, pensar que un mal artero contra el cual se estrelló la ciencia y los solícitos cuidados de los suyos, no lo pudo sustraer de ese viaje sin retorno, de ese viaje al misterio que nos envolverá para siempre.

A unos cuantos días de su muerte ya sentimos la gran nostalgia de su presencia. Y en estas páginas hemos palpado la sensación profunda e inextinguible de su pensamiento. Aquí el fino esteta que era Melfi nos pinta en cuadros de sobria elegancia lo que era el Chile de los tiempos de la riqueza, el Chile de portón claveteado que heredó de los abuelos el gesto de orgullo y también la cortesanía del gran señor.

Nos describe en este bello libro diferentes etapas de la vida de Santiago. Un viejo palacio de una familia de rancieros pergaminos le sirve de escenario y a través de los recuerdos que evoca el cuadro de un célebre pintor, los tapices los brocados y en fin toda la expresión de la riqueza criolla en sus diversas manifestaciones, al copiar la fastuosidad y la elegancia europea quien sabe si con exceso. Nos da una vívida sensación de una época chilena muy interesante.

Completan el libro de Melfi algunos breves y finos ensayos de su viaje por Estados Unidos. Hombre de sensibilidad, observador certero del medio que le tocaba conocer, sacaba siempre partido de sus viajes y así tenemos esa estampa de una tumultuosa calle de New York, cuyo tránsito ha detenido un perro

alrededor del cual se amontona la curiosidad de la gente. Un apunte lleno de gracia de una pareja de tordos de nuestra selva que van en viaje a tierras extrañas. Apuntes de feliz y penetrante observación sobre diversas actividades de la vida en el gran país del Norte. Rico de observación, plástico y bello de estilo, este último libro de Domingo acentuaba su vigorosa personalidad.

MANUEL RODRÍGUEZ

HÚSAR DE LA GLORIA Y DE LA MUERTE

He aquí un libro que respira simpatía por todas sus líneas. Su autor es un joven escritor a quien seguramente le aguarda un gran éxito en la literatura si sigue cultivando con tan felices disposiciones su arte.

Mentiríamos si dijéramos que es ésta una obra perfecta y que su autor ha conseguido de golpe dominar la técnica literaria y todo cuanto es necesario en el arte de la narración. El libro tiene titubeos y a veces suele columbrarse claramente lo que el autor puso de ficticio en la vida del heroico guerrillero. Pero en todo caso es un bello esfuerzo que merece estimularse, pues hay en la pintura del ambiente felices aciertos y un don nada común para darle a los personajes el relieve que necesitan y no inmóviles figuras que se arrastran lánguidamente a través de las páginas de este volumen.

El señor Laso Jarpa, ha conseguido darle a su relato un interés que se acomoda al ambiente y supo aprovechar con gran habilidad todas las anécdotas que se cuentan de Rodríguez, encajándolas con gran acierto en el curso de la azarosa vida de su héroe. Se ve la simpatía con que lo trata. Y su juventud se hermana con la del fogoso Rodríguez cuando este realiza actos que en la pluma de un severo historiador merecerían reprobación.

La vida de los Carrera es también motivo de evocación emotiva y entusiasta. Y ni San Martín, ni el bravo O'Higgins

tienen en su narración palabras de reproche. Con una comprensión efectiva de los duros trances que esos hombres se vieron obligados a enfrentar. El señor Laso los presenta a la consideración del lector sin sombra de esa malquerencia que suele enturbiar otras páginas aún a cientos de años de distancia. Es una historia novelada en la cual nuestro simpático y heroico Coronel de los Húsares de la Muerte cumple su destino aciago. Era uno de esos hombres que habían nacido para vivir sin hacerle lances a su destino. Y gallardamente fué hasta el final como aquellos héroes románticos de una causa perdida pero que no por eso deja de despertar entusiasmos. El entusiasmo generoso de los hombres que dan su vida a un ideal sin esperar compensaciones de ninguna especie.

El autor es también un hombre generoso. Un hombre que llegará a ser un escritor de gran relieve, porque pone todos los dones de su espíritu en el anhelo de conseguirlo.

LAS CARTAS DE LA ALDEA.

Este libro de don Manuel J. Ortiz, ese hombre sencillo y encantador que tuvimos oportunidad de tratar en un corto viaje en el tren donde nos conocimos por casualidad, nos da una sensación de dulzura íntima, de suave ironía, de graciosa displicencia para mirar las cosas de la vida pueblerina con todos sus pequeños problemas.

Los personajes tienen aquí tan vivo y sugestionante relieve que nos hacen sentir casi su presencia material, sus gestos, su cachaza de aldeanos y sus grotescos orgullos de personajes que creen que el mundo es todo lo que se mueve a su alrededor sin que se les ocurra levantar la vista para mirar que el ámbito del mundo, es tan infinito y dilatado como un océano en el cual cada ola no es nada más que un hecho sin ninguna importancia ni consecuencia.

Recuerdo que estas Cartas de la aldea, se comenzaron a publicar en «El Mercurio» hace ya muchos años, tantos, que siendo niños no alcanzábamos a apreciar su verdadero valor literario. Las leímos en esa época y nos quedó una sensación de agrado, de gracia y de sabor inolvidable. Y en realidad ahora que acaban de ser reeditadas por Zig-Zag, sentimos un poco de temor al abrir de nuevo las páginas de ese libro que nos había dejado un viejo perfume de recuerdos en el espíritu. Creímos que ya no le encontraríamos el mismo mérito de entonces. Que sus estampas nos parecerían sin gracia, desleídas por los años y por nuestra distinta manera de ser.

Y nos ha ocurrido todo lo contrario. El encanto, como una varilla de virtud que vuelve a echar sus brotes más tiernos, nos ha cogido de nuevo. Y las páginas han desfilado frente a nuestros ávidos ojos lo mismo que hace cuarenta años. Don Faustino, Taita Beto, Las Lechuzas, don Emeterio y la señora Alcaldesa con sus pujos de rancia nobleza y sus divertidos problemas aldeanos, se han vuelto a apoderar de nuestro interés. En la espontaneidad, en la agudeza de la observación, en la dulzura de hombre bueno para sacar la hebra de su buen humor que puso don Manuel J. Ortiz, reside en realidad el mayor mérito de su obra.

Es este libro una de esas obras que serán clásicas, andando los años en nuestra literatura. Brota de ella una filosofía y un humor que dan la medida de lo que es el espíritu de un pueblo, cuando falla eso que se llama la mesura y la experiencia que reciben como heredad los hombres que descienden de viejas razas.

Zig-Zag ha hecho bien en reeditar este libro que puede ponerse sin desmedro al lado de los «Recuerdos del Pasado», de «Los Recuerdos de Treinta Años» y de otras obras que han marcado una etapa en la vida de nuestro país y en nuestra literatura.

Las «Cartas de la Aldea», es un libro de esos que pintan con trazos inolvidables el carácter de la gente aldeana y sus rasgos más salientes. Hay algunas crónicas que no desmerecen al lado de las mejores que se han escrito en este género.

MORADAS IMPREVISTAS.

El delicado y armonioso poeta que es Félix Armando Núñez, acaba de publicar un nuevo volumen de poemas, en los cuales nos muestra una vez más la fina veta de su inspiración y la ática gracia de su estro. Se ve que el poeta no entrega a la publicidad así, de súbito, su producción, sino que la va decantando como en un filtro mágico en el cual el verso lejos de debilitarse o perder su calor y la hondura de su expresión, se hace más vibrante, más erguido. Es a ratos como un metal bruñido que fulgura en la luz y luego adquiere una calidez, una densidad de fruta en sazón, cuyo néctar no empalaga sino que por el contrario adquiere en cada estrofa una nueva tonalidad, un extraordinario poder expresivo en el cual se alían la naturaleza y el fervor humano en una original y apasionante ansiedad.

Un verso es como un pájaro, como una flor, como un pedazo de cielo, como el agua en donde centellea el sol. Pero ese verso debe ser animado por un espíritu que alcance a ser en cada latido de emoción una fase distinta de su vibración interior, o de su gama interpretativa de la naturaleza y esto lo consigue plenamente Félix Armando Núñez. A ratos se deja arrastrar por una pagana y embriagadora euforia y, en seguida, como renacido de su torbellino interior, canta con la pureza helénica de un mármol donde destella la luz y que las manos humanas no lo hubieran tocado. Veamos una de estas bellas composiciones titulada «Anunciación»:

El ramo de narcisos en tu mano
prolonga tu floral delicadeza,
tu albura parecida a la tristeza,
tu aire de ensueño místico y lejano.

Todo tu cuerpo es un jardín temprano
cuando la fina primavera empieza
y es un lirio del cielo tu cabeza
que ilumina la sombra y el arcano.

Virgen de un inefable paraíso
te besaría siempre de rodillas
a tu armoniosa majestad sumiso.

Y en platónico amor me transportara
a gozar de ideales maravillas
el ángel que hay en tu mirada clara.

En estas «Moradas Imprevistas», hay siempre una insospechada fiesta de belleza. El soneto que acabamos de transcribir puede testimoniar mejor que nuestras afirmaciones la calidad de la poesía de Félix Armando Núñez.

PRELUDIO NUESTRO.

Desde Londres nos llega este libro de poesías de nuestro amigo el poeta Fausto Soto. Ni los fríos de la gran metrópoli del Támesis, ni la cruenta visión de tanto horror en los días de la guerra han impedido que este poeta diáfano, transparente y a ratos apasionado que hay en Fausto Soto, escriba algunas estrofas en que arde la llama erótica como un sueño que se vislumbrara en la lejanía luminosa de otras tierras.

Qué profundo morir cuando te beso
en tus muslos de miel sorber otoño,
sembrar de lluvia tu montaña suave
y aflorar en el cáliz de tu sexo.

Del fondo de tu cuerpo como lago,
nacen peldaños de cristal oscuro:
anda mi cuerpo orando por las ondas
para brotar a Dios entre las manos.

Como gota hacia adentro, de tu labio
resbalan a mi labio sus raíces.
Nada más que los dos, que nuestro cuerpo
y el viento que lo mece con sus brazos.

«Creación», ha titulado Soto, esta poesía y en realidad lo es por su llama creadora, por su gracia fina en donde resplandece una estrella que palpita en el corazón del poeta. Una estrella que se torna fuego y ternura cuando acerca su luz junto al motivo que la inflama. El libro de Soto es de una gran belleza.

TRÁNSITO DE LA GUITARRA.

Con un bello prólogo lírico y apasionado de Andrés Sabella,—como es todo lo suyo,—publica Carlos Collins Bunster, su segundo libro de versos. Es un muchacho lleno de sueños el que canta, un joven que enaltece la armonía humilde de la guitarra, para levantar su voz y entonar su canción. Es una canción llena de gracia, de alegría, de esperanzas. No desmiente en ningún momento su juventud, sus alas de soñador se encumbran como un volantín rojo bajo la celeste dulzura del cielo. Y ríe y se emociona. Huye de la tristeza pero no del sentimiento. Fiesta de colores en que su alma traviesa se viste para jugar con las palabras leves y graciosas, como mariposillas que se vistieran de colores distintos en cada ronda.

Aquí, junto al camino
donde estuve esperando el día claro
con las horas redondas del hastío,

aquí, levantaré una torre verde
con tostadas naranjas en lo alto
y un jilguero de sol llamando al río.

Saludando luceros y jazmines
para que cuando pasares, tu silencio
disuelva mis raíces.

Ya reducido a pedestal tranquilo
(ramas de olvido y fruto de tus sueños)
simplificando sombras y destinos,
seré el que quieres, desplomado y ciego,
con la muerte de bruces sobre el pecho,
con mi guitarra negra y mi camino.

Carlos Collins Bunster nos muestra en su verso una fluidez
llena de gracia, de armonía y de optimismo. Va tocando su flauta
mágica por un camino lleno de sol. Los pájaros y la música
del viento no se sienten distantes de él.

Los Libros

TIEMPOS DE TORMENTA, de *Domingo Melfi*. (Ediciones «La Semana Literaria» 1945), por Luis Merino Reyes

A poco tiempo de publicar «El Viaje Literario», sale de nuevo, Domingo Melfi a desafiar la crítica y a deleitar a los amantes de un buen estilo, con este libro de crónicas «Tiempos de Tormenta».

La obra mantiene todas las características de Melfi: observación serena y penetrante, forma limpia, intención ética y pincelada rápida en la evocación.

Al recordar sus libros anteriores, «Estudios Literarios» y «El Hombre y la Soledad en las Tierras Magallánicas», diríamos que en este libro la parte conceptual, que sostiene todas las obras de Melfi, se hace menos vibrante y esta disminución repercute en el estilo que se torna más pausado y pierde firmeza en su articulación. Se destaca más nítido este proceso en la primera parte del libro, esto es, en la crónica sobre el remate de un viejo palacio santiaguino. Aquí desfilan estampas precisas de antiguos sirvientes, de patrones arruinados y nuevos ricos, de comerciantes advenedizos, de mujeres honestas y ligeras. Gira en torno de lujosas porcelanas, caobas y tapices, traídos directamente de Europa, el alto y bajo fondo santiaguino, ligado, como es natural, en el impulso del goce por el goce que caracteriza a las sociedades

de países jóvenes. Frente a dicha realidad que se rejuvenece en el caso crítico del remate, está el moralista Domingo Melfi comprobando la imprevisión y el despilfarro, la frivolidad cruel de quienes viven el minuto y la experiencia de los que caen abandonados por los mismos que aun disfrutaban de su poderío. A ratos el lector se rebela contra el moralista atraído por el goce que proporciona el estilo del narrador y desearía que se prolongara la simple descripción de los hechos, sin ninguna intervención de carácter ético que abrevie el suceso artístico. Pero luego hay que conformarse y aceptar la modalidad de Melfi como algo indestructible de su personalidad. Ella sitúa al autor en el centro de la querrela social, como implacable fustigador de los prejuicios aristocráticos y severo moralista de la clase media, donde ha depositado su esperanza, propiciante de un orden de familia patriarcal, precavido y honesto.

La segunda parte del libro incluye las crónicas escritas durante el viaje del autor por los Estados Unidos de la América del Norte. En estas páginas, más vigorosas que las anteriores, resalta el choque de una cultura europea individualista, que algo se diluye, dando carácter entre los hombres de una época, con la objetividad especializada yanqui. Un contraste anímico de igual índole, llevado a la exaltación poética, produjo el «Poeta en Nueva York», de García Lorca, volumen en que la expresión lírica se desgarró de inconformidad.

Melfi desvirtúa a través de su prosa serena, esa misma actitud inicial y nos da cuadros admirativos a la honradez, a la alegría libertada de sensualidad de los jóvenes, a la satisfacción que significa vivir como se quiere. También se inserta la descripción de un viaje aéreo por encima de la flora del trópico que se hace inolvidable por la sugerencia y fluidez de los trazos.

«Tiempos de Tormenta» representa una obra más, de indiscutible categoría artística, entre las numerosas que ostenta Domingo Melfi, quien además, ha demostrado en forma ejemplar

como debe ejercerse la crítica literaria, sin odio turbio al creador, pero con intención generosa y culta, no por eso menos exigente y, sin duda, más constructiva.—L. M. R.

EFIGIE Y POESÍA DE LUIS MERINO REYES, por *Antonio de Undurraga*

Un día equis, inesperado y desconocido, un día cualquiera que se diferencia de otro en tan mínima medida, como una aguja de otra aguja, un día que se torna algo así como un secreto militar, vimos aparecer un libro. Se llamaba «Islas de Música» y su autor era Luis Merino Reyes. El joven poeta, en vez de perder largas horas frente a sendas botellas de vino y compañeros de letras «que matan el tiempo»—según reza la frase hecha—se había dedicado a leer, a meditar, a comparar, a esquivar in fluencias y darle a su mensaje una voz definida, propia. Había huído de los «amigotes» de «los amigos buenazos». En suma, era un hombre que por ningún motivo quiso convertirse en victorioso pulgón de taberna.

Estuvimos frente a un chileno que tenía el concepto de la responsabilidad literaria y que no iba de redacción en redacción de periódico, trabajándose al amigo, al compadre infalible. No, él, por el contrario, puso su obra ante el juicio público sin trucos, ni trabajos previos. Tenía el clásico concepto de la justa, del torneo entre caballeros. El no podía hacer el criollo trabajito de aceitar o incubar compadres, como quien coloca minas de tiempo en una rada.

Y ya tenemos un arquetipo de escritor que va dos veces muerto: primero, porque es un ser que lleva en sí el concepto de la responsabilidad intelectual, y en segundo término, porque es un hombre altivo que desprecia la incubación en una taberna o garito, del altoparlante literario.

Este concepto de responsabilidad nos lleva a eludir, sistemáticamente, las influencias de maestros; nos conduce a batirnos a pulso propio y correr la carrera poética «en pelos» como diría un huaso chileno que, además, fuese poeta. Y mientras un poeta equis imita a Federico García Lorca y distribuye al público chileno, por gotas, el licor del maestro, licor que ahoga por lo fuerte y concentrado, hay otros chilenos—subrayamos—esquivando, en singular batalla interior y verbal las voces del granadino. Son responsables, son orgullosos y van, momentáneamente, muertos.

Pero esta responsabilidad intelectual entraña o implica otro concepto gravísimo para el compadre literario chileno: la tecnicidad en el oficio. Y en el oficio de escritor, se entiende. El compadrazgo a la chilena, es una cuestión familiar y campesina que engendra, tanto en política, como en literatura, al «cúralo-todo», al «sábelo-todo», a un personaje polifacético e inútil, que es una especie de ácido bórico nacional capaz de paliar y remediar—ilusoriamente—todos los males.

El compadre ve en el técnico a un fantasma horrible. El técnico es un hombre sabio, responsable, metódico. Es el heredero del espíritu científico y racional de los griegos adicionado después por los árabes, en seguida por el Renacimiento y, finalmente, por las eras científicas contemporáneas.

El criollo literario que ha hecho de la irresponsabilidad y la improvisación el más sagrado de los cultos, ve en el escritor técnico la muerte del compadrazgo intelectual. Incluso la posibilidad de planteamiento imparciales. He aquí un grave problema que amargó a Rubén Darío, gran especialista, durante toda su vida.

Y he aquí por qué la democracia política e intelectual chilena—que no es más que una «compadracia», la voz se deriva de compadre—no produce ensayistas, pues estos últimos para ser tales deben ser sabios, responsables e imparciales, como grandes relojeros. Mas, a propósito de relojeros ¿quién no tiene pavor

de que éstos le cambien las ruedecillas al reloj que se les encomienda examinar, o componer? ¿No hizo, acaso, algo similar en beneficio exclusivo de un autor, un joven poeta chileno al comentar en un ensayo suyo, a varios poetas chilenos?

Y así vemos en literatura, por segunda vez en menos de dos años, a un joven ensayista equis, escribir un ensayo sobre Vicente Huidobro, «a lo amigo personal», en el cual se silencia todo lo que no sea sustancia panegírica.

Y es así como el poeta responsable y culto, el técnico de la literatura, pasa a ser el exilado en su patria. Pero la compadracia tiene un segundo capítulo y valiosos instrumentos de exilio. Y este segundo capítulo es el extranjero. «Todo lo chileno es malo», he aquí la consigna y la plástica expresión de un complejo de inferioridad. En parte es verídica. La compadracia, sin ciencia, ni columna vertebral moral, que sólo acumula redes de sueldos en una sola persona y prebendas para la familia, mucho ha hecho en este sentido. Pero la compadracia, por irresponsable, precisa del escritor extranjero residente en Chile que, con frecuencia, no es un escritor, pero sí un mercenario dócil y que sabe alquilarse. Además, echa incienso a bocanadas al pez criollo, gordito y reluciente, que oscila en medio de su cadena de sueldos y que, incluso, habla de marxismo. Y para mí, que soy un internacionalista, es doblemente doloroso constatar estos hechos.

Por ello, confieso que me causó pavor la lectura retrospectiva que hice de «Islas de Música» de Luis Merino Reyes. ¿A dónde conduce tanta honradez? Al exilio, al desplazamiento sistemático dentro de las fronteras de Chile.

He aquí el medio ambiente en que se actúa. Y sólo nos sabemos exilados en la patria, mas, nunca derrotados. Explotados, pero jamás vencidos.

Y analizada la cara ética y sociológica de la moneda, vamos ahora a su cara literaria. La tan grata a los técnicos de veras y también—por desgracia—a los descastados, adulones y toda

una flora y fauna superficial, no clasificada por nadie y que a nadie interesa clasificarla.

Había una imperativa necesidad de precisar, in extenso, la primera efigie. Por ello, al hablar de la segunda, seremos más breves, más sintéticos.

En efecto, Luis Merino Reyes al situarse en la órbita poética que le es propia y que, posiblemente, a perpetuidad será la suya, aparece con los atributos de un poeta de pronunciada cultura humanística, forma ceñida, imaginación limitada, pero sólo en parte, que revela un lenguaje poético limpiamente conquistado y en ascendiente evolución creadora:

«Frescos aventureros de la verdad y el sueño puro,
venid hasta el mensajero de las tinieblas.

Me atrevo a decirlo todo y aquello que despierta y vibra
en la órbita fugaz de los símbolos encantados.

Venid héroes del tiempo y su molicie,
a sacudiros, sonrientes, de las pesadas llamas».

(«Coloquio de los goces»),

En su lenguaje se vislumbra la serena estabilidad de una balanza espiritual que evoca las mejores luces del Renacimiento, la llameante lógica de los humanistas y esa eficacia y goce de vivir que fué patrimonio de griegos y romanos:

«Beberemos los más sabios vinos,
ellas lucirán sus atrevidos sueños,
encima de la noche, encima del día,
encima de los pámpanos celestes».

(«Oda»).

En nuestra literatura su voz es una isla. Por excepción, hay entre su poesía y la de Scarpa, y Víctor Castro, una distante atmósfera neoclásica que, intangiblemente, las patrocina.

Con anterioridad a Luis Merino Reyes, en muy escaso límite, Max Jara, cultivó algunas variantes poéticas que guardan cierta remota analogía con aquél:

«Libremente desnudo, sin pena ni rubores,
en la vida me sufro, me solazo y abismo,
y traduzco su gama de goces y dolores
en el tono doliente que es propio de mí mismo».

Pues bien, en un «tono doliente» que en Merino Reyes no existe. Que, por el contrario, es sabiduría, medida, estabilidad intelectual al margen de todo aparatoso andamiaje romántico.

Esta pequeña afinidad con Max Jara, tal vez explique la adhesión intelectual de Luis Merino Reyes, al poeta. Adhesión de juventud que luego se tornó una violenta e irremediable ruptura.

Finalmente, nos cabe destacar esperanza. Pues si el ambiente que lleva al escritor honrado en Chile, al exilio dentro de la patria, le impulsa a declararse náufrago en su propio domicilio, a escribir un mensaje y lanzarlo en una botella—tal como lo practica todo godo ibérico de veras—para que alguien algún día y en alguna playa lo recoja y lea, hoy le vemos salir a la calle—aunque temeroso aún—y tomar las vías de la acción: ahí están sus cantos a París y Stalingrado, y su gran «Romance a Balmaceda». Esperamos que siga esta nueva línea. Nuestro lema debe ser: ¡Combatientes siempre!



LA NOCHE EN EL CAMINO, Novela de Luis Durand, por Víctor Castro

No es difícil comprobar que en famosas novelas, en autores de renombre, que invaden el campo de ella, ocurre un fenómeno bien definido, inherente a este género literario, podríamos decir,

y que sintetiza sus efectos en esa lentitud para entregar un «interés» novelístico al lector, principalmente a ese que busca diversión, entretenimiento, intermedio para ese oleaje íntimo, ajeno, muchas veces, al plano y al placer artístico. Ejemplo de esto, con todas sus variantes, puede ofrecernos la obra de William Faulkner, «Luz de Agosto», recia hechura que no se descubre así como así a los ojos de tal o cual lector. Y todo esto, porque en la obra de Luis Durand, más relativo el fenómeno, suele poner, de primer plano, una cáscara que, deshecha luego, está guardando bien definidas cualidades y matices.

«La Noche en el Camino» ha venido a reanudar el campo en nuestra literatura, aún cuando en esta novela surja humanamente, recortados en personajes auténticos, localizados, espontáneos. Hay allí una palpitación intensa, un ir y venir por la vida, que Luis Durand logra demostrar en aspectos íntimos, a veces desapercibidos, pero que acusan una sinceridad indiscutida de escritor, a pesar de la experiencia que lleva por estas alturas. Ya el autor de «Mercedes Urizar» ha dado muestras de ello antes de este libro. Y eso—fuera de laboratorio—significa una vida captando aspectos de lo chileno, para ir construyendo lo simultáneo de nuestra expresión cultural. Se comprenderá, entonces, que esta preferencia nuestra tenga en su antítesis, desventaja de esa serie de confesiones vanidosas, que pululan entre señoras bien educadas, puestas dolorosamente en nuestra realidad artística o literaria.

«La Noche en el Camino» no constituye en nuestro panorama un caso constante. Además, su valor apreciable irá cundiendo con el tiempo, dada la estructura misma del libro: su amplitud en todas las circunstancias. Y sin embargo, en proporciones equilibradas, la novela ha captado ambientes que, volvemos a repetir, constituyen documentos definitivamente humanos, dentro de esa esquemática esfera, como es la de una expresión, de una descripción, de un hecho aparente, pero profundizado.

Naturalmente, para escribir y decir estas cosas u otras, es

necesario conocer, haber estado allí, sin pensar en nada, menos aún en el turismo literario. Luis Durand estuvo. Vió, y más allá de sus ojos, sintió todo esto en la sangre, que hoy día recorre las páginas de «La Noche en el Camino». Porque si aquellos duendecillos que bailan, personificando la imaginación, no logran bañarse en la experiencia, no ya simplemente audaz, sino honda del ser y los seres, mueren lastimosamente, en ese bibelot que quedará olvidado junto al sueño imperturbable o a otros fantasmas que suelen manejar un poco de vida por algunos instantes.

El campo, ciertamente, no representa toda la tierra chilena ni todo lo chileno para la literatura. Como en todas partes... Pero no es posible negar que sí representa un buen aspecto, cuya importancia estará permanente, ya que estará expuesto a transformaciones sociales, quiéranlo o no patronos y vasallos. Y entonces no podrá negarse que Luis Durand estuvo representando una expresión definida, con ámbitos bien personales, en este comienzo, ya que será un comienzo en nuestra infinita proyección de años y de hechos. Porque, seguramente, los momentos culminantes estará representados por hechos humanos, y entonces, al margen del aburrido pintor de paisajes, estará quien dé las existencias de hoy, en voces, en cuestiones, en pechos, en vitales sombras. Y es todo esto lo que hemos encontrado en toda la obra de Luis Durand. Hoy, pues, con «La Noche en el Camino», ha demostrado que sigue una línea que conoce bien, pero que no sabemos qué tiene más allá, y en cada uno de sus instantes.

El seguramente, estará franco para decirlo, pura y abiertamente como lo ha hecho hasta hoy.—V. C.



POETAS CHILENOS CONTEMPORÁNEOS, breve Antología, por
Alfredo Lefevre

En los volúmenes de la Biblioteca Zig-Zag, en la cual se han publicado obras de innegable valor literario y artístico, se

ha incluido este Breve Antología de los poetas chilenos contemporáneos que ha redactado y seleccionado Alfredo Lefevre, joven profesor de Castellano y cuyos escarceos literarios hemos conocido a través de las páginas de algunas revistas, entre otras, de «Estudio».

Abandonados por un momento los elogios a la síntesis, al buen gusto para seleccionar los poemas de cada autor y las alabanzas—muy justas por lo demás—a la bella edición nos hacemos esta pregunta que juzgamos categórica: ¿Puede publicarse una Antología, por breve que sea, de poetas chilenos contemporáneos y omitirse en ella los nombres de Diego Dublé Urrutia, Luis Felipe Contardo, Jorjue Hübner Bezanilla, Jerónimo Lagos Lisboa, Carlos Préndez Saldías, María Monvel, Francisco Donoso, Juan Negro?

O se publica una Antología que contenga los valores esenciales de nuestra poesía moderna o no se publica nada. El antólogo dice en las últimas líneas del prólogo, como un «*mea culpa*» débil y tardío: «Los límites de la colección y el sacrificio de preferencias y antipatías justifican todo reclamo de ausencias».

—No, señor Lefevre, si no hay el suficiente número de páginas para el material indispensable que debe contener un libro de esta naturaleza, se deja para mejor oportunidad. Se da el caso curioso de que ahora la calidad de los poetas ya no está sólo entre nosotros sometida a los círculos literarios, y a los partidos políticos o al bombo mutuo, sino que también, como en el caso presente, a las determinaciones fijadas de antemano por la Empresa Editora. Se habría salvado este grave cargo que formulamos a Lefevre y a Zig-Zag, modificando el título del libro y bautizándolo con uno que expresara que son poetas modernos chilenos presentados por el señor Lefevre, sin la finalidad de ofrecer una «antología estricta» de la moderna poesía chilena.

Nosotros ya fuimos víctimas de esta misma labor y en cerca

de quinientas páginas reunimos ciento once poetas chilenos. A pesar de ello, creemos ahora que en nuestra antología faltan más poetas que los que en ella no debieron figurar. Bien apreciamos cuántos han sido los entreveros que ha debido salvar Alfredo Lefevre en esta ingrata y difícil labor. Tiene a su favor la sentencia ya tan manoseada de que es muy difícil que el antólogo pueda contentar a todos los lectores, pero en este caso, sin duda que hay razón para anotar estas exclusiones tan lamentables. Una cosa es ser estricto y otra es ser injusto o desconocer el valor literario de los poetas principales de un país.

Diego Dublé Urrutia es el primer poeta que canta con personalidad y acento de extraordinaria sugerencia, la tierra de Chile, el paisaje y los tipos característicos. «Del Mar a la Montaña» será siempre un libro clásico en nuestra moderna poesía.

El poeta sacerdote Luis Felipe Contardo no ha sido jamás olvidado por las antologías chilenas y sus sonetos de Palestina son medallones de místico color que no pueden despreciarse, a pesar de la limitación de las páginas o de que los afectos del antólogo no marchen de acuerdo con este poeta.

Se ha señalado como uno de los valores más definitivos de la poesía moderna de Chile, el nombre de Jorge Hübner Bezanilla, místico y elegante. Podrá argumentar Alfredo Lefevre que Hübner Bezanilla no ha publicado un libro de poesía y que por lo tanto debe continuar inédito. Si es verdad que Jorge Hübner no ha publicado un libro en cambio las antologías de poesía chilena y extranjera lo han dado a conocer y han reproducido sus mejores poemas, especialmente los poemas admirables en que canta al árbol, al viento y a las nubes.

La omisión de Jerónimo Lagos Lisboa, la consideramos irritante. ¿Cómo pudo el autor silenciar este nombre que representa una de las obras más puras y altas que se hayan realizado en la moderna poesía chilena? El poeta de «Yo iba solo...», «Tiempo Ausente» y «Pequeña lumbre» no ha tenido un mísero rincón en este libro. El lector no tendrá noticias de esa poesía alada, llena

de color y elegancia, que viene desde un íntimo fervor familiar y una profunda raíz humana y espiritual.

Entre los poetas que han cultivado en Chile con más fuerza y originalidad el romance, figura Carlos Préndez Saldías, poeta de puro acento y hondo lirismo, cuya labor se ha depurado últimamente en su libro de sonetos «Soledad». «Romances de Tierras Altas» y «Romances de Tierra Baja» serán dos obras que la poesía chilena guardará como ejemplo de belleza y colorido de lo chileno. A pesar de todo, esta «Breve Antología» omite su nombre y como en los casos anteriores, comete una injusticia.

Entre las poetisas chilenas, María Monvel ha sido una de las principales tanto por el acento de feminidad que floreció en su poesía como por la fuerza expresiva de sus cantos. Para ella también, el silencio de Alfredo Lefevre.

La omisión de Francisco Donoso es todavía más grave que la de María Monvel y otros, porque la obra de este poeta, especialmente representada por sus libros «Poemas Interiores», «Mirrah», «Espiral» y «El Agua» lo señalan como un alto valor de la poesía moderna chilena y este aserto ha sido ya muchas veces corroborado por la crítica nacional y extranjera. El poeta de ágiles pinceles, de suaves colores y místicos devaneos también ha encontrado cerrada la puerta de este libro, de suave formato y leve personalidad.

Entre los más jóvenes poetas, Alfredo Lefevre ha recogido algunos nombres como los de Victoriano Vicario, Oscar Castro y Roque Esteban Scarpa y de una plumada ha borrado los de Juan Negro, Nicanor Parra, Stella Corvalán y algunos otros.

En cambio de estas omisiones, Alfredo Lefevre dedica muchas páginas por ejemplo a la poesía de Rosamel del Valle, a quien así juzga: «Solitario e inmenso en su angustia, su poesía tiene la grandeza y el espanto de los que buscan en los propios poderes humanos la redención definitiva de la vida del hombre. Su último libro «Orfeo» (1944) parece señalar una salida hacia términos más luminosos».

No podemos evitar el placer de entregar a ustedes esta luminosa ventana que a juicio de Alfredo Lefevre, significa «Orfeo» en la poesía de Rosamel del Valle.

Dice en un fragmento:

«Oh todavía tú en esta brillante soledad que se deshace, en estos espacios de vida ardiendo alrededor. Tan parecida a los puentes que he cruzado, a la ausencia de mi espalda en los actos menos lúcidos y el luto. Todavía tú, resplandeciente y muerta, coronada y sin red. Para protegerme de lo que me sigue con hachas en lo alto».

Este tipo de poesía parece agradar en extremo al antólogo, porque dedica varias páginas a esta luz, según él, de la poesía chilena. ¿Cómo es posible que se destaque una labor de tan dudosa calidad y originalidad, y se silencien poetas como los ya señalados anteriormente?

Esta antología no refleja ni mucho menos el panorama verdadero de nuestra lírica. ¿Dónde aparecen consignados Antonio Bórquez Solar, poeta del Archipiélago; Samuel Lillo, autor de libros hermosos y de calidad como «Bajo la Cruz del Sur» y «El Río del Tiempo».

En vano hemos buscado los nombres de Roberto Meza Fuentes, Carlos Acuña y Chela Reyes no existen para este antólogo. Se ha truncado el panorama de la poesía chilena, una vez más y tal vez en esta ocasión con mayor crueldad e injusticia.

No se trata de amontonar nombres de poetas, sino que de exponer los verdaderos valores en sus diversas tendencias; aquellos poetas que han realizado una labor de categoría, en suma, Alfredo Lefevre no nos da nada de eso. Y si vamos a buscar en los juicios por él emitidos acerca de los afortunados que han tenido un lugar en este libro, nos encontraremos en la mayoría de los casos con que Lefevre apenas si traza una leve nota crítica y sí muchas que están demás para señalar al ar-

tista. Por ejemplo al hablar de Manuel Magallanes Moure, a qué viene aquello de que fué alcalde de San Bernardo?

Estamos de acuerdo con lo que dice: «el problema sobre el destino de la poesía chilena es asunto de espíritu» y nosotros agregamos: la justicia y ecuanimidad de quienes la exponen.—
CARLOS RENÉ CORREA.



ALMA Y FORMA, por *Bernardo Cruz*

El fino espíritu de Bernardo Cruz ofrece este libro lleno de sugerencias y matizados por el fervor de un temperamento de artista frente a las obras que su devolución por la belleza ha seleccionado.

El subtítulo de la obra reza así: «Selección y Glosas Críticas de Poemas Líricos Hispano-Americanos» Este libro de Bernardo Cruz, es interesante por muchos aspectos y en especial por dos que deseamos, desde luego, señalar: la originalidad de los comentarios y el buen gusto con que selecciona los poemas.

Bernardo Cruz es un escritor maduro que no teme expresar sus personalísimas opiniones sobre materia de arte y poesía. «Alma y Forma», dice, «un título breve e intuitivo. Alma primero, ya que nada vale un poema, musical y sabiamente labrado, si está lleno de aire, que el ánfora responda a su perfume. Pero tampoco una emoción intensa expresada sin unción, transparencia y ritmo».

O sea, que Bernardo Cruz busca en la poesía el supremo equilibrio; se ha entregado en horas de meditación a la consideración, al análisis profundo de los poemas que más le han impresionado. Tenemos en esta obra un exacto reflejo de lo que es su espíritu de artista, inclinado a la suavidad, a la emoción sencilla, a la dulce penumbra de las cosas rodeadas de misterio.

Juan Ramón Jiménez, Manuel y Antonio Machado, Federico García Lorca, Gabriela Mistral, Juan Guzmán Cruchaga,

Jorge González Bastías, Francisco Donoso, Amado Nervo, Enrique González-Martínez, Juana de Ibarbourou, Rubén Darío, entre otros, son los poetas que le han cautivado.

Siempre la glosa de Bernardo Cruz está orientada por un deseo de expresar la belleza del poema a través de sus personales gustos estéticos; tiene el autor una línea definida en cuestiones de belleza y desde esa colina mira el panorama de la poesía moderna y se extasía en la belleza y vituperata los malsanos arrestos ultraístas que han traído a la poesía falsas monedas que han desvirtuado su belleza con crudos afanes snobistas.

Entremos por los caminos del chileno Juan Guzmán Cruchaga. Se ha señalado no sin verdad y acierto que este poeta se distingue por la evocación de las cosas lejanas, guardando siempre en su verso una suavidad y elegancia aristocrática. Basta leer su libro «Agua de Cielo» para conocer íntimamente al artista de la forma y la suave sugerencia, honda, emocionada, inalterable.

Bernardo Cruz toma para su análisis dos poemas de Guzmán Cruchaga:

«Música pensativa» y «Canción», la primera de las cuales dice:

«Una canción que tiene fragancia de jazmines
en la noche de otoño se desgrana,
y sobre la quietud de los jardines
pasa una enferma evocación lejana,

El fuego familiar, la cariñosa
voz delicada y empaldecida;
el buen amor, la luminosa rosa
que decoró un ocaso de la vida.

Una fontana piensa...
Los surtidores se quedaron mudos,
y en la armonía de la noche inmensa
va la romanza con los pies desnudos».

«Toda la lírica de Guzmán, dice Bernardo Cruz, está impregnada de suavísima melancolía.; ella siempre va suspirando, como un agua oscura, en esa canción lejana que se adormece a fin en surtidores mudos».

A menudo entra el autor en disquisiciones acerca de la factura misma del verso y del poema; nos ofrece acabados conocimientos de técnica poética, sin quedarse mudo frente a la sugerencia del poema que es objeto de su glosa.

Con entusiasmo se refiere al poema «Castilla», de Manuel Machado, dice que sus versos nos hablan de «Castilla dura, reseca, ardida. Cansado el Cid, cabizbajos los suyos, sudorosos los caballos, horno y espejo los jinetes acorazados y ceñidos. Espadas y lanzas, picas y broqueles».

Después de las palabras del autor, cómo quedan palpitando los versos de Manuel Machado en su «Castilla»:

«El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos,
—polvo, sudor y hierro—el Cid cabalga».

Señala con claridad los perfiles de Manuel Machado, poeta españolísimo y castizo de forma que supo expresar la verdad histórica y la belleza de su España eterna. De su hermano Antonio Machado, poeta más puro y a veces de acento más alto, expresa el autor: «Machado es ante todo el poeta de la infancia y del recuerdo. Infancia que es sueño y que tiende sus manos ávidas hacia la vida, cual a un cesto colmado de racimos.

«Y es el poeta del agua. ¡Cómo la adora el poeta!, casi diríamos con fetichismo moro. Por la música externa del verso se parece a «los reflejos en el agua» de Claude Debussy».

Cumple Bernardo Cruz con la primera y fundamental obligación de quien habla de poesía; ser poeta y ser sincero para expresar sus impresiones sobre la obra ajena.

No oculta el autor su devoción más encendida hacia la obra de Juan Ramón Jiménez, de quien reproduce como portada de su poesía la dedicatoria del libro «Pastorales», la cual dice en uno de sus acápites: «Ninguna música, ningún verso, pocos ojos de mujer me han hecho llorar tan dulcemente como el humo azul de los hogares, en la paz cadenciosa del crepúsculo: esas lágrimas... Por la tarde, el campo tiene algo de mirada de madre. Ay ¡flores del campo arrancadas por la tarde!...».

Tenemos ante nosotros la maravillosa ensoñación de Juan Ramón Jiménez, esa alegría tan pura frente al universo, la gama desleída de sus colores que borra el viento de la noche...

Refiriéndose a uno de los poemas más hermosos de Jiménez, anota Bernardo Cruz: «Tristeza dulce del campo» tiene toda la dulzura de un crepúsculo violeta, perfumado a heno, y que gimè con una copla antigua, de otras tardes, olorosas a praderas recién segadas.

«Y en la belleza formal, esa sucesión de asonantes, que rueda, suspira, llora y perfuma. Imaginamos su romance como un camino delgado, por el que descienden apacibles corderos mientras a su vera, van rimando las aguas esa canción de siempre y que sin embargo, en cada poeta suena distinta.

«Tristeza dulce del campo...

La tarde viene cayendo.

Vengo detrás de una copla
que había por el sendero».

Como vemos, el autor no pierde jamás de vista la idea fundamental que lo indujo a escribir este hermoso libro: el alma y la forma del poema. Alcanza a veces la profundidad del ensayo, sin que se desnutra por ello la delicadeza del poema subterráneo que él va creando con sutil elegancia, a la vera de la poesía, que le entregan sus hermanos.

Al hablar de Darío, Nervo y Asunción Silva, dice Bernardo Cruz: «Darío es la expresión más audaz y elevada de la estética moderna. Un espíritu flexible, anárquico en cierto aspecto, pero siempre fino y elegante... Nervo aporta un extraño misticismo, una mezcla confusa de Plotino y Heráclito, de Buda y de Evangelio. Sus versos tan puros, tan claros, tan suaves parecen escritos en el cáliz de un lirio de un jardín monástico... La misma dulzura de Nervo, la misma fineza y música polifónica de Darío impregna la lírica de Asunción Silva».

Refiriéndose a Pablo Neruda, expresa: «Neruda es único. El subjetivismo más desolado e inflexible aparecido en nuestra América».

Todas estas citas de las opiniones de Bernardo Cruz creemos que son más que suficientes para formarnos una idea aproximada de lo que significa su juicio tan acertado como generoso y ecuánime. Mantiene nuestro autor esa serenidad que es tan necesaria para juzgar poesía y al mismo tiempo demuestra poseer un verdadero espíritu de poeta que lo capacita para entregarse a este difícil arte de glosar con acierto la producción de los grandes poetas.

No desprecia Bernardo Cruz la obra de ciertos poetas porque en torno de ellos se haya levantado la muralla del silencio, no. Expresamente lo dice que a él le interesa más la poesía misma que el poeta y las circunstancias que hayan podido rodear su vida.

La obra que comentamos nos demuestra una vez más que la poesía es eterna; que ella existe a pesar de los olvidos, del tránsito del tiempo o de la sombra que haya podido arrojarle la envidia.

Viven los poetas y nos acompañan, cuando en su obra, como lo dice Bernardo Cruz, hay «alma y forma».—CARLOS RENÉ CORREA.

Notas del Mes

Domingo Melfi

Se ha ido sin retorno, así de pronto cuando más vivo y hondo era el cariño de sus amigos por él; tal vez en la época en que más falta hacía en su hogar.

Estas notas del mes las redactaba él, dándoles un tono cordial, efusivo y amable. Y ahora los ojos se nos nublan al recordarlo y saber que está muy lejos o quien sabe si junto a nosotros para infundirnos aliento en la tarea y recordar siempre su espíritu de noble y aristocrático temple.

El señor don Enrique Molina en carta reciente nos dice: «Le escribo bajo la impresión dolorosa del fallecimiento de Domingo. Me parece una imposibilidad que vaya a ir a Santiago y no lo encuentre no sólo en los sitios habituales en donde lo veía sino en ninguna parte... fuera del corazón de sus amigos».

Estas palabras de don Enrique reflejan una gran verdad con respecto a Domingo Melfi. Porque él estaba siempre en el corazón de sus amigos. Hace pocos días no más María Luisa Bombal, nos escribía desde Nueva York una de esas simpáticas cartas que ella con su manera tan peculiar envía a sus amigos y nos decía: «quiero que sepas que nunca he olvidado ni olvidaré el cariño generoso que tú y Mariano y Latcham y el ángel de Doménico—se refiere a Melfi—me manifestaron siempre...».

Estas frases del señor Molina y las de María Luisa Bombal

nos dan una idea precisa del lugar que el hombre que dirigía «Atenea» ocupaba en el corazón de sus amigos. Y como bien dice don Enrique, es allí donde siempre lo seguiremos encontrando, en el tiempo y en el recuerdo permanente.

Un libro de don Arturo Alessandri

La Dirección de la Escuela de Artes y Oficios de Santiago tuvo la buena idea de dirigirse a don Arturo Alessandri para pedirle que diera algunas charlas sobre la historia de Chile, las que sin duda tendrían un interés especialísimo por venir de tan alta personalidad y porque seguramente en ellas se reflejarían muchos de los juicios de su experiencia de estadista.

El señor Alessandri aceptó de buen grado el pedido que le hicieran y lo puso en práctica en seguida. Pero no dió una o dos charlas como había sido su propósito y el de la Dirección del establecimiento, sino que se entusiasmó en la tarea y de este modo fueron sucediéndose una serie de interesantes conferencias en las cuales el ex Mandatario, habló de los episodios más culminantes de nuestra historia patria, trazando a la vez con precisión y fuerte relieve el retrato de cada uno de los más grandes próceres de nuestra lucha emancipadora.

Pero no ha parado aquí la cosa. Estas conferencias que se dieron sin otro ánimo que el de inculcar en la juventud el amor a todo cuanto tiene relación con la patria y con esta tierra, no sólo fueron escuchadas entonces, sino que podrán ser leídas ahora por hombres jóvenes y maduros pues el autor de ellas las acaba de publicar, editadas por Orbe en dos voluminosos tomos.

Hay que felicitar al señor Alessandri por su esfuerzo y por la significación patriótica y de trascendente documento histórico que su obra tiene para todos los chilenos, que reconocen en él a uno de los más eminentes servidores de Chile.

«Chile y su historia» es el título que el señor Alessandri ha dado a su obra en la cual en realidad enfoca con su poderosa

y viva mentalidad muchas circunstancias de la evolución social de Chile, relacionándolas con sucesos y momentos que él vivió y conoció mientras desempeñaba la primera magistratura de la Nación. Sus experiencias y su manera de apreciar la obra de gobernante de otra época son de un grande y positivo interés, ahora que todo la aspiración del mundo tiende a orientarse hacia un horizonte de claridad y de comprensión.

Un cuento de Benedicto Chuaqui

El señor Paul J. Cooke, director de la revista «Amigos», *A Souht American Digest*, en Illinois, EE. UU. se ha dirigido al señor Rector de la Universidad de Concepción, para pedirle que lo ponga en contacto con el escritor Benedicto Chuaqui, con el objeto de que lo autorice para traducir al inglés un cuento de este autor, publicado en el N.º 230 de *Atenea*, con el título de «Hidrofobia».

El señor Paul J. Cooke, en su carta, hace un gran elogio del cuento citado, al cual le confiere una alta calidad estética y técnica en su género.

Representante de «Atenea» en Santiago

El Consejo de la Universidad de Concepción, acordó designar representante de «Atenea» en Santiago, al escritor don Luis Durand. Esta designación da derecho al señor Durand, para integrar el jurado que otorga anualmente el Premio «Atenea».

Libros recibidos

- ARCHIBALD MAC-LEISH.—*The American Story*—Duell, Sloan & Pearce, Inc, 270 Madison Avenue. New York 16, N. Y., 1944.
- VAN WYCK BROOKS.—*The World of Washington Irvin*.— E. P. Dutton & Co. Inc. Philadelphia, 1944.
- HAROLD CHERNISS.—*Aristotle's Criticism of Plato and the Academy*.—The Johns Hopkins Press, 1944.
- ESTEBAN ROLDÁN IRIARTE.—*Cuba en la Mano*.—(Enciclopedia Popular Ilustrada). Imprenta Ucar, García y Cía. Teniente Rey 15. La Habana. Cuba, 1940.
- RAMÓN ROMERO.—*Proyecto de Código Penal de Nicaragua*.—Talleres Nacionales de Imprenta y Encuadernación, 1945.
- LUIS AMADOR SÁNCHEZ.—*Colombo*.—Edições Cultura. Rua 7 de Abril 361-1.º Sao Paulo. Brasil, 1945.
- LUIS AMADOR SÁNCHEZ.—*Velázquez*.— Edições Cultura. Rua 7 de Abril 361-1.º Sao Paulo. Brasil, 1945.
- CARLOS J. FINLÁY.—*Estudios sobre la fiebre amarilla*.—Publicaciones del Ministerio de Educación. Dirección de Cultura. La Habana, 1945.
- JORGE SÁNCHEZ CAMACHO.—*Coros del Alba*.—Imprenta del Departamento Bucaramanga. Colombia, 1945.
- JUAN E. FAGETTI.—*San Ramón*.—(Versos de su parroquia y de su río). Editorial Paysandú. Paysandú. Uruguay, 1945.

- PBRO. HUMBERTO MUÑOZ.—*Movimientos Sociales en el Chile Colonial*.—Editorial Difusión, S. A. Callao 575. Buenos Aires.
- PATRICIA MORGAN.—*Viaje de Luz*.—Imprenta Universitaria. Santiago, 1944.
- JORGE CARRERA ANDRADE.—*Canto a las Fortalezas Volantes*.—Ediciones Destino. Caracas, Venezuela, 1945.
- JENARO GONZÁLEZ REINA.—*Minería y riqueza minera de México*.—Gráfica Panamericana, S. de R. L. Pánuco 63. México, D. F., 1945.
- RODOLFO BARÓN CASTRO.—*Españolismo y antiespañolismo en la América Hispánica*.—Talleres de Estados, Artes Gráficas. Madrid, 1945.
- AUGUSTO ARIAS Y ANTONIO MONTALVO.—*Antología de poetas ecuatorianos*.—Imprenta del Ministerio de Educación Pública. Quito, Ecuador, 1944.
- ABELARDO ARIAS.—*Alamos Talados*.—3.^a edición. Establecimientos Gráficos. El Tala, S. R. L. Río Bamba 46-48. Buenos Aires, 1943.
- PBRO. LUIS E. HENRÍQUEZ.—*Escala de Soledad*.—Suma. Ediciones al Servicio de la Cultura. Caracas, 1945.

El homenaje de la prensa ante el fallecimiento del director de «Atenea» don Domingo Melfi

En todos los diarios de Santiago, sin distinción de colores políticos y dejando a un lado todas aquellas beligerancias que las luchas ideológicas a que la existencia del hombre se ve obligada a enfrentar, se ha rendido un respetuoso y emocionado tributo de admiración y de respeto ante el fallecimiento del eminente hombre de letras que desaparece con el fallecimiento de don Domingo Melfi.

En todos los artículos que se escribieron como editoriales de cada diario se refleja el hondo sentimiento de pesar que ha causado el prematuro fallecimiento del señor Melfi, cuando todo hacía esperar de su fino y rico espíritu los más sazonados frutos. Esos artículos reflejan además el concepto que se tenía de sus prendas de carácter, de su simpatía, de su cordialidad estimuladora, de su caballerosidad jamás desmentida.

Esta revista que contó a Domingo Melfi entre sus más valiosos colaboradores y a la cual dirigió después con raro y exquisito acierto, durante quince años cumple con el elevado deber de consignar en sus páginas la expresión unánime de hondo y admirativo aprecio que el señor Melfi, supo conquistarse en todos los círculos de sus actividades y en el medio social que le tocó actuar.

La prensa nacional al tributar este homenaje a Melfi ha dado pruebas de que ante un espíritu superior cesan las diferencias, para enaltecer y dar todo su relieve a la memoria de un hombre que supo cumplir con su misión en la vida.

DON DOMINGO MELFI

«LA NACIÓN»

El señor Domingo Melfi Demarco, que desempeñó hasta ayer las funciones de Director de este diario, ha fallecido a causa de una implacable dolencia que fué doblegando sin tregua su vigoroso organismo.

Su deceso enluta a esta Casa, en la que, primero su pluma privilegiada, y después su talento y extraordinarias condiciones humanas, le otorgaron un legítimo sitio de distinción y un afecto unánime entre todos sus compañeros de labores.

Desde sus primeros años de juventud sintió el impulso y los apasionamientos del genuino cultivador del arte literario. Poseedor de una amplia cultura y de un estilo limpio y elegante, sus escritos fueron pronto adquiriendo relieve y resonancia, hasta llegar a convertirlo en uno de los más reputados ensayistas nacionales. Se aficionó también a la crítica literaria, y en este aspecto de sus actividades dió siempre ejemplo de elevación de propósitos, puso de manifiesto la cristalina bondad de su espíritu y se impuso a la consideración general por la exactitud y nobleza de sus juicios.

Había ya alumbrado en Chile una época de profundas renovaciones sociales, y esta gestación de nuevos caminos, más generosos para las clases humildes, despertó en el señor Melfi las ansias desinteresadas e idealistas de cooperar al triunfo de las nuevas ideas de justicia social. Se alistó así en las filas del afebrado y vibrante trabajo periodístico, y como redactor

de algunos órganos de publicidad en Talca y Concepción, comenzó su carrera en la prensa, que ha culminado al frente de la Dirección de este diario.

Adquirió pasión por los problemas públicos, en especial por los relacionados con el mejoramiento económico y social de la colectividad, y fué un elevado defensor de los derechos de los desposeídos de la fortuna. Pero, así como en sus obras literarias, en el periodismo cuidó de usar siempre el arma de la gentileza y de la caballerosidad, sin descender jamás al ataque rudo ni personalista. Más que de decir las cosas, gustaba de insinuarlas levemente, con el gesto elegante de un gran señor, sin herir reputaciones y sin dejarse llevar por ningún género de apasionamientos u odiosidades. Por eso, lo circundó siempre el respeto general, y sus propios adversarios no han aguardado esta hora de su doloroso desaparecimiento para reconocer en él a uno de los más ejemplares y elevados periodistas del país.

El señor Melfi deja, asimismo, una enseñanza con el transcurso de su vida privada, toda ella bordada de cariños sinceros hacia su familia y hacia sus innumerables amigos, sin que jamás dejara incumplidos sus deberes de hijo, esposo y padre.

Es un alto valor nacional el que desaparece cuando aún podían esperarse de él muchísimas obras que habrían enriquecido nuestro acervo literario y periodístico. Todos los de esta Casa nos inclinamos con profunda emoción antes sus restos, y su espíritu, alto, limpio, caballeroso, habrá de perpetuarse entre nosotros y seguirá presidiendo nuestros diarios afanes.

«EL IMPARCIAL»

Ha muerto un caballero del periodismo. Porque, indudablemente, en la personalidad de Melfi se daban con generosidad, todas esas cualidades que le hacían merecedor a ocupar un sitio sobresaliente en esa jerarquía de diaristas, lugar al que no se puede llegar por ambiciones personales o por los peldaños de

un renombre conquistado a fuerza de satisfacer los intereses de círculo, sino cuando se ha hecho de la ética periodística una norma invariable de conducta, ante la cual quedaron postergadas las pretensiones mezquinas y los afanes de grupos.

Domingo Melfi, el periodista que volcó sus primeras inquietudes espirituales en el diario «La Mañana» de Talca, había informado su acción profesional en ese marco estricto, pero no estrecho, cuando se quiere hacer diarismo honrado, que orienta a la opinión pública y no fomenta subalternos instintos. Por eso, el director que fué de «La Nación» hasta esta madrugada, era respetado, aun por sus adversarios de todas las horas, porque se le sabía un hombre bien intencionado y siempre activo en la permanente defensa de los intereses colectivos. De ahí, entonces, que la noticia de su muerte haya tenido honda repercusión en los círculos periodísticos, literarios y políticos, de Santiago y del país.

Nosotros, ubicados en una trinchera de combate que se nutre con la savia de ideales que acaso no fueron los de Melfi, sentimos la pérdida de este reputado periodista como si fuera la propia, pues más allá de las querellas partidistas, más allá de las distintas y antagónicas interpretaciones de los sucesos, y más allá de la distancia, a veces tan vasta, que nos separaba en la evaluación de los problemas públicos, está la personalidad de un periodista que en todo momento supo ser digno por su condición de tal y consecuente con sus principios. «El Imparcial» no olvida el rasgo noble de Melfi, cuando enfermo él, en su lecho, y nosotros celebrando el vigésimo aniversario de vida, supo inspirar a los redactores de «La Nación» un artículo en el cual se elogiaba nuestra labor y la significación ante la opinión pública.

Pero, no sólo el periodismo pierde con él a uno de sus más brillantes personeros. La intelectualidad chilena también sabe que con Melfi se va uno de sus más sobresalientes valores: un escritor que tenía un sitio de primera fila en la literatura na-

cional. Días antes de morir había entregado a la estampa su última obra, «Tiempos de Tormenta», que es el último recado que nos deja su fecunda inquietud intelectual.

Su estilo, ágil como correspondía a un diarista de combativa extracción y mesurado por la nobleza de los sentimientos de quien lo sugería, era el sello inconfundible de su obra, que será recordada siempre, pues el nombre de Domingo Melfi estaba definitivamente ubicado en la avanzada del periodismo y de la literatura chilenos.

Al inclinarnos, emocionados, ante su memoria, queremos expresar a todos los suyos y a «La Nación», la expresión de nuestro más profundo pesar.

«EL DIARIO ILUSTRADO»

Domingo Melfi ha muerto como un soldado del espíritu, con la pluma en la mano; su fallecimiento coincide con la publicación de su libro «Tiempos de tormenta», que ayer mismo, horas después de su partida, fué distribuído en las librerías de Santiago...

* * *

Más de una vez fuimos quizás bravos y hasta agresivos para referirnos a determinados momentos de su labor de diarista. Se interrumpía entonces la ya vieja amistad... Duras obligaciones del oficio inspiraban nuestra conducta: luchas preteritas, que ya hemos olvidado. Nada nos impide ahora, en el doloroso instante supremo, inclinarnos ante su tumba y reconocer la sinceridad y el desinterés con que el adversario defendió siempre sus convicciones. El combate político, con su tremendo desgaste de energías y sus injusticias, no era seguramente el campo de sus preferencias.

Al escribir estas líneas, algunos recuerdos de cierto lejano ayer surgen inevitablemente en nuestra memoria. Existía aún el viejo edificio de la Casa Francesa, de la calle de Huérfanos, y frente a las vitrinas de la Librería—ocultando a veces los volúmenes a los ojos del público—se reunía un grupo de escritores cerca del meridiano. Alguien dijo, con sorna, que aquella era la esquina de los «intelectuales». En realidad, eran hombres soñadores los que allí se congregaban tácitamente, sin aviso previo, para hablar de libros y autores y comentar algunos problemas de actualidad. Las divergencias políticas, que existían sin duda entre unos y otros, nunca rompieron la buena armonía del conjunto. Pocas mañanas dejó Domingo Melfi de aparecer por allí. Creemos verlo aún con un libro bajo el brazo, ligeramente desordenada la discreta melena, claros y vivos los ojos, cordial el ademán, sonrientes los labios en su expresión algo desdeñosa. La risa franca del hombre que ya no existe, parecía, a ratos, como una vibrante clarinada de salud. Y ha sido el primero que de aquel grupo, hoy casi disuelto, ha emprendido el viaje sin retorno...

* * *

De la provincia a la capital, fué el itinerario de sus actividades intelectuales. El director de «La Nación», de origen italiano, había nacido en la tierra de sus progenitores y pasó su juventud en la provincia chilena de Talca, que tiene su tradición literaria.

Domingo Melfi era un escritor, un ensayista que desembocó al fin, por urgencia económicas de la vida, en las columnas de la prensa. Le agradaba mirar las cosas y los hombres con amplitud y serenidad y solía captarlos en visiones sintéticas e interpretativas. Grandes figuras de nuestra historia fueron amablemente analizadas por su pluma: Portales, Lastarria. De los fenómenos literarios pasaba sin esfuerzo al estudio de los fenó-

menos sociales, y acaso se complacía en esta tarea... En el fondo, la realidad de este país—más complejo de lo que parece—y sus inevitables transformaciones constituían el tema medular de sus mejores páginas. Observador certero, la evocación no era discutible y estuvo siempre enaltecida por la elegancia y fluidez de su estilo. No podría decirse lo mismo de todas sus conclusiones. Es posible que los acontecimientos del pasado los contemplara el escritor fuera de su época, con ese curioso y especial anacronismo—démosle este nombre—que distingue a los hombres y escritores de pensamiento avanzado. A lo largo de su destino, que sería relativamente breve, el ensayista político no logró desprenderse de ciertas ideas preconcebidas. Sería absurdo pensar que, por eso, su obra literaria no ha de vivir. Refleja ella el pensamiento de los hombres que, venidos de ambientes más tranquilos, han enjuiciado acaso demasiado severamente la época esplendorosa de la República, cuando las conquistas de la Guerra del Pacífico dieron a este país pobre la ilusión peligrosa de la riqueza...

* * *

Toda empresa periodística es como una familia donde todo se comparte: cuando falta el jefe, surgen el desencanto y el desconcierto, comprendemos el dolor de los colegas que trabajan en «La Nación». Afrontan ellos horas de prueba.—M. V.

«LA HORA»

Nos faltan palabras adecuadas para escribir sobre la desaparición de Domingo Melfi o sobre su personalidad, ya que no podemos aún convencernos que Melfi haya dejado de ser, que su cerebro se haya paralizado y que el que, hasta hace pocas horas, era aún un colega cordial, un intelectual de primera línea, un periodista admirable, haya dejado de ser algo vivo, para

transformarse sólo en un recuerdo. En una palabra, no podemos resignarnos a trasladar al paso al buen amigo que hasta ahora estaba anclado en plena actualidad y cuyo último libro comentamos el domingo pasado.

Si algún significado tuvo y tiene la frase «morir en la brecha» es el que podría darle Domingo Melfi al prosista y polígrafo que ha muerto junto con la aparición del que fué su último libro. Era un libro suave y sereno como todos los suyos; un libro en el que pasado y presente se fundían en una armoniosa combinación e impregnado por una suave melancolía por las cosas ya idas, por la belleza de las instituciones desvanecidas. Por el dolor humano que dejan las cosas que se pulverizan y se alejan lentamente hacia el fondo del tiempo ya vivido y que de pronto parecen cortar toda ligazón con nosotros y entrar al mundo petrificado e inmóvil de la Historia.

Algo así es lo que nos sucede ahora con Melfi; pero la separación ha sido brusca. Melfi era uno de nuestros escritores de valor no solamente basado en lo realizado sino también en el porvenir. Ahora es solamente pasado. Una estatua más en un panteón.

Algún día se escribirá algo que hace una inmensa falta: una historia crítica, verdaderamente crítica, de nuestras letras. Crítica no significa censura sino conocimiento. En tal sentido lo tomamos: Esa historia hecha por medio del análisis científico dará a las cosas su verdadero valor; no se dejará deslumbrar por el brillo de obras que nos parecen capitales y directrices y que en realidad son solamente una resultante; y al mismo tiempo dará verdadera valorización a las obras que, sin haber logrado tanto brillo engañoso pero que tuvieron y tienen una gran influencia en la formación de la mentalidad y la cultura nacionales.

Entre esas obras descollará, sin duda, la de Domingo Melfi que en la crítica, en el ensayo, en el periodismo logró crear libros de valor que podemos llamar permanente. La his-

toria literaria de Chile no podrá saltar su nombre ni lo colocará así brevemente al lado de otros sino que deberá detenerse en él y formular juicios que seguramente serán, por ser justos, juicios halagüeños.

La muerte de Domingo Melfi es aún más sensible si consideramos la labor que él se había ya presupuestado para el futuro. La última vez que hablamos con él, estaba aún lleno de vida y vigor y nadie habría pensado que tendríamos que escribir estas líneas dedicadas a su recuerdo. Nos anunció que posiblemente abandonaría el periodismo para dedicarse a una obra más consistente de crítica literaria. Había aparecido hacía poco tiempo su penúltimo libro «Viaje literario» en el que el sólido comentario estaba engarzado en el sutil talento de un «chroniqueur» que lo asemejaba al que fué uno de sus formadores intelectuales: Remy de Gourmont. Él supo hacer de algunas cosas intrascendentes, amables, curiosas, algo de importancia; hizo resaltar su valor relacionándolo con la lejanía, encajándolo con el panorama, emparentándolo en el devenir y por consiguiente dando a lo que tenía sólo una dimensión, las tres dimensiones de todo volumen.

Fuimos sus compañeros en un largo viaje al sur. De ese viaje salió uno de sus mejores libros sobre la tierra magallánica. Melfi era un temperamento armónico. Sus obras eran obras equilibradas y construídas. Pero no era la suya una proporción inmóvil y funeraria sino algo vivo. Lo demuestra el aprecio que logró conquistar no sólo entre sus contemporáneos y sus antecesores sino en el difícil elemento nuevo, lleno siempre como toda juventud de impulsos belicosos y anárquicos y de tendencias iconoclastas justas o injustas, eso no importa.

Melfi no estuvo entre las imágenes destruídas por esa juventud y no estuvo porque él no era una imagen o una efigie sino un valor vivo cuyas facetas se dirigían también al futuro.

Pero ¿por qué hablar sólo de su valor intelectual y literario? También perteneció a esta agotadora, inquieta, nerviosa y des-

tractora profesión nuestra en la que alcanzó el puesto máximo: el de Director. Es el suyo el ejemplo evidente que literato no se opone a periodista; que por el contrario en los temperamentos bien dotados ambos se complementan y se equilibran. Generalmente se opone la movilidad y la superficialidad del periodista al estatismo y a la profundidad del literato. Error. Ambas cualidades marchan perfectamente unidas y la prueba de ello fué Domingo Melfi.

Eso es lo que sentimos en este momento: ese fué que pone fin a una vida y que arranca de nuestro lado a un compañero para colocarlo en una zona de tranquilidad permanente, pero en la que ya no circula la vida y en la que toda labor es la ya terminada sin esperanzas de iniciar una nueva.

EL ULTIMO VIAJE DE DOMINGO MELFI

por VOLODIA TEITELBOIM

«EL SIGLO»

Domingo Melfi, hombre profundo, cabal y silencioso, ha muerto. Cerró sus ojos a la suprema oscuridad demasiado pronto. Y su partida inquieta a quienes le conocieron y estimaron con una zozobra todavía más viva que la renovada angustia de la muerte. Traspasados de áspera desilusión meditan en la carne que se entrega, sombría, al sudario prematuramente, antes que el espíritu joven, rico y ansiosa haya granado en los frutos más bellos, sazonado y medulares. La lámpara se extingue en la hora llena de destino en que el hombre se siente repleto de un mensaje que decir, quiere sentarse a trabajar en él en pleno verano de la vida, buscó la propia luz de su alma y encuentra la sorprendente sombra eterna, Grande y trémulo corazón, espíritu intenso, que se detuvo a mitad de jornada, dejando un puñado de libros que son como un anticipo de su talento.

Libró batallas de rebeldía encendida contra el provincianismo incoloro y colonial. Desafió el «clan» y el «totem» de los abolengos amortajados. Hizo del diario del pueblo un canto de libertad y coraje. La jauría pacata lo mordió, demudada de ira ante un hombre que no estimaba sagrados y eternos sus prejuicios nobiliarios.

Un hilo rojo de pasión y hondura une a través de quince años su «Dictadura y Mansedumbre» y «Tiempos de Tormenta», libro que nace y sale a la calle, en un signo de permanencia, cuando el autor está ya más cerca de la muerte que de la existencia. Un novelista, un poeta, un pensador estaban siempre esperando en sí la ancha hora de recogerse al cuarto del escritor, a su jardín anterior, para florecer al soplo de una vasta conversación consigo mismo. A veces en «El Hombre y la Soledad en las Tierras Magallánicas» solía insinuarse el alba de un poema o de un drama. Pero la prisa del periodista es devorante. Y bocetaba un cuadro encantador, en cuyo centro ardía una llama fascinadora. O un ensayo que abría muchos caminos a la inteligencia y a la conciencia ciudadana. Esquemas brillantes de un hombre que clamaba en el desierto desesperadamente por tiempo, por tiempo para realizar lo que ansiaba, en toda su densa magnitud.

Y, sin embargo, la suya es una vida cumplida en grandeza, dignidad, seriedad en el pensamiento y en actos. Estaba al lado de su pueblo. Sufría por las pequeñeces ambientes. Soñaba en una alta política de principios, aunque tuviera el exterior de un escéptico, a quien el desencanto ha vuelto triste el rostro. Quien lea «El Viaje Literario», advertirá al escritor de vuelo y sensibilidad social, que vió en la aventura trágica y bohemia de tantos poetas malogrados las raíces inhóspitas de la miseria en una sociedad dura, culpable. Ruedan en las columnas volanderas de los periódicos artículos suyos que son flores antológicas y aguardan la mano justiciera del compilador, arrancando al

trasiego del tiempo, cálidas páginas gemelas de «Dos Hombres» o «Pacífico-Atlántico».

Ahora partió en el viaje desconocido, en el retorno definitivo a la transformación eterna de la materia. ¡Buen Viaje! Es lo que cabe desear como último saludo a aquél que hizo siempre el viaje de la vida tratando de elevarla, transido de esplendor íntimo y enamorado perdido no de las estrellas celestiales, sino del corazón humano, de su capacidad de belleza y de creación bondadosa, austera, pero invariablemente apasionada.

No sólo hay luto en su hogar, en sus casas de cotidiana labor, «La Nación» y la Biblioteca Nacional y «Atenea», flamea una bandera a media asta en el espíritu de la inteligencia chilena, en el alma maravillosa de los libros que escribió y de aquellos que no escribió y el sueño de la muerte dejó inéditos en su noble corazón sencillo y atribulado.

«EL MERCURIO»

Ha fallecido después de una penosa enfermedad el director de «La Nación», don Domingo Melfi Demarco, escritor y periodista muy conocido y realmente apreciado de sus compañeros de labores en los diversos círculos en que le cupo actuación. Nacido en Viggiano, Italia, en 1892, vecindado en Chile con sus padres desde la infancia, el señor Melfi hizo sus estudios de humanidades en el Liceo de Talca. Posteriormente se trasladó a Santiago a seguir la carrera de dentista, a la cual dió término brillantemente en 1914, presentando una memoria de prueba titulada «Valor del examen de los dientes en la identificación de cadáveres».

De regreso en Talca el señor Melfi ejerció por algún tiempo su profesión, pero fué interesándose progresivamente en el periodismo. Redactor de «La Mañana» y de «La Zona Central» y luego director de este diario y colaborador de «El Sur» y «El

Mercurio», su firma fué pronto conocida en las provincias del centro-sur. Desde allí también colaboró más de una vez, y por temporadas más o menos extensas, en las revistas literarias de Santiago, generalmente empleando el seudónimo Julián Sorell que había tomado de «Rojo y Negro» de Stendhal.

El distinguido periodista obtuvo su carta de ciudadano chileno, con lo cual se incorporó definitivamente a nuestro patrimonio espiritual.

Habiendo fijado su residencia en Santiago algunos años más tarde, el señor Melfi fué agente de la revista «Atenea», que publica la Universidad de Concepción, desde 1931, y luego redactor de «La Nación». En este último cargo permaneció hasta ser promovido a subdirector y a director más tarde. Le ha sorprendido la muerte cuando se encontraba en el ejercicio de la dirección de ese diario y cuando, joven todavía, era dable esperar de su talento más de un gallardo fruto en los campos periodístico y literario que fueron de su especialidad.

Fuera de los trabajos periodísticos, que absorbieron en los últimos años gran parte de sus horas, el señor Melfi se dejó tiempo para escribir algunas páginas literarias que están recogidas en volúmenes titulados «Dictadura y mansedumbre», «Portales», «Estudios de Literatura Chilena», «Viaje literario», etcétera.

En la interpretación de los hechos políticos y la vida literaria, deja el señor Melfi escritas páginas de antología cuyos juicios pueden o no ser compartidos, pero cuya dignidad estilística no puede ser discutida. Su fino don de arte le acompañó desde las primeras páginas escritas cuando, todavía un adolescente, ensayaba las condiciones privilegiadas de su sensibilidad y su talento, bajo la sabia dirección de sus maestros: don Enrique Molina y don Alejandro Venegas. Con la noble serenidad del primero, con agudo criticismo del segundo, edificó su vida interior hasta florecer y frutecer más tarde en estudios penetrantes, por la resplandeciente claridad del estilo y por la

profunda intención con que se internaba en la interpretación de la vida chilena y americana.

El afán periodístico de cada día acaso malogró en él, o disminuyó, al menos, la gracia elegante y pura de sus esenciales dotes de escritor. El ensayo filosófico, que parecía culminar como su camino definitivo, se perdió en el lírico alarde de la forma que alcanza, ya lo dijimos, perfección de antología en páginas que, seguramente, sus devotos amigos y admiradores salvarán del olvido.

La prensa chilena pierde a un esforzado luchador con la muerte del señor Melfi, que ha sido arrebatado prematuramente al cariño de los suyos por cruel y traicionera enfermedad.

LOS FUNERALES DE DON DOMINGO MELFI

A una imponente ceremonia pública dieron lugar los funerales de don Domingo Melfi, representante de «Atenea» en Santiago. Después de una misa que fué oficiada en casa del extinto, por el señor Alejandro Vicuña, sacerdote y destacado escritor que ha colaborado en innumerables ocasiones en esta revista, y, a la cual asistió una numerosa concurrencia entre los que se contaban hombres de letras, periodistas, diplomáticos, etc., el cortejo partió en dirección a la Biblioteca Nacional, que tenía sus puertas entornada y en cuya puerta principal se agrupaban numerosos funcionarios de ese establecimiento que querían tributar el homenaje de su despedida al grande y buen amigo y compañero que partía a su viaje sin retorno.

En «La Nación» esperaban el cortejo todos los empleados de esa Empresa, el personal de redacción y los obreros que se alinearon en la calle en recogida actitud para decirle adiós a su Director y compañero de todos los días.

En el Cementerio General, hicieron uso de la palabra el Director subrogante de «La Nación» don Adolfo Fuentes Rojas, quien habló a nombre de ese diario; don Gabriel Amunátegui, por la Biblioteca Nacional; don Domingo Arturo Garfias por el personal de redactores de «La Nación»; don Augusto D'Halmar por sus amigos personales; don Luis Merino Reyes, en representación del Sindicato de Escritores de Chile y del Círculo de la Cultura Árabe, don Santiago del Campo, por el Pen Club de

Chile y don Misael Correa Pastene por la Sociedad de Impresores Camilo Henríquez. Un obrero de «La Nación» dió la nota más emocionada con su sencillo y emocionado discurso.

La Universidad de Concepción, que envió su ofrenda floral, fué representada por don Luis Durand, quien en nombre del Rector don Enrique Molina y por encargo especial suyo, manifestó a la familia del señor Melfi, la expresión de su profundo pesar.

Índice del Año 1945

AÑO XXII DE LA REVISTA

A

	Tomo	Núm.	Pág.
<i>Adoum, Jorge Enrique.</i> —Acuarela de Guayaquil... LXXXII	246	308	
<i>Alcalde, Alfonso.</i> —Notas sobre una poesía LXXXII	246	305	
<i>Alexeev, M.</i> —Turguénev y los escritores españoles..... LXXIX	237	129	

B

<i>Baeza Flores, Alberto.</i> —Martí, el poeta de la muerte suya LXXIX	235-236	44	
—Soledad de la poesía de Chile LXXXI	241	79	
<i>Berkkood Hobsbawn, I.</i> —Malta, la Magnífica, por Francis Gerard. Libros LXXIX	235-236	89	
<i>Blomberg, Héctor Pedro.</i> —La negra y la mulata en la poesía americana LXXX	238	4	

C

<i>Castro, Víctor.</i> —Encuentro con Gustavo Adolfo Bécquer LXXX	238	22	
—«Antología», de María Cristina Menares. Libros. LXXX	239	157	
<i>Céspedes, Mario.</i> —La oposición bajo los Césares, por Gastón Boissier. Libros LXXIX	237	172	
<i>Cestero, Tulio M.</i> —Rufino Blanco Fombona..... LXXX	239	88	

	Tomo		Núm.	Pág.
—Rubén Darío.....	LXXXI	242-243	151	
<i>Clavería, Carlos.</i> —Notas sobre la poética de Antonio Machado.....	LXXXII	245	137	
<i>Crítica de Arte</i>	LXXXIX	235-236	68	
	LXXXIX	237	159	
	LXXX	238	47	
	LXXX	239	143	
	LXXXI	241	108	
	LXXXI	242-243	231	
	LXXXII	244	73	
	LXXXII	245	187	
	LXXXII	246	340	

CH.

<i>Chuaqui, Benedicto.</i> —Exégesis	LXXX	238	38
—Dos prestamistas	LXXXII	244	28

D

<i>Danke, Jacobo.</i> —Tres sonetos	LXXXIX	235-236	28
<i>D'Halmar, Augusto.</i> —Misa de Requiem	LXXXIX	235-236	5
—El maestro Gordon mi discípulo.....	LXXX	239	108
—Teatro de cámara.....	LXXXI	242-243	163
<i>Diógenes.</i> —Noticiero	LXXXIX	237	154
	LXXX	238	40
	LXXX	239	133
	LXXX	240	267
	LXXXI	242-243	223
	LXXXII	244	65
	LXXXII	245	176
	LXXXII	246	333
<i>Drago, Gonzalo.</i> —Canto a Colchagua	LXXXII	244	23
<i>Durán Cerda, Julio.</i> —Paisaje y poesía del sur....	LXXXI	241	27
—Un Jotabeche del sur.....	LXXXII	245	129
<i>Durand, Luis.</i> —Personas y lugares, por George Santayana. Libros	LXXX	238	71
—Desde la última vuelta del camino. Memorias de Pío Baroja. Libros	LXXX	240	276

	Tomo	Núm.	Pág.
—Condición de mujer, novela de Lidia Besouchet. Libros.....	LXXXI	242-243	247
—Jornadas en la sombra, novela por Martín Fla- vín. Libros.....	LXXXII	244	92
—La sal, el pan y el vino	LXXXII	246	318

E

E., M.—Mañas Criollas, por Galvarino Guzmán. Libros.....	LXXIX	237	167
---	-------	-----	-----

F

Fernández Rodríguez, Rafael.—En los alrededores del río	LXXXII	246	312
--	--------	-----	-----

G

G. K. C.—La noche en el camino, novela por Luis Durand. Libros.....	LXXXII	246	349
Gori, Gastón.—Pájaros prisioneros	LXXXII	244	13
Guerrero, Atenor.—Manifiesto del caballo de fuego y poesías, de Antonio de Undurraga. Libros ..	LXXXII	246	360
Gutiérrez, Joaquín.—Poesías	LXXXII	246	301
Gutiérrez Nájera, Manuel.—Non omnis moriar. ...	LXXX	240	228

H

Heilmair, K. Dr. Erich Paul.—Fundamentos físi- cos de la energía atómica y la desintegración del átomo.....	LXXXII	244	45
—Reacciones nucleares como fuente de energía es- telar.....	LXXXII	245	165
Henríquez Ureña, P.—Pasado y presente. Libros	LXXXI	242-243	242
Hershey, John H.—Desvelos en el alba, por Amanda Labarca. Libros	LXXXII	246	344
Herrera Silva, Jorge.—Niebla.....	LXXIX	235-236	21

K

- Koenenkampff, Guillermo.*—La pequeña lumbre.
poesías por Jerónimo Lagos Lisboa. Libros ... LXXXII 246 348

L

- L. D.*—Un desolado corazón, novela de Richard
Llewellyn. Libros LXXX 238 73
- La Gran Literatura Iberoamericana, por Arturo
Torres Rioseco. Libros LXXX 239 151
- La jubilación del Secretario General de la Universidad* LXXXI 242-243 258
- Libros recibidos* LXXIX 237 187
- LXXX 240 291
- LXXXI 241 128
- LXXXI 242-243 263
- LXXXII 245 203
- LXXXII 246 372
- Lillo, Samuel A.*—Algunos de los primeros colabo-
radores del Ateneo LXXXI 241 4

M

- M.*—Historia de las Ciencias, por W. C. Dampier.
Libros LXXX 238 61
- Maza, José.*—La Carta de las Naciones Unidas .. LXXXII 246 237
- Melgar, Pedro R.*—El escritor Juan Marín a través
de su ser y su obra LXXXII 246 351
- Meléndez, Luis.*—Poetas modernos o poesía moder-
na LXXIX 235-236 38
- Mengod, Vicente.*—Cartas a una sombra, novela
por Mila Oyarzún. Libros LXXIX 235-236 83
- Doce Ensayos, por Ricardo A. Latcham. Libros LXXIX 237 170
- Freud, Wagner, Goethe y Tolstoi, por Tomás
Mann. Libros LXXX 258 63
- Desde la última vuelta del camino, por Pío Ba-
roja. Libros LXXX 239 153
- El viaje literario, por Domingo Melfi. Libros.. LXXXI 241 119
- Escenas del recuerdo LXXXII 245 101

	Tomo	Núm.	Pág.
<i>Merino Reyes, Luis.</i> —La obsesión de una madre..	LXXX	240	230
—Golfo de Penas, por Francisco Coloane. Libros..	LXXXI	242-243	249
<i>Merino Reyes, Rolando.</i> —Discurso de recepción al señor Enrique Molina Garmendia como miembro honorario de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Concepción.....	LXXX	240	170
<i>Molina, Enrique.</i> —Diccionario de Filosofía, por José Ferrater Mora. Libros	LXXIX	237	166
—Ciencia e intuición en el devenir social	LXXX	240	198
—Recuerdos y elogios de Maximiliano Salas Marchán	LXXXII	244	4
—Palabras a egresadas del Santiago College	LXXXII	246	278
<i>Moncada, Julio.</i> —Tres sonetos del día	LXXX	238	29
<i>Muir, Augustus.</i> —Novelistas de Escocia. Libros..	LXXXIX	235-236	64

N

<i>Notas del mes</i>	LXXIX	235-236	95
	LXXIX	237	179
	LXXX	238	78
	LXXX	240	288
	LXXXI	241	124
	LXXXI	242-243	252
	LXXXII	245	202
	LXXXII	246	367
<i>Notas y documentos</i>	LXXX	239	159
<i>Núñez, Félix Armando.</i> —Nietzsche, Dionisiaco y Asceta, por don Enrique Molina. Libros....	LXXX	238	54
—Ayer y hoy	LXXX	239	105
—Aire inolvidable	LXXXI	241	13

O

<i>Oses, Mario.</i> —Zumos	LXXIX	237	144
----------------------------------	-------	-----	-----

P

<i>Perry B., David.</i> —Nietzsche, Dionisiaco y Asceta, por Enrique Molina. Libros	LXXIX	235-236	79
---	-------	---------	----

	Tomo	Núm.	Pág.
—Desvelos en el alba, por Amanda Labarca. Li- bros	LXXXII	246	346
Puntos de vista.....	LXXIX	235-236	1
	LXXIX	237	99
	LXXX	238	1
	LXXX	239	83
	LXXX	240	167
	LXXXI	241	1
	LXXXI	242-243	129
	LXXXII	244	1
	LXXXII	245	99
	LXXXII	246	205

R

R. M.—El joven Arquímedes, por Aldous Huxley. Libros.....	LXXIX	237	177
Rembao, Alberto.—El mundo en marcha	LXXXII	245	123
Reyes, Chela.—Cartas a una sombra, por Myla O- yarzún. Libros	LXXX	238	59
Richard, Lucía.—El rescate	LXXX	239	113
Romera, Antonio R.—El centenario de Eça de Quei- roz	LXXXII	246	292

S

Saavedra Molina, Julio.—Versos agónicos	LXXIX	237	125
—A propósito de la «Nota al castellano en Argenti- na», por Ricardo Monner Sans. Libros	LXXXI	242-243	237
Sabella, Andrés.—Poesía Privada	LXXX	238	32
—Brújula de 4 nortes	LXXXI	242-243	183
—El hijo desconocido de Gabriela Mistral	LXXXII	246	228
Sepúlveda, G.—Doce Ensayos de Ricardo Latcham. Libros.....	LXXIX	235-236	85
Solar, Claudio.—Cartas a una sombra, de Myla Oyarzún. Libros	LXXXI	241	121
Tarragó, Alejandro.—Nueva imagen del universo, por George W. Gray. Libros	LXXXII	244	95

T

<i>Torres Púa, Aldo.</i> —Poesía	LXXXI	242-243	147
—Desde un vagón de ferrocarril, por Marcos Puelma Fernández. Libros	LXXXII	245	196
—La novela interrumpida, Novela de Humberto Salvador. Libros.....	LXXXII	245	198

U

<i>Ugarte, Manuel.</i> —La tertulia de Empirón	LXXIX	237	104
<i>Undurraga, Antonio de.</i> —El arte poética de Pablo de Rokha I	LXXX	240	238
—El arte poética de Pablo de Rokha II	LXXXI	241	42
—El arte poética de Pablo de Rokha III	LXXXI	242-243	190
—Independencia intelectual chilena	LXXXII	246	210
<i>Uriarte, Fernando.</i> —Federico Nietzsche.....	LXXIX	235-236	31
—Canciones del suburbio, por Pío Baroja. Libros	LXXX	238	67
<i>Uribe, Echevarría, Juan.</i> —Homenaje a Mario de Andrade.....	LXXX	239	122
—Quevedos americanos	LXXXI	242-243	132
—El viaje literario, de Domingo Melfi. Libros.....	LXXXII	244	89

V

<i>Vicuña, Alejandro.</i> —Dos cartas	LXXXI	241	17
<i>Vignerón, Robert.</i> —Estela de Marcel Proust	LXXXII	244	58

Y

<i>Yankas, Lautaro.</i> —Huipampa, de Nicasio Tangol. Libros.....	LXXIX	237	167
—Donde nace el alba, de Nicomedes Guzmán. Libros	LXXX	238	75
—El viaje literario, por Domingo Melfi. Libros..	LXXX	240	279
—Poesía de Abelardo Vásquez	LXXX	240	283
—Un novelista catalán: Francesc Trabal. Libros...	LXXXII	244	82
—Oro del Inca, de Luis Toro Ramallo. Libros	LXXXII	244	86
—Vida, pasión y gloria de Gabriela Mistral	LXXXII	246	218

Universidad de Concepción

Tiene 27 años de existencia
El número de alumnos es de 1.000
aproximadamente

Mantiene las siguientes Escuelas:

Ingeniería Química
Ciencias Jurídicas y Sociales
Farmacia
Dentística
Medicina, con los cinco primeros años
Durante el año 1947 funcionará también el VI año
Educación, con los cursos correspondientes a las asignaturas de:
Inglés
Francés y
Castellano

Todas con Institutos y Seminarios de Investigaciones.
Funciona, además, un Curso Normal para profesores primarios.

Posee una Biblioteca Central
con 40.000 volúmenes más o menos y 165.000
números de revistas aproximadamente

Cada Escuela cuenta con una Biblioteca Especializada

Mantiene:

un Departamento de Bienestar Estudiantil y una Oficina de Información y Experimentación Agrícola.

Sus edificios y las instalaciones respectivas, son modernos y completos

Publica:

La Revista "ATENEA"
"REVISTA DE DERECHO" y el
"BOLETIN DE LA SOCIEDAD
DE BIOLOGIA"

Ofrece Conferencias de Extensión Universitaria

Editores RUIZ HERMANOS, Ma Irid.-F. MACHADO & Cia., Porto-NICOLA ZANICHELLI, Bologn
AKADEMISCHE VERLAG GESELLSCHAFT m. b. H., Leipzig-BUCHHANDLUNG D. KON.
UNG UNIVERSTATSDRUCKEREI, Budapest-F. ROUGE & Cie, Lausanne-THE MA-
RUZEN COMPANY, TOKIO-G. E. STECHERT & Co., New York.

1941

Año 35

REVISTA DE SINTESIS CIENTIFICA

“SCIENTIA”

Publicación mensual.—(Cada cuaderno de 100 a 120 páginas)

Comité Directivo: G. B. Bonino - F. Bottazzi - G. Bruni
A. Palatini - F. Severi.—Jefe Redactor: Paolo Bonetti

Es la única Revista que tiene verdaderamente colaboradores en todo el mundo.

Es la única Revista de síntesis y de unificación del saber que examine en sus artículos los problemas más nuevos y más fundamentales de todos los ramos de la ciencia: filosofía científica, historia de la ciencia, matemáticas, astronomía, geología, física, química, ciencias biológicas, fisiología, psicología, historia de las religiones, antropología, lingüística; artículos que muchas veces han constituido verdaderas y propias encuestas, como aquella sobre la contribución de los diferentes pueblos al progreso de las ciencias; sobre el determinismo; sobre las cuestiones físicas y químicas más principales y particularmente sobre la relatividad, la física del átomo y de las radiaciones; sobre el vitalismo «Scientia» estudia de esta manera todos los más grandes problemas que interesan el mundo de los sabios y de los intelectuales.

Es la única Revista que puede tener en calidad de colaboradores todos los más ilustres sabios del mundo. «Scientia» publica los artículos en la lengua original de sus autores. En cada cuaderno está adjunto un suplemento que contiene la traducción completa italiana de los artículos publicados en el texto en alemán, español o inglés, y además los resúmenes de todos los artículos, en tres lenguas diferentes a la del artículo original. (Pídanse cuadernos gratuitos de ensayo a «Scientia» Milano, enviando—a título de reembolso de los gastos de correo y envío—3 Liras ital. de sellos postales del país de origen).

PRECIO DE SUBSCRIPCION: Liras ital. 180.—; R. M 30.—; \$ 11.50

Fuertes rebajas se conceden a los que subscriben a más de una anualidad.

Se pidan informes directamente a: «SCIENTIA» Via A. de Togni, 23—Milano (Italia)

Revista de las Indias

MENSUAL

A cargo de la Asociación de Escritores
Americanos y Españoles

Director: GERMAN ARCINIEGAS

Comité de Redacción:

B- Sanin Cano - Luis de Zulueta -
Tomás Rueda Vargas - Benjamín
Carrión - Pablo Abril de Vivero.

Secretario de Redacción: Alberto Miramón

Apartado 486 Bogotá, (Colombia)

REVISTA Iberoamericana

Organo del Instituto Internacional
de Literatura Iberoamericana

DIRECTOR:

CARLOS GARCIA-PRADA

University of Washington, Seattle 5, Wash.

Publicación dedicada al estudio y difu-
sión de las letras iberoamericanas.

Suscripción anual: en los Estados

Unidos, doll. 4.00

En otros países, doll. 2.00

Dirigirse a Prof. Martín E. Erickson,

Louisiana State University,

Baton Rouge, La.

FABRICACION CHILENA

"ATENEA"

El precio de cada número y de la Inscripción a esta revista es el siguiente:

EN EL PAIS

Número suelto	\$ 8.00
Suscripción anual	80.—
Suscripción semestral	40.—

EN EL EXTRANJERO

América y España

Número suelto	Doll. 0.45
Suscripción anual	„ 5.00

Europa (salvo España), Asia, Africa y Oceanía.

Número suelto	Doll. 0.70
Suscripción anual	„ 7.50

Distribuidores:

EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO . CHILE . CONCEPCION
San Antonio 240 Barros Arana 900